43

A. MANFRED
N. SMIRNOV

la revolución francesa y el imperio de napoleón

JOAN GRIJALBO EDITOR

colección 70

COMUNICACION 70

DE PROXIMA APARICION

SEGUNDA SERIE

51.—El socialismo anterior a Marx, Babeuf, Saint Simon y otros

52.—Los procesos de hominización, H. Vallois, M. Valdel, H. Piéron y otros

53.—Materialismo dialéctico y lógica dialéctica, A. Spirkin

54.—La naturaleza de la obra de arte, Hipólito Taine

55.—La primera fase del imperialismo, Y. F. Avdakov, F. Y. Polianski

56.—Siete ensayos filosóficos sobre la ciencia moderna, Eli de Gortari

TITULOS EN PREPARACION

La filosofía de Voltaire: *Cándido,* Voltaire

Darwin y el darwinismo, Marcel Prenant

El derecho de las naciones a la autodeterminación, V. I. Lenin

Teoría de la moral, A. F. Shiskhin

Precursores del socialismo, Owen, Blanc, Fourier

La revolución burguesa de Inglaterra, M. A. Bars/V. F. Semionov

Conciencia social y personalidad, F. V. Konstantinov

Héroes, villanos y locos, Obrin E. Klaps

Ciencia, fe y escepticismo, John Lewis

Los atributos de la materia, A. F. Pereturin

Presiones sobre la política exterior norteamericana, H. B. Mayo/R. C. Makridis

Lenin y la filosofía, A. G. Spirkin

Socialismo e individuo, John Lewis

[pasa a la segunda solapa]

Luis Langlé M

LA REVOLUCION FRANCESA Y EL IMPERIO DE NAPOLEON

A. Z. MANFRED
N. A. SMIRNOV

LA REVOLUCION FRANCESA Y EL IMPERIO DE NAPOLEON

Versión al español de
Rafael Cáceres C.

EDITORIAL GRIJALBO, S. A.
MÉXICO, D. F., 1969

COLECCION 70

LA REVOLUCION FRANCESA

Título de la obra original:
LA GRAN REVOLUCION BURGUESA DE FRANCIA Y
EL IMPERIO DE NAPOLEON

Versión al español de Rafael Cáceres C. de la edición rusa de la Editorial Ciencia, Moscú, 1967.

© 1967, Editorial Ciencia, Moscú.

D. R. ©, 1969, sobre la versión española por Editorial Grijalbo, S. A., avenida Granjas, 82, México 16, D. F.

PRIMERA EDICION EN ESPAÑOL

Reservados todos los derechos. Este libro no puede ser reproducido, en todo o en parte, en forma alguna, sin permiso.

IMPRESO EN MEXICO

PRINTED IN MEXICO

LA GRAN REVOLUCION BURGUESA DE FRANCIA (1789-1794)

A fines del siglo XVIII *existían ya en Francia todas las premisas para una revolución burguesa. El tipo de economía capitalista, entonces progresivo, había alcanzado un nivel considerable. Pero el régimen feudal absoluto, las relaciones feudales de producción eran un obstáculo para la consolidación de un nuevo modo de producción, el capitalista. Unicamente la revolución podía destruir este obstáculo.*

1. FRANCIA EN VISPERAS DE LA REVOLUCION

Formación de la situación revolucionaria

Profundas contradicciones separaban el **Tercer Estado** de las clases privilegiadas, el clero y la nobleza, que eran el baluarte del régimen feudal absoluto. El Tercer Estado constituía aproximadamente el 99 por ciento de la población de Francia, carecía de derechos políticos y dependía de las dos clases privilegiadas y del poder autócrata del rey. A fines del siglo XVIII, al alcanzar el capitalismo en Francia cierto nivel de desarrollo, dentro de la denominación única medieval del Tercer Estado estaban incluidos grupos de clases totalmente distintos por su posición social y económica. No obstante, todas las clases y grupos de clases que formaban el Tercer Estado sufrían la opresión, aunque en un grado diferente, del régimen feudal absoluto y estaban muy interesados en su destrucción.

El desarrollo de las relaciones capitalistas exigía imperiosamente la ampliación del mercado interior, pero esto era imposible sin la supresión de la opresión feudal en el campo. Como el feudalismo radicaba ante todo en la agricultura, el problema principal de la revolución que se aproximaba era el agrario.

En los años 80 del siglo XVIII, cuando se habían agudizado mucho las contradicciones fundamentales de la sociedad feudal, Francia sufrió la crisis comercial e industrial de 1787-1789 y la mala cosecha de 1788. Un gran número de campesinos pobres, que tra-

bajaban en los pueblos para las manufacturas capitalistas y los mayoristas, perdió a causa de la crisis industrial sus ingresos complementarios. Muchos campesinos, que habitualmente emigraban durante el otoño y el invierno a las grandes ciudades para trabajar en la construcción, tampoco encontraban empleo. Aumentaron de un modo extraordinario la mendicidad y el vagabundeo; sólo en París el número de mendigos y de vagabundos constituía casi la tercera parte de la población. La pobreza y la miseria alcanzaron un límite máximo. El aumento de las revueltas de campesinos y plebeyos indicaba que las capas bajas de la población, los millones de campesinos, explotados y oprimidos por la nobleza, el clero, las autoridades locales y centrales y la pequeña burguesía de la ciudad, los artesanos, los obreros, agobiados por un trabajo superior a sus fuerzas y la extrema pobreza, no querían seguir viviendo como antes.

Después de la mala cosecha de 1788 los motines populares se extendieron por muchas provincias del reino. Los campesinos sublevados forzaban los graneros de los señores, obligaban a los comerciantes de trigo a venderlo a un precio más bajo, o, como entonces se decía, "honesto".

Al mismo tiempo, los círculos dirigentes no podían ya gobernar como antes. La aguda crisis financiera y la quiebra del Tesoro obligaban a la monarquía a buscar urgentemente los medios para cubrir los gastos ordinarios. Pero hasta en la Asamblea de Notables de 1787, que integraban representantes de la gran nobleza y altos funcionarios, Luis XVI tropezó con una resuelta oposición y con la reivindicación de reformas. Por todos los lados encontraba apoyo la petición de convocar a los Estados Generales, que no se habían reunido durante 175 años. En agosto de 1788 el rey se vio obligado a autorizar su convocatoria y nombró nuevamente ministro de Hacienda al banque-

ro Necker, muy popular entre la burguesía, al que había retirado de este cargo en 1781.

Para su lucha contra las clases privilegiadas la burguesía necesitaba el apoyo de las masas populares. La noticia de la convocatoria de los Estados Generales, despertó en el pueblo grandes esperanzas. En las ciudades los motines relacionados con el abastecimiento empezaron a fusionarse cada vez más con el movimiento político que dirigía la burguesía. Las revueltas de los obreros y de otros elementos populares de las ciudades, empezaron a adquirir un carácter agitado, claramente revolucionario. En 1788 se registraron grandes disturbios populares en Grenoble, Rennes y Besanzon; en estas dos últimas ciudades, parte del ejército destinado a combatir el movimiento se negó a disparar sobre el pueblo.

En muchas ciudades, entre ellas en algunas tan grandes como Marsella, Tolón y Orleans, durante el otoño de 1788 y el invierno y la primavera de 1789 los obreros y los pobres de la ciudad asaltaron las casas de los funcionarios, apoderándose del trigo almacenado y estableciendo precios de tasa más bajos para el pan y otros productos alimenticios.

A finales de abril de 1789 se produjo un levantamiento en el suburbio de Saint-Antoine, de París. Los sublevados saquearon las casas del odiado Revellon, dueño de una fábrica de tapicería, y de otro industrial, Henriot. Contra los sublevados se mandaron destacamentos de la Guardia y de caballería, pero los obreros se defendieron firmemente, empleando piedras, adoquines y tejas. En la lucha sangrienta que se originó cientos de personas fueron muertas y heridas. El levantamiento fue aplastado, pero los obreros arrebataron a las tropas los cadáveres de sus camaradas y al cabo de unos cuantos días una manifestación de duelo, amenazadora y majestuosa les acompañó hasta el cementerio. El levantamiento de Saint-Antoine

impresionó mucho a los contemporáneos. Demostró la altura que había alcanzado la ola de la ira popular, el enorme poder que ocultaba.

La clase dirigente —el rey y la aristocracia feudal— resultaron impotentes para detener el crecimiento de la indignación popular. Las antiguas palancas, con cuya ayuda las autoridades reales mantenían al pueblo en sumisión, fallaban. La violencia y las represalias ya no producían efecto.

Contrariamente a los cálculos de la Corte, la decisión de convocar a los Estados Generales no tranquilizó, sino únicamente favoreció el aumento de la actividad política de las masas. La redacción de las instrucciones a los diputados, la discusión de estas instrucciones, las mismas elecciones de los diputados del Tercer Estado, todo esto, durante largo tiempo, caldeó la atmósfera política. En la primavera de 1789 la agitación social abarcó a toda Francia.

Los Estados Generales. Su transformación en Asamblea Constituyente

El 5 de mayo de 1789 se reunían en Versalles los Estados Generales. El rey y los diputados de la nobleza y el clero pretendían limitarlos a las funciones de órgano consultivo, convocado para solucionar un problema particular, como era el de las dificultades financieras del Tesoro. Los diputados del Tercer Estado, al contrario, insistían en la ampliación de las facultades de los Estados Generales, se esforzaban en transformarlos en el órgano supremo legislativo del país.

Más de un mes duraron las inútiles discusiones sobre el orden que se debía seguir en las sesiones; por estamentos (lo cual proporcionaría la mayoría a la nobleza y al clero) o todos juntos (lo cual garantizaría el papel dirigente a los diputados del Tercer

Estado, que dispersían de la mitad de los votos).

El 17 de junio los diputados del Tercer Estado se decidieron a dar un paso arriesgado: se constituyeron en Asamblea Nacional e invitaron a los demás diputados a unirse a ellos. El 20 de junio como respuesta al intento del gobierno de hacer fracasar la reunión de la Asamblea Nacional, los diputados del Tercer Estado se reunieron en el picadero (en el juego de pelota) y juraron no separarse hasta que no fuese aprobada la Constitución.

Tres días después, por orden del rey, se reunían los Estados Generales; el monarca inisistió en que los diputados debían dividirse por estamentos y deliberar por separado. Pero los diputados del Tercer Estado no se sometieron a esta orden, continuaron sus reuniones y se ganaron a una parte de los diputados de otros estamentos, entre ellos un grupo de personajes influyentes de la nobleza liberal. El 9 de julio la Asamblea Nacional se declaró Asamblea Constituyente, supremo órgano representativo y legislativo del pueblo francés, llamado a elaborar sus leyes fundamentales.

El rey y los partidarios del régimen feudal absoluto que le apoyaban se negaron a aceptar las decisiones de la Asamblea Nacional. En París y en Versalles se concentraron tropas adictas al rey. La corte preparaba la dispersión de la Asamblea. El 11 de julio Luis XVI hizo dimitir a Necker y le ordenó abandonar inmediatamente la capital.

2. EL COMIENZO DE LA REVOLUCION. LA CAIDA DEL ABSOLUTISMO

La toma de la Bastilla

La noticia de las disposiciones del rey provocó una gran agitación en París. El 12 de julio se produjo el

primer choque entre el pueblo y las tropas. El 13 de julio sonaron las campanas tocando a rebato. Obreros, artesanos, pequeños tenderos, funcionarios y estudiantes llenaron las plazas y las calles. El pueblo empezó a armarse, apoderándose de decenas de miles de fusiles.

Pero la temible prisión la Bastilla seguía en manos del Gobierno. Las ocho torres de esta fortaleza, rodeada de dos fosos profundos, parecían un baluarte inexpugnable del absolutismo. El 14 de julio, por la mañana, una muchedumbre se precipitó hacia los muros de la Bastilla. El comandante de la fortaleza dio la orden de abrir fuego. No obstante las víctimas, el pueblo siguió el ataque. Los fosos fueron franqueados; empezó el asalto de la fortaleza. Carpinteros y techadores levantaron andamios. Artilleros, que se habían pasado al lado del pueblo, abrieron fuego y sus proyectiles hicieron pedazos las cadenas de uno de los puentes levadizos. El pueblo irrumpió en el interior y se apoderó de la Bastilla.

El levantamiento victorioso del 14 de julio de 1789 fue el principio de la revolución. El rey y el partido feudal tuvieron que hacer concesiones bajo la presión de las masas populares. Necker fue repuesto. El rey aprobó las decisiones de la Asamblea Nacional.

Esos días se formó en París un órgano de administración de la ciudad, el municipio, integrado por representantes de la gran burguesía. Se formó la Guardia Nacional burguesa. Su jefe era el marqués de Lafayette, cuya popularidad se debía a su intervención en la guerra de las colonias norteamericanas de Inglaterra por su independencia.

La caída de la Bastilla produjo una gran impresión no sólo en Francia, sino también fuera de ella. En Rusia, en Inglaterra, en los Estados alemanes e italianos todos los hombres progresivos acogieron con entusiasmo los acontecimientos de París.

La "revolución de los municipios". Levantamientos campesinos

La revolución se extendía impetuosamente por todo el país. El 18 de julio se inició el levantamiento en Troyes, el 19 en Estrasburgo, el 21 en Cherburgo, el 24 en Ruan. En Estrasburgo, el pueblo fue, sublevado durante dos días, dueño absoluto de la ciudad. Los obreros, armados con hachas y martillos, violentaron las puertas de la alcaldía; el pueblo penetró en el edificio y quemó todos los documentos que allí se guardaban. En Ruan y Cherburgo los habitantes, que habían salido a la calle a los gritos de "¡Pan!" y "¡Muerte a los acaparadores!", hicieron vender el pan a precios más bajos. En Troyes el pueblo sublevado se apoderó de armas y tomó el ayuntamiento.

En las ciudades de provincia fueron barridos los antiguos órganos del poder y se crearon municipios electivos. A menudo, los funcionarios del rey y las viejas autoridades de las ciudades, por miedo a los levantamientos populares, preferían abandonar sin resistencia el poder a los nuevos municipios burgueses.

La noticia del levantamiento en París con la caída de la terrible Bastilla, fue un potente impulso para el movimiento campesino. Los campesinos se armaban con horcas, hoces y cadenas, saqueaban las propiedades señoriales, quemaban los archivos feudales, se apoderaban de las tierras y los bosques de los terratenientes y se los repartían.

El escritor ruso Karamzín, que pasó en agosto de 1789 por Alsacia, escribía: "Por toda Alsacia se nota la agitación. Pueblos enteros se arman." Lo mismo se registraba en otras provincias. Los levantamientos campesinos, que habían empezado en el centro del país, en la Isla de Francia, desbordándose como un torrente irresistible, a fines de julio y en agosto se extendieron por casi todo el país. En el Delfinado,

de cada cinco castillos de los nobles tres fueron quemados o destruidos. En el Franco-Condado fueron destruidos cuarenta castillos. En Limousin los campesinos levantaron un cadalso delante del castillo de un marqués con la siguiente inscripción: "Aquí será ahorcado todo al que se le ocurra pagar la renta al terrateniente, así como el propio terrateniente si se decide a reclamarla."

Los nobles, presas del miedo, abandonaban sus propiedades y huían a las grandes ciudades, lejos de los pueblos envueltos en las llamas de los levantamientos campesinos.

Los levantamientos campesinos obligaron a la Asamblea Constituyente a ocuparse a toda prisa del problema agrario. En las resoluciones del 4 al 11 de agosto de 1789, la Asamblea proclamó que el "régimen feudal era totalmente abolido". Pero sólo se anularon gratuitamente las llamadas cargas personales y los diezmos de la Iglesia. Las demás cargas feudales, que se derivaban del hecho que el campesino poseía en usufructo un trozo de tierra, debían ser rescatadas. El rescate se estableció no sólo en interés de la nobleza, sino también de una parte de la burguesía, que compraba aceleradamente las propiedades de la nobleza y al mismo tiempo adquiría los derechos feudales.

La Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano

Los levantamientos campesinos y la "revolución de los municipios" en las ciudades, ampliaron y consolidaron la victoria obtenida por el pueblo de París el 14 de julio de 1789. El poder en el país pasó prácticamente a manos de la burguesía. Esta obtuvo la supremacía en el municipio de París y en otras ciudades de Francia. La fuerza armada de la revolución

—la Guardia Nacional— se encontraba bajo sus órdenes. En la Asamblea Constituyente también dominaban la burguesía y la nobleza liberal que se le había unido.

Entonces la burguesía era una clase revolucionaria. Luchaba contra el régimen feudal absoluto y trataba de destruirlo. Los ideólogos de la burguesía, que encabezaban el Tercer Estado, identificaban los ideales sociales de su clase con los intereses de toda la nación francesa y hasta de toda la humanidad.

El 26 de agosto de 1789 la Asamblea Constituyente aprobó la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano, el documento más importante de la Revolución Francesa, que tuvo una trascendencia histórica mundial. "Los hombres nacen libres y son libres e iguales en derechos", proclamaba la Declaración. Este principio revolucionario fue enunciado en un momento en que en la mayor parte del mundo el hombre continuaba siendo siervo, un objeto, cuando en el Imperio Ruso y en otros países de régimen feudal absoluto había millones de siervos de la gleba y en las colonias de la burguesa y aristocrática Inglaterra y en los Estados Unidos de América florecía la trata de esclavos. Los principios proclamados en la Declaración eran un valiente reto revolucionario al viejo mundo feudal. Se proclamaba como derechos inalienables del hombre y del cuidadano, naturales y sagrados, la libertad individual, la libertad de palabra, la libertad de pensamiento y el derecho a luchar contra la opresión.

En la época en que el régimen feudal absoluto reinaba en casi toda Europa, los principios democrático-burgueses, antifeudales, de la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano, desempeñaron un papel progresivo importante. Produjeron gran impresión en los contemporáneos y dejaron profunda huella en la conciencia social de los pueblos. Pero la Declaración

proclamaba también como "sagrado" e inalterable el derecho de propiedad. Es verdad que entonces en ello había un elemento progresivo, la defensa de la propiedad burguesa frente a los atentados del régimen feudal absoluto. Pero ante todo, el derecho de propiedad estaba dirigido contra las capas necesitadas. Su proclamación creaba en realidad condiciones inmejorables para una nueva forma de la explotación del hombre por el hombre, para la explotación capitalista de los trabajadores.

Pronto se hizo patente el gran desacuerdo entre los principios humanistas, las grandes promesas democráticas de la Declaración, y la política real de la Asamblea Constituyente.

En la Asamblea Constituyente el papel principal lo desempeñaba el partido de los constitucionalistas, los cuales defendían los intereses de la gran burguesía y de la nobleza liberal. Los dirigentes de este partido, el conde de Mirabeau, un negociante político flexible y falso, el hábil y reservado abate Sieyes y otros, gozaban de mucha influencia y eran muy populares en la Asamblea Constituyente. Eran partidarios de la monarquía constitucional y de reformas limitadas, que debían consolidar la soberanía de la gran burguesía. Llegada al poder sobre la ola de la sublevación popular, la gran burguesía puso inmediatamente de manifiesto su deseo de no permitir profundas modificaciones democráticas.

A los cinco días de haber proclamado con entusiasmo la Asamblea Constituyente la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano, se inició el debate sobre el sistema electoral. Según la ley aprobada por la Asamblea, los ciudadanos se dividían en activos y pasivos. Los ciudadanos pasivos eran los que no poseían propiedades, carecían de derecho a elegir y ser elegidos. A los ciudadanos activos, los que poseían determinados bienes, se les concedían dere-

chos electorales. En contradicción directa con el principio de igualdad, proclamado en la Declaración, la burguesía intentaba legalizar su soberanía y privar a los trabajadores de derechos políticos.

Levantamiento popular del 5 y 6 de octubre

El rey y el partido de la Corte no pensaban aceptar las conquistas de la revolución y preparaban activamente un golpe contrarrevolucionario. El rey no ratificó la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano y los decretos de agosto sobre la abolición de los derechos feudales. En septiembre llegaron más tropas a Versalles. El 1º de octubre en el palacio real hubo una manifestación contrarrevolucionaria de los oficiales reaccionarios. Todo esto indicaba que el rey y sus allegados tenían la intención de disolver la Asamblea Constituyente y aplastar la revolución con la ayuda del ejército.

En el otoño de 1789 nuevamente empeoró mucho el abastecimiento de París. Las capas bajas padecían hambre. Entre las amplias masas de trabajadores de la capital, sobre todo entre las mujeres, que pasaban horas enteras en las colas del pan, crecía el descontento, incrementado por los insistentes rumores sobre los preparativos contrarrevolucionarios de la Corte. El 5 de octubre masas enormes se dirigieron a Versalles. El pueblo rodeó el palacio real y en el amanecer del 6 de octubre irrumpió dentro. El rey se vio obligado no sólo a ratificar todas las decisiones de la Asamblea Constituyente, sino también, por exigencia del pueblo, a trasladarse con su familia a París. La Asamblea Constituyente hizo lo mismo.

Este nuevo levantamiento revolucionario de las masas populares de París, al igual que en las jornadas

de julio, hizo fracasar las intenciones contrarrevolucionarias de la Corte e impidió la disolución de la Asamblea Constituyente. El rey, después de trasladarse a la capital, quedó bajo la vigilancia del pueblo y ya no podía oponerse abiertamente a las reformas revolucionarias. La Asamblea Constituyente pudo seguir su trabajo sin ningún obstáculo y continuar las reformas burguesas.

Confiscación de las tierras de la Iglesia. Legislación burguesa de la Asamblea Constituyente

En noviembre de 1789, para terminar con la crisis económica y quebrantar el poder de la Iglesia, que servía de apoyo para el régimen feudal, la Asamblea Constituyente decidió confiscar las tierras de aquélla, declararlas "propiedad nacional" y ponerlas en venta. Al mismo tiempo se tomó la decisión de emitir los llamados asignados, obligaciones monetarias del Estado, cuya validez garantizaban los beneficios obtenidos al vender las tierras de la Iglesia. Se pensaba pagar la deuda del Estado con los asignados, pero éstos se convirtieron después en el papel moneda corriente.

En mayo de 1790 se legalizó el procedimiento de la venta de las "propiedades nacionales" en pequeños terrenos a pagar en 12 años. Pero pronto se anuló el fraccionamiento del terreno y el plazo de pago disminuyó hasta cuatro años. En estas condiciones únicamente los campesinos ricos podían comprar las tierras de la Iglesia. Al mismo tiempo, según las leyes de marzo y mayo, se establecían unas condiciones muy difíciles para el rescate de las cargas feudales por los campesinos.

Los campesinos manifestaban abiertamente su descontento con la política de la Asamblea Nacional

burguesa y nuevamente iniciaban la lucha. En el otoño de 1790 se reanudaron los levantamientos campesinos, otra vez comenzaron a arder las casas de los terratenientes.

En muchos sitios los campesinos, al asaltar las casas y los castillos, quemaban todos los documentos archivados y dejaban de pagar los impuestos feudales. A menudo los campesinos de los pueblos vecinos convenían que "nadie debe pagar el impuesto sobre la tierra y aquél que lo pague debe ser ahorcado".

La Asamblea Constituyente envió a las provincias envueltas en el levantamiento campesino tropas, la Guardia Nacional y delegados con plenos poderes. Pero todos los intentos de apagar el fuego de los levantamientos campesinos fracasaron.

Durante los años 1789 a 1791 la Asamblea Constituyente realizó otras reformas que consolidaron en Francia las bases del régimen social burgués. Abolió la división en estamentos, los títulos hereditarios de la nobleza, le retiró al clero el derecho a registrar los nacimientos, los matrimonios, las defunciones y colocó a la Iglesia y a los sacerdotes bajo control del Estado. En vez de la organización administrativa medieval se implantó la división uniforme de Francia en 83 departamentos, se abolieron las corporaciones, se suprimió la reglamentación por parte del Gobierno de la producción industrial, se anularon las aduanas interiores y otras limitaciones que eran un obstáculo para el desarrollo de la industria y el comercio.

Todas estas reformas, que históricamente eran de carácter progresivo, correspondían a los intereses de la burguesía y estaban llamadas a garantizar unas condiciones favorables para el desarrollo de su actividad comercial e industrial.

Al mismo tiempo, la Asamblea Constituyente adoptó leyes dirigidas especialmente contra los trabaja-

dores. Así, a raíz de los acontecimientos del 5 y 6 de octubre de 1789 se aprobó una ley que permitía emplear el ejército para la represión de los levantamientos populares.

El movimiento obrero. Ley de Le Chapelier

La esencia de la clase de la política burguesa de la Asamblea Constituyente se manifestó aún con mayor claridad en la persecución del movimiento obrero. En Francia, a fines del siglo XVIII no existía una gran industria mecanizada y, por consiguiente, no había proletariado fabril. Pero había muchas categorías de obreros asalariados: obreros de manufacturas centralizadas y dispersas, oficiales artesanos, obreros de la construcción, obreros portuarios, peones, etc. Algunos grupos de obreros, sobre todo los que eran naturales de la aldea, aún estaban vinculados a la tierra o a otra clase de propiedad, y para ellos el trabajo asalariado era a menudo una ocupación auxiliar. Mas para un número cada vez mayor de obreros el trabajo asalariado se convertía en la fuente principal de su existencia. Los obreros integraban ya una parte considerable de la población de las grandes ciudades. En París, en el momento de la Revolución el número de obreros con sus familias se elevaba a trescientos mil.

Los obreros no tenían ningún derecho y dependían por completo de sus dueños. El salario era bajo y no seguía el aumento de precios. 14 a 18 horas de trabajo al día era lo habitual, incluso para los obreros calificados. Un azote para todos ellos era el paro, que aumentó más en víspera de la Revolución, como resultado de la crisis industrial y del comercio.

En París continuaban los levantamientos obreros. En agosto de 1789 cerca de tres mil trabajadores de las sastrerías celebraron una manifestación exigiendo

aumento del salario; la manifestación fue dispersada por un destacamento de la Guardia Nacional. También reinaba la agitación entre los obreros sin trabajo, que estaban ocupados en trabajos de terraplenado organizados por el municipio. Los obreros amenazaron incluso con quemar el ayuntamiento.

En 1790 y 1791 se crearon organizaciones obreras, cuyo origen en parte estaba relacionado con las asociaciones prerrevolucionarias, pero que en lo fundamental representaban unas asociaciones nuevas de tipo profesional. En aquel tiempo los más activos eran los impresores, que eran más cultos y conscientes que el resto de los obreros. En 1790 se fundó en París la primera organización de tipógrafos, la "asociación tipográfica", que adoptó un reglamento aprobado por la "asamblea general de los representantes obreros". En particular, preveía la ayuda mutua en caso de enfermedad y de vejez. En el otoño del mismo año fue fundada una organización más desarrollada y perfecta de los obreros de las imprentas, el Club tipográfico y filantrópico. Este club empezó a editar su propio órgano. Organizó la ayuda mutua entre los obreros y dirigió su lucha contra los patrones. En otras ciudades también surgieron asociaciones semejantes de los obreros de las imprentas.

Organizaciones profesionales tan adelantadas como el Club tipográfico eran entonces una excepción. Pero también los obreros de otras profesiones intentaron crear sus asociaciones. Así, por ejemplo, surgió La Hermandad de los carpinteros, que contaba con miles de afiliados.

En la primavera de 1791 hubo en París grandes huelgas. Los tipógrafos y los carpinteros fueron los que intervinieron más activamente, por ser los más organizados, pero también pararon los obreros de otras profesiones —herreros, cerrajeros, ebanistas, zapateros, albañiles, techadores—, en total unos 80 mil.

El movimiento huelguista, dirigido por organizaciones obreras (el Club tipográfico, la Hermandad de los carpinteros, etc.), produjo una gran inquietud entre los patronos. Estos se dirigieron rápidamente primero al Municipio de París y después, directamente, a la Asamblea Constituyente con la pretensión de que se tomasen medidas drásticas contra los huelguistas.

La Asamblea Constituyente aceptó las reclamaciones de los patronos y a proposición del diputado Le Chapelier promulgó el 14 de junio de 1791 un decreto por el que se prohibía a los obreros bajo pena de multa o de prisión asociarse y declararse en huelga. Dos días después, el 16 de junio, la Asamblea Constituyente dispuso el cierre de los "talleres benéficos", organizados en 1789 para los obreros sin trabajo.

Las autoridades vigilaban minuciosamente el cumplimiento de la ley Le Chapelier. Su infracción se castigaba severamente. Marx dice, que esta ley introducía con "medidas policíacas estatales la competencia entre el capital y los trabajadores dentro de un marco cómodo para el capital..." [1]

La Constitución de 1791

En 1791 la Asamblea Constituyente aprobó la Constitución. Francia era declarada monarquía constitucional. El rey tenía el poder superior ejecutivo, y la Asamblea Legislativa el poder legislativo. En las elecciones sólo podían tomar parte los llamados ciudadanos activos, que constituían menos del 20 por ciento de la población. La Constitución no abolió la esclavitud de las colonias.

En comparación con el sistema jurídico-estatal del régimen feudal absoluto la Constitución del año 1791

[1] C. Marx, *El Capital*, t. I, Moscú, 1955, pág. 745.

era de carácter progresivo. Pero revelaba con claridad la naturaleza clasista de la burguesía vencedora. Los autores de la Constitución pretendían perpetuar no sólo la desigualdad de propiedad entre los hombres, sino también, en contradicción directa con la Declaración de 1789, la desigualdad política de los ciudadanos.

La política antidemocrática de la Asamblea Constituyente provocó un descontento cada vez mayor en el pueblo. Los campesinos, los obreros, los artesanos, los pequeños propietarios no habían visto satisfechas sus reivindicaciones políticas y sociales; la revolución no les había proporcionado lo que ellos esperaban.

En la Asamblea Constituyente los intereses de los círculos democráticos estaban representados por el grupo de diputados que dirigía Maximiliano Robespierre (1758-1794), un abogado de Arrás, partidario convencido e inflexible de la democracia, que cada vez era más escuchado en el país.

Clubes y sociedades populares. El movimiento democrático de 1789 a 1791

Durante la Revolución aumentó mucho la actividad política de las masas populares. En París desempeñaban un papel importantísimo los órganos de administración local por barrios o distritos, más tarde transformados en secciones. Sus frecuentes reuniones eran una verdadera escuela política para la población de la capital. Los dirigentes del municipio burgués intentaban poner fin a las continuas reuniones de los distritos y secciones y transformarlas en simples reuniones electorales, convocadas muy pocas veces, pero los elementos democráticos se oponían a esto por todos los medios.

En la capital y en las ciudades de provincia surgían

diferentes clubes políticos. La mayor influencia la tenían el club de los **jacobinos** y el de los **cordeleros.** Se llamaban según los conventos en cuyos locales se reunían. La denominación oficial de los jacobinos era "Sociedad de los amigos de la Constitución" y la de los cordeleros, "Sociedad de los amigos de los derechos del hombre y del ciudadano".

La composición del club jacobino en 1789-1791 era bastante heterogénea; el club reunía políticos burgueses de diferentes matices, desde Mirabeau hasta Robespierre.

El club de los cordeleros, que surgió en abril de 1790, servía de centro político a las gentes del pueblo que habían intervenido activamente en los acontecimientos revolucionarios. Muchos "ciudadanos pasivos" formaban parte de él y en sus reuniones intervenían también mujeres. Entre las personas que lo integraban estaba el brillante orador Jorge Danton (1759-1794) y un periodista de talento, Camilo Desmoulins. Desde la tribuna del club de los cordeleros se criticaba ásperamente la política antidemocrática de la Asamblea Constituyente y la Constitución de 1791.

En el "Club social" y en la vasta organización por él creada, la Federación mundial de los amigos de la verdad, se colocaban en primer plano las pretensiones sociales; el club publicaba el periódico **Boca de hierro.** Los organizadores del "Club social" eran el abate Claude Fouchet y el periodista N. Baunville.

El amigo del pueblo, periódico editado por Marat, tuvo una enorme influencia sobre el movimiento revolucionario democrático. Médico y científico, Juan Pablo Marat (1743-1793) desde los primeros días de la Revolución se consagró por completo a la lucha. Defensor inquebrantable de los intereses y de los derechos del pueblo, amigo de los pobres, demócrata revolucionario, Marat odiaba de todo corazón la tiranía y la opresión. Fue el primero en advertir que el yugo

feudal era reemplazado por él yugo de la "aristocracia de la riqueza". En su periódico, auténticamente popular, y en sus panfletos de espíritu combativo, Marat denunciaba los actos y planes contrarrevolucionarios de la Corte, la política antipopular de Necker, la propensión a la traición de los jefes del partido de los constitucionalistas, Mirabeau, Lafayette, etc., que adormecían la vigilancia del pueblo con frases sobre la "hermandad" y la "confianza". Marat predicaba decisión revolucionaria; indicaba al pueblo que no debía pararse a medio camino, debía seguir hasta el final, hasta el completo exterminio de los enemigos de la Revolución.

La corte, la nobleza y la gran burguesía lo odiaban, le perseguían y acosaban. La simpatía y la ayuda del pueblo permitían a Marat seguir desde la clandestinidad, donde a menudo se tenía que ocultar, la lucha por la democracia revolucionaria.

La crisis de Varennes

El rey y el medio que le rodeaba, imposibilitados como se veían de actuar abiertamente, preparaban en secreto un golpe contrarrevolucionario. Desde los primeros días de la Revolución empezó la huida de la aristocracia francesa al extranjero. En Turín y después en Coblenza fue creado un centro de la emigración contrarrevolucionaria, que mantenía contacto con los gobiernos absolutos de Europa. Entre los emigrantes se discutían proyectos para la intervención de países extranjeros contra la Francia revolucionaria. Luis XVI, a través de agentes secretos mantenía contacto con los emigrantes y las cortes europeas. En cartas secretas dirigidas al rey de España y a otros monarcas europeos renegaba de todo lo que se había visto obligado a hacer desde el principio de la Revolución;

de antemano aprobaba todo lo que sus representantes creyesen necesario emprender para el restablecimiento del "poder legítimo".

El 21 de junio de 1791 París fue despertado por el toque de rebato. Se anunciaba una noticia extraordinaria: el rey y la reina habían huido. El pueblo quedó indignado. Ante una evidente traición, de graves consecuencias para la Revolución, empezó a armarse.

La huida del rey formaba parte de un complot cuidadosamente preparado. El rey debía huir a la fortaleza fronteriza Montmedy, donde había tropas a las órdenes del marqués de Bonillé, ferviente monárquico, y desde allí, a la cabeza del ejército contrarrevolucionario, dirigirse a París, disolver la Asamblea y restablecer el régimen feudal absoluto. Además, los conspiradores pensaban que la huida del rey de París movería a los países extranjeros a la intervención con el fin de restablecer en Francia el antiguo régimen.

Pero, cuando la carroza del rey estaba ya cerca de la frontera, un intendente de correos, Droue, reconoció a Luis XVI, disfrazado de lacayo, dio la voz de alarma entre la población y emprendió la persecución. En Varennes el rey y la reina fueron detenidos por campesinos armados. Ambos, acompañados por una enorme multitud, fueron devueltos a París como prisioneros del pueblo.

La traición del rey, clara para todos, dio lugar a una aguda crisis política. El club de los cordeleros encabezó el movimiento de las masas populares, las cuales insistían en que el rey traidor abadonase el poder. La reivindicación de la República, que los cordeleros ya habían lanzado antes, tenía ahora muchos partidarios no sólo en la capital, sino también en provincia. Así lo exigían los clubes de Estrasburgo, de Clermont-Ferrand y otras ciudades. En las aldeas se recrudeció la lucha de los campesinos contra las leyes feudales.

Pero la gran burguesía en el poder no quería abolir el régimen monárquico. En sus intentos de salvar y rehabilitar la monarquía, la Asamblea Constituyente adoptó una moción que sostenía una versión falsa sobre el "rapto" del rey. Los cordeleros iniciaron una campaña contra esta política de la Asamblea. Los jacobinos se dividieron. Sus componentes democrático-revolucionarios apoyaron a los cordeleros. La parte derechista del club, los constitucionalistas, el 16 de julio lo abandonaron y crearon un nuevo club, el de los **Feuillants,** que se llamó así por el nombre del convento donde se reunían.

El 17 de julio el club de los cordeleros convocó miles de parisienses, principalmente obreros y artesanos, en el campo de Marte para que firmasen una petición que exigía la deposición del rey y su juicio. Contra la pacífica manifestación del pueblo fue lanzada la Guardia Nacional al mando de Lafayette. La Guardia Nacional abrió fuego. Cientos de heridos y muchos muertos quedaron en el campo de Marte.

Las matanzas del 17 de julio de 1791 significaron el paso abierto de la gran burguesía monárquica a las posiciones contrarrevolucionarias.

La Asamblea Legislativa

A fines de septiembre de 1791, terminado su mandato, fue disuelta la Asamblea Constituyente. El 1º de octubre del mismo año se reunía la Asamblea Legislativa, elegida sobre la base de un sistema electoral restringido.

La derecha de la Asamblea Legislativa la constituían los **feuillants,** el partido de los grandes financieros y negociantes, armadores de buques que traficaban con esclavos, dueños de plantaciones, de minas y grandes propietarios de tierras e industriales rela-

cionados con la producción de artículos de lujo. Esta parte de la gran burguesía y la nobleza liberal que estaba con ella, se mostraban interesadas en la conservación de la monarquía y de la Constitución de 1791. Durante el primer tiempo, apoyándose en el numeroso grupo de los diputados del centro, los feuillants desempeñaron un papel dirigente en la Asamblea Legislativa.

La izquierda de la Asamblea la integraban diputados relacionados con el club jacobino. Pronto se dividieron en dos grupos. Uno de ellos era el de los girondinos (los más eminentes diputados de este partido habían sido elegidos por el departamento de Gironda).

Los girondinos representaban a la burguesía de la industria y del comercio y a los nuevos terratenientes burgueses, principalmente de los departamentos del sur, del sudoeste y del sudeste, interesados en la completa reorganización burguesa de la sociedad. Eran más radicales que los feuillants. En un principio también apoyaban la Constitución de 1791, pero después se pasaron al campo de la República y se transformaron en republicanos burgueses. Los oradores más famosos de los girondinos eran el periodista Brissot y Vergriand.

Entre los jacobinos la política de los girondinos era criticada por Robespierre y otros políticos, que representaban los intereses de los grupos más democráticos de la Francia de entonces. En la Asamblea Legislativa eran apoyados por un grupo de diputados de la extrema izquierda. Estos diputados fueron llamados **montañeses**, pues en la Asamblea Legislativa y después en la Convención ocupaban los escaños más altos de la sala de sesiones, en la "montaña". Con el paso del tiempo el término de "montañeses" se hizo sinónimo de "jacobinos".

Los girondinos y los montañeses actuaban al principio juntos contra el partido contrarrevolucionario de

la Corte y contra el partido dirigente de los **feuillants,** pero después empezaron las discrepancias, que se convirtieron en lucha abierta entre unos y otros.

Situación política del país a principios de 1792

En 1792 empeoró la situación económica de Francia. Se agudizó nuevamente la crisis comercial e industrial, que se había atenuado algo en 1790-1791. Se reducían con particular rapidez las ramas de la industria que antes trabajaban para la Corte y la aristocracia, también para la exportación. La fabricación de artículos suntuarios se suspendió casi por completo. Aumentó el paro. Después de la sublevación de agosto de 1791, de los esclavos negros en la isla de Santo Domingo (Haití), se dejaron de vender productos coloniales, azúcar, café y té. También aumentaron los precios de otros artículos alimenticios.

En enero de 1792 se iniciaron en París grandes disturbios a causa de la carestía y la falta de alimentos. En Burdeos, en la primavera de 1792, hubo huelga de carpinteros y panaderos. Los obreros luchaban por el aumento del salario en relación con el aumento de los precios. A la Asamblea Legislativa llegaban múltiples peticiones de los obreros y las capas pobres, en las que se exigía el establecimiento de precios de tasa para los productos alimenticios y la represión de los especuladores. También había agitación entre los elementos pobres del campo. En algunas regiones de Francia grupos armados de campesinos hambrientos se apoderaban y repartían el trigo, exigían por la fuerza la venta del pan y de otros productos a precios de tasa.

Seguía sin resolver el principal problema de la revolución, el agrario. Los campesinos querían la abo-

lición de todas las cargas feudales gratuitamente. A fines de 1791 volvió a aumentar el movimiento agrario.

Al mismo tiempo, cada vez eran más activas las fuerzas contrarrevolucionarias que luchaban por el restablecimiento del régimen feudal absoluto. En el Sur, los **aristócratas,** como llamaban a los partidarios del feudalismo, intentaron promover una revuelta contrarrevolucionaria. El clero católico realizaba una intensa propaganda antirrepublicana; en su mayor parte se negó a jurar la nueva Constitución y aceptar las nuevas leyes.

La Corte y otras fuerzas contrarrevolucionarias, al preparar el golpe decisivo contra la Revolución, confiaban ahora principalmente en la intervención de países extranjeros.

3. COMIENZO DE LAS GUERRAS REVOLUCIONARIAS. CAIDA DE LA MONARQUIA

Preparación de la intervención contra la Francia revolucionaria

La Revolución propició el crecimiento de la lucha antifeudal en otros países. No sólo en Londres y San Petersburgo, en Berlín y Viena, en Varsovia y Budapest, sino también al otro lado del océano, los medios sociales progresivos escuchaban con avidez las noticias que llegaban de la Francia revolucionaria. La Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano y otros documentos de la Revolución fueron traducidos y publicados en muchos países de Europa, en Estados Unidos y en América Latina. El lema "Libertad, igualdad y fraternidad", proclamado por la Revolución Francesa, era acogido como el principio de una nueva vida, el comienzo de la libertad.

Cuanto más clara era la simpatía de los medios progresivos de todos los países hacia la Revolución Francesa y sus ideas progresivas, tanto mayor era el odio hacia la Francia revolucionaria de los países europeos feudales absolutos y de la Inglaterra aristocrático-burguesa.

El principal organizador e inspirador de la coalición contrarrevolucionaria fue Inglaterra. Los círculos ingleses temían que al desaparecer el feudalismo se consolidase la posición internacional de Francia y se reforzase el movimiento democrático radical en su propio país.

La diplomacia inglesa hacía lo posible por reconciliar a las entoces enemigas Austria y Prusia para emplear sus fuerzas reunidas contra Francia. A ello tendían también los esfuerzos de la Rusia zarista. En el verano de 1790, en la conferencia de Reichenbach, gracias a la mediación de Inglaterra se logró arreglar las principales diferencias entre Prusia y Austria. En agosto de 1791 el emperador austríaco y el rey de Prusia firmaron, en el castilo de Pilnitz, una declaración sobre la acción conjunta para ayudar al rey francés. La declaración de Pilnitz significaba un acuerdo de intervención contra Francia.

El conflicto que surgió entre Francia y los príncipes alemanes a los que la Revolución había despojado de sus propiedades en Alsacia, hizo que a principios de 1792 se agudizasen aún más las relaciones de Austria y Prusia con Francia.

Comienzo de la guerra con Austria y Prusia

Luis XVI, sus allegados y la mayoría de los oficiales y generales, procuraban por su lado acelerar la guerra, pues suponían que Francia no resistiría

el ataque exterior y en cuanto los intervencionistas alcanzasen el interior del país se podría con su ayuda, aplastar la Revolución. Comprendiendo esto, Robespierre en el club jacobino se oponía a la declaración inmediata de la guerra. Exigía la previa depuración de la oficialidad del ejército y advertía que en caso contrario los generales aristócratas abrirían al enemigo el camino a París. Pero los girondinos se mostraron favorables a la guerra. Temían el crecimiento de la lucha de clases y suponían que un conflicto armado desviaría la atención de las masas populares de los problemas internos. Relacionados con la gran burguesía de los centros comerciales (Burdeos, Marsella, etc.), los girondinos tenían también la esperanza de que una guerra victoriosa ensancharía las fronteras de Francia, afianzaría su posición económica y debilitaría a su principal adversario, Inglaterra. El problema de la guerra condujo a la agudización de la lucha entre los jacobinos, partidarios de Robespierre, y los girondinos.

El 20 de abril de 1792 Francia declaró la guerra a Austria. La aliada de ésta, Prusia, no tardó en entrar en la guerra.

Las predicciones de Robespierre se cumplieron. Durante las primeras semanas de la guerra el ejército francés, que seguía dirigido por aristócratas o por generales que no comprendían en absoluto las particularidades de una guerra revolucionaria, sufrió una serie de graves derrotas.

La confabulación secreta del rey y los aristócratas con los intervencionistas extranjeros, de la cual antes únicamente se sospechaba, ahora, después de las traiciones de los generales, se hacía manifiesta. Los jacobinos señalaban esto en sus discursos y planfletos y llamaban a la masas a la lucha con la contrarrevolución interna como con la del exterior. El pueblo vio que había llegado el momento de defender con las

armas en la mano la patria y la Revolución, inseparables ahora una de la otra. La palabra "patriota", que se extendió precisamente en esta época entre el pueblo, tenía esos dos significados: denfesor de la patria y de la Revolución.

Millones de campesinos comprendían que los intervencionistas traían consigo el restablecimiento del odiado régimen feudal absoluto. Una parte considerable de la burguesía y los campesinos ricos ya habían adquirido tierras, principalmente a expensas de las propiedades de la Iglesia. A fincs de 1791 se habían vendido bienes de la Iglesia por valor de más de un millón y medio de libras. La invasión extranjera y la posibilidad de la restauración del régimen prerrevolucionario significaban una amenaza directa para esta nueva propiedad y para sus beneficiarios.

Ante la traición casi abierta del gobierno y de muchos generales, ante la debilidad y la inactividad de la Asamblea Legislativa, las masas populares, por iniciativa propia, salieron en defensa de la Francia revolucionaria. En las ciudades y aldeas se formaron a toda prisa batallones de voluntarios; se crearon comités de recaudación de fondos para su armamento. Las organizaciones y los clubes democráticos locales exigían de la Asamblea Legislativa la adopción de medidas extraordinarias para la defensa de la patria y de la Revolución.

Bajo la presión de las masas populares el 11 de julio de 1792 la Asamblea Legislativa promulgó un decreto que declaraba la "patria en peligro". Todos los hombres aptos para el servicio militar debían ser movilizados.

El levantamiento popular del 10 de agosto de 1792. Caída de la monarquía

Cada día se hacía más patente que la victoria frente a la contrarrevolución exterior era imposible sin la destrucción de la contrarrevolución interna. El pueblo exigía insistentemente la deposición del rey y el severo castigo de los generales traidores. La Comuna (órgano de administración de la ciudad) de Marsella a fines de junio de 1792 pidió la abolición del poder real. Esta misma reclamación se hizo en algunos otros departamentos. En julio en algunas secciones de París, espontáneamente, se suprimió la división de los ciudadanos en "activos" y "pasivos". En una barriada en la que vivían muchos obreros y artesanos, se tomó el acuerdo de que la sección "no reconocía a Luis XVI como rey de los franceses".

Durante el mes de julio estuvieron llegando a París grupos armados de voluntarios de provincias o federados. Los federados de Marsella traían el "Canto del ejército del Rin", del joven oficial Rouget de Lisle. Esta canción, que iba a ser llamada la Marsellesa, se convirtió en el himno de combate del pueblo francés.

Los federados estaban en íntimo contacto con los jacobinos y crearon su órgano, el Comité Central. Como reflejo de la decisión revolucionaria de las amplias masas populares de provincia, los federados presentaron a la Asamblea Legislativa peticiones en las que insistían en la supresión del poder del rey y en la convocatoria de una Convención Nacional, elegida democráticamente, para la revisión de la Constitución.

Al mismo tiempo que en el país crecía el entusiasmo revolucionario, fue publicado un manifiesto del duque de Brunswick, jefe del ejército prusiano concentrado cerca de las fronteras de Francia. En su proclama al pueblo francés admitía abiertamcntc que

el fin de la campaña era el restablecimiento en Francia del poder real y amenazaba a los "rebeldes" con duros castigos. El manifiesto del duque de Brunswick, que revelaba cínicamente los fines contrarrevolucionarios de la intervención, produjo gran indignación en el país y aceleró la caída de la monarquía.

Las masas populares de París, bajo la dirección de los jacobinos empezaron a prepararse abiertamente para el levantamiento. Dos terceras partes de las secciones de París se adhirieron a la resolución que exigía la deposición de Luis XVI.

La noche del 10 de agosto el toque de rebato anunció el comienzo de un nuevo levantamiento en la capital. El pueblo se reunía por secciones, formaba destacamentos. Los comisarios de las secciones proclamaron la Comuna revolucionaria de París y encabezaron el levantamiento. Batallones de la Guardia Nacional formados por obreros de los suburbios, así como tropas de federados procedentes de los departamentos, se dirigieron hacia el palacio de las Tullerías, la residencia del rey. El edificio era una fortaleza; en las proximidades había sido concentrada artillería. Pero el grupo de voluntarios de Marsella fraternizó con los artilleros y al grito de "¡Viva la nación!" los arrastró consigo. El camino de palacio estaba libre. El rey y la reina se refugiaron en la Asamblea Legislativa.

Parecía que el levantamiento popular había conseguido una victoria incruenta. Pero en el momento en que los grupos de sublevados irrumpían en el patio interior de las Tullerías, los mercenarios suizos y los oficiales monárquicos que se encontraban allí abrieron fuego. Al principio el pueblo retrocedió, dejando decenas de muertos y heridos, pero a los pocos minutos se entablaba una batalla encarnizada. Los habitantes de la capital y los destacamentos de federados iniciaron el asalto del palacio. Parte de sus defensores

murió, los demás capitularon. En esta batalla sangrienta el pueblo perdió unos quinientos hombres.

Así fue derrocada la monarquía, que había existido en Francia cerca de mil años. La Revolución francesa se elevó a una nueva etapa, entró en un nuevo período. El desarrollo de la Revolución, en línea ascendente, se explica por el hecho de que al proceso revolucionario se habían incorporado grandes masas de campesinos y obreros de la plebe. La revolución burguesa ponía cada vez más de manifiesto su carácter popular.

Nueva legislación agraria

Como resultado del levantamiento del 10 de agosto de 1792 el poder pasó prácticamente en la capital a manos de la Comuna revolucionaria de París. La Asamblea Legislativa se limitó a separar temporalmente a Luis XVI del poder, pero a instancia de la Comuna el rey y su familia fueron detenidos. Fue publicado el decreto de convocatoria de la Convención Nacional; en su elección podían participar todos los hombres que hubieran alcanzado 21 años, sin división alguna de los ciudadanos en "activos" y "pasivos".

La Asamblea Legislativa nombró un nuevo gobierno, el Consejo Ejecutivo Provisional, que estaba compuesto de girondinos; Danton era el único jacobino que formaba parte del Consejo.

Después del levantamiento victorioso del 10 de agosto, que había mostrado la enorme fuerza que se ocultaba en el pueblo, era imposible retrasar más el examen de las reivindicaciones de los campesinos. La Asamblea Legislativa, que hasta hacía poco aplazaba desdeñosamente el examen de cientos de peticiones campesinas, ahora, con una rapidez que indicaba su miedo ante la gran ira popular, se dedicó al problema agrario.

El 14 de agosto la Asamblea Legislativa adoptó el decreto de reparto de las tierras comunales. Fue permitido arrendar las tierras confiscadas a los emigrados en pequeñas parcelas de 2 a 4 arpanes (aproximadamente de 0,5 a 1 hectárea) por tiempo ilimitado y con una renta anual, o cederlas en plena propiedad si se pagaba al contado. Al día siguiente fue tomada la decisión de sobreseer todas las causas judiciales en los pleitos relacionados con los anteriores derechos feudales. El 25 de agosto la Asamblea Legislativa decidía abolir los derechos feudales de aquellos propietarios que no podían demostrarlos con los documentos correspondientes.

La legislación agraria de agosto de 1792, que llegó a satisfacer parte de las reivindicaciones de los campesinos, fue resultado directo de la caída de la monarquía.

La victoria de Valmy

La consecuencia más directa del levantamiento popular victorioso del 10 de agosto fue el cambio total del curso de la guerra. El 19 de agosto el ejército prusiano pasó la frontera de Francia y, siguiendo la ofensiva, penetró en el interior del país. El 23 de agosto tomó la fortaleza de Longwy, que el comandante entregó sin lucha. El 2 de septiembre se perdió Verdun, la última fortaleza que cerraba el acceso a la capital. Los invasores iban hacia París seguros de una victoria fácil.

En estos días de peligro mortal, que amenazaba a la Francia revolucionaria, los jacobinos —al contrario de los girondinos, que vacilaron, mostrando debilidad y miedo— revelaron una gran energía revolucionaria. Pusieron en pie a todo el pueblo democrático de París. Hombres y mujeres, niños y viejos, todos querían contribuir a la causa general de la lucha con-

tra el odiado enemigo. "Las campanas tocan a rebato, pero no es señal de alarma, sino una amenaza a los enemigos de la patria. Para vencerlos se necesita audacia, más audacia, siempre audacia, y Francia será salvada", decía Danton.

Por París se extendieron rumores de que los presos contrarrevolucionarios preparaban una insurrección en las cárceles. El pueblo y los voluntarios que iban al frente irrumpieron en las cárceles en la tarde del 2 de septiembre. Del 2 al 5 fueron ejecutados en las cárceles más de mil contrarrevolucionarios. Fue un acto espontáneo de legítima defensa de la revolución en el momento que se encontraba en mayor peligro.

El 20 de septiembre de 1792, cerca de Valmy, se produjo la batalla definitiva. Frente a las tropas de los invasores, disciplinadas y bien armadas, se encontraban las tropas de la Francia revolucionaria, en su mayor parte voluntarios mal armados, sin instrucción ni experiencia. Los orgullosos oficiales prusianos anunciaban una victoria rápida y definitiva frente a la "chusma revolucionaria". Pero era pronto para celebrar la victoria. A los acordes de la "Marsellesa" y con el grito de "¡Viva la nación!", los soldados franceses rechazaron valientemente dos ataques del enemigo y le hicieron retroceder.

El gran poeta alemán Goethe, que presenció el combate, hizo notar con clarividencia, que la batalla de Valmy era el principio de una nueva época de la historia mundial. Valmy fue la primera victoria de la Francia revolucionaria sobre las monarquías feudales de Europa.

Pronto los franceses pasaron a la ofensiva en todo el frente, expulsaron de Francia a los invasores y entraron en territorio de los países vecinos. El 6 de noviembre de 1792 lograron una gran victoria sobre los austríacos en Jemappes, después de lo cual los ejércitos franceses ocuparon Bélgica y la región del Rin.

4. LA CONVENCION. LUCHA ENTRE GIRONDINOS Y JACOBINOS

Apertura de la Convención. Proclamación de la República

El día de la victoria de Valmy se reunía en París la Convención Nacional, elegida sobre la base de sufragio universal. Estaba formada por 750 diputados, de los que 165 eran girondinos y unos 100 jacobinos. París había elegido únicamente diputados jacobinos, entre ellos a Robespierre, Marat y Danton. Los demás diputados no estaban adheridos a ningún partido, los llamaban irónicamente "llanura" o "pantano".

Los primeros pasos de la Convención fueron la abolición de la monarquía y la proclamación de la República en Francia. El pueblo los acogió con entusiasmo.

Desde los primeros días tanto en la propia Convención como fuera de ella se inició la lucha entre girondinos y jacobinos. Aunque los primeros, no intervinieron en el levantamiento del 10 de agosto y el movimiento popular venció a pesar suyo, se convirtieron en el partido gobernante. En sus manos se encontraba el Comité Ejecutivo Provisional y al principio desempeñaban el papel dirigente de la Convención.

Los girondinos representaban a las capas de la burguesía comercial e industrial y de los terratenientes que ya habían conseguido sus reivindicaciones políticas y económicas fundamentales. Temían a las masas populares, no deseaban el desarrollo de la revolución e intentaban detenerla, frenarla, no sobrepasar los límites alcanzados.

Los jacobinos reflejaban los intereses, principalmente, de la pequeña burguesía democrática revolu-

cionaria, la cual junto a las grandes masas populares de la ciudad y el campo quería el desarrollo de la revolución. La fuerza de los jacobinos, revolucionarios burgueses progresivos, residía en el hecho de que no temían al pueblo, sino que se apoyaban en él y encabezaban valientemente su lucha revolucionaria. Según indica Lenin, durante la Revolución Francesa de fines del siglo XVIII los "pequeños burgueses aún podían ser grandes revolucionarios".[2]

La Gironda intentaba detener la revolución; la Montaña, apoyándose en las masas populares, deseaba que la revolución siguiese hacia adelante. Ahí residía la esencia de la lucha entre una y otra; de ahí derivaban todas sus discrepancias.

Ejecución de Luis XVI

Entre los muchos problemas políticos, que eran objeto de discusión y lucha entre girondinos y jacobinos, a fines de 1792 adquirió una mayor virulencia el problema del ex rey. Las masas populares exigían el enjuiciamiento del destronado monarca. Los jacobinos apoyaron esta legítima reivindicación del pueblo. Cuando en la Convención empezó el juicio del rey, los girondinos hicieron todo lo posible por salvarle la vida. Tanto para los girondinos como para los jacobinos estaba claro que el problema del ex rey no era una cuestión personal, sino política. Su ejecución significaba seguir valientemente por el camino revolucionario; conservarle la vida significaba detener la revolución en el nivel alcanzado y hacer concesiones a la contrarrevolución interior y exterior.

Todos los intentos de los girondinos por salvar la

[2] V. I. Lenin, "Sobre el impuesto en especie", *Obras*, t. 32, pág. 338.

vida a Luis XVI, o al menos aplazar la ejecución, fracasaron. A petición de Marat se procedió a la votación nominal. "...Vosotros salvaréis la patria... y aseguraréis el bien del pueblo decapitando al tirano", decía Marat en un discurso pronunciado en la Convención. La mayoría de los diputados votó la pena de muerte y su ejecución inmediata. El 21 de enero de 1793 Luis XVI era ejecutado.

La primera coalición contra la Francia revolucionaria

Los gobiernos de Inglaterra, España, Holanda y otros países aprovecharon la ejecución del ex rey como pretexto para romper con Francia y unirse a la coalición contrarrevolucionaria.

Los gobiernos monárquicos reaccionarios de Europa estaban muy inquietos a causa de los éxitos de los ejércitos revolucionarios franceses y de las simpatías que les mostraban los elementos democráticos de Bélgica y de las tierras alemanas occidentales. El ejército republicano entraba en otros países con una consigna revolucionaria: "¡Paz a las cabañas, guerra a los palacios!" Su puesta en práctica provocaba el furor de los círculos aristocráticos feudales y una gran simpatía de las masas populares. En Bélgica y en las provincias alemanas del Rin los soldados republicanos franceses eran recibidos como liberadores. Tanto mayor era la intransigencia de las clases dirigentes de las monarquías absolutas.

El avance de las tropas francesas en Bélgica y la propagación de las ideas revolucionarias en la propia Inglaterra, provocaron una gran preocupación en los círculos dirigentes británicos y les impulsaron a seguir el camino de la guerra abierta contra la Francia revolucionaria. En enero de 1793 el embajador fran-

cés era expulsado de Inglaterra. El 1º de febrero la Convención declaró la guerra a Inglaterra.

Inglaterra se puso a la cabeza de la primera coalición de los países europeos reaccionarios, que se formó definitivamente en la primavera de 1793. La integraban Inglaterra, Austria, Prusia, Holanda, España, Cerdeña y muchos pequeños Estados alemanes.

La emperatriz rusa Catalina II, que ya antes había roto las relaciones diplomáticas con Francia y que ayudaba por todos los medios a los nobles emigrados, promulgó después de la ejecución de Luis XVI un decreto por el que se rompía el acuerdo comercial con Francia y se prohibía la entrada de buques franceses en los puertos rusos, y de ciudadanos franceses en el Imperio. Pero la Rusia zarista no declaró aún abiertamente la guerra a la Francia revolucionaria: si en los años anteriores la guerra con Turquía era un obstáculo para esto, ahora el Gobierno de Catalina II estaba entretenido con los asuntos de Polonia.

Empeoramiento de la situación económica y agudización de la lucha política

La guerra, que había puesto en tensión todas las fuerzas del país, empeoró profundamente la situación económica. Las operaciones militares a gran escala y el sostenimiento de grandes ejércitos provocaba gastos enormes. Esta circunstancia, así como la alteración de las relaciones económicas habituales y la reducción de algunas ramas de la industria, provocaron grave crisis económica.

El Gobierno girondino intentaba cubrir los gastos de guerra con nuevas emisiones de papel moneda. Los asignados, puestos en circulación en excesivo volumen, sufrieron gran devaluación y, como resultado de ello se provocó el aumento vertiginoso de precios,

sobre todo de los alimentos. Los campesinos ricos y los mayoristas que habían adquirido trigo, lo retenían, no lo sacaban al mercado, pues esperaban enriquecerse con nuevas elevaciones de precios. El pan y otros artículos de consumo empezaron a desaparecer totalmente de la venta o a venderse bajo cuerda a precios especulativos.

A consecuencia del hambre y de las privaciones crecía el descontento de los obreros, de los pequeños artesanos, de los pobres de la ciudad y del campo. En el otoño de 1792 se inició un movimiento popular en París, en las ciudades de provincia, y en el campo. Los obreros se declaraban en huelga, exigiendo el mejoramiento de las condiciones de trabajo y el establecimiento de precios fijos ("máximo") para los artículos alimenticios. En Tours y en algunas otras ciudades los pobres impusieron el establecimiento de precios fijos para el pan.

El máximo se convirtió a principios de 1793 en reivindicación general de las masas plebeyas. La apoyaban múltiples peticiones dirigidas a la Convención y acciones de las masas, discursos en las calles, el saqueo de tiendas y de almacenes, y choques con las autoridades y los comerciantes.

Portavoces de las masas populares eran las secciones de París, sobre todo las de las barriadas populares, que repetidamente dirigieron peticiones a la Convención para el establecimiento de precios fijos para los productos alimenticios. Esta reivindicación era formulada con la mayor claridad por un notable miembro del club de los cordeleros, el ex sacerdote Jacques Roux, que durante los primeros años de la revolución había estado muy unido a Marat y que le había ocultado de sus perseguidores. Acompañaban a Jacques Roux Teófilo Leclerc, Varlet y otros partidarios suyos. Los girondinos, que odiaban a Jacques Roux y a los otros agitadores, los llamaban "rabiosos", como

en tiempos llamaron en Florencia a los más adictos partidarios de Savonarola. Los "rabiosos", además del máximo para todos los artículos alimenticios, exigían la represión definitiva de la especulación y el agiotaje. Condenaban la gran propiedad y la desigualdad económica.

Los jacobinos se mostraban en un principio contra el máximo y no eran partidarios de la agitación de los "rabiosos", pero, comprendiendo la necesidad de medidas revolucionarias decisivas y de la intervención activa de las masas populares en la lucha con la contrarrevolución y la intervención, en abril de 1793 modificaron su postura y se pronunciaron por el establecimiento de precios fijos. Al mismo tiempo, para cubrir los gastos militares cada vez mayores, propusieron establecer un nuevo impuesto extraordinario sobre los grandes propietarios en forma de empréstito obligatorio.

Los girondinos, que defendían con celo los intereses de la burguesía comercial e industrial y de los grandes terratenientes, rechazaron categóricamente estas proposiciones, viéndo en ellas un atentado contra el "sagrado derecho de la propiedad" y la "libertad de comercio".

En lo que se refiere al problema agrario, los girondinos también seguían una política antipopular. Ya en el otoño de 1792 consiguieron prácticamente la anulación de los decretos de agosto ventajosos para los pobres del campo, sobre la venta de las tierras de los emigrados. Con esto los campesinos fueron privados de una de sus conquistas más importantes. En abril de 1793 los girondinos hicieron que la Convención aceptase un decreto sobre la venta de las "propiedades nacionales", dirigido contra los campesinos pobres y medios. En particular, el decreto prohibía los acuerdos provisionales entre los campesinos pobres, que se practicaban en muchos sitios, para la compra

conjunta de un lote del fondo de "propiedades nacionales" y su ulterior reparto entre los nuevos propietarios.

Como respuesta a esta política de los girondinos, muy perjudicial para los intereses de los campesinos medios y pobres, se registraron nuevos levantamientos en los departamentos de Gard, Lot, Sena y Orse, Marne y alguno otro. La gran fuerza social de la revolución —los campesinos— aún esperaba la realización de sus reivindicaciones fundamentales.

Los girondinos, cómplices de la contrarrevolución

En marzo de 1793 las tropas francesas en Bélgica, dirigidas por el general Dumouriez, afín a los girondinos, fueron derrotadas en la batalla de Neerwinden; después de esto Dumouriez se puso al habla con los austríacos y quiso llevar su ejército contra París. Al fracasar su tentativa, se pasó al enemigo. La consecuencia más directa de la traición de Dumouriez, así como de toda la política de los girondinos, que no deseaban una guerra revolucionaria, fue la retirada de las tropas francesas de Bélgica y Alemania. La guerra se trasladó nuevamente a territorio francés.

En marzo de 1793 se inició un levantamiento contrarrevolucionario en la Vendée, que también se extendió a Bretaña. En la insurrección tomaron parte muy activa los campesinos, que estaban bajo la influencia de la Iglesia católica y se hallaban muy descontentos al haber declarado la Convención movilización general. El levantamiento quedó pronto encabezado por nobles emigrados, que tenían la ayuda de Inglaterra.

La situación de la República era grave. Pero las masas populares mostraron una espléndida energía revolucionaria e iniciativa. Miles de voluntarios ingre-

saban en el ejército. Comprendiendo que sin dar satisfacción a las exigencias fundamentales del pueblo era imposible la derrota del enemigo, los jacobinos, pese a la enérgica resistencia de los girondinos, consiguieron que la Convención promulgase el 4 de mayo de 1793 un decreto sobre el establecimiento de precios fijos para el trigo en toda Francia y el 20 de mayo otro sobre la emisión de un empréstito voluntario.

Los girondinos se opusieron desesperadamente a estas medidas y a otras indispensables para la defensa de la Revolución y del país y aprovechando las dificultades exteriores e internas de la República intensificaron la lucha contra las masas revolucionarias de París y contra los jacobinos. Ya en abril consiguieron llevar al Tribunal revolucionario, instituido por la Convención para la lucha con la contrarrevolución, a Marat, el revolucionario demócrata más querido por el pueblo, que había desenmascarado la falsedad y la traición de los girondinos. Pero el Tribunal revolucionario absolvió al "amigo del pueblo" y Marat se reincorporó triunfalmente a la Convención.

No obstante el fracaso, los girondinos no renunciaron a los intentos de aplastar la Comuna de París y otros órganos revolucionarios democráticos. Insistieron en la creación de una comisión especial de la Convención, la llamada "comisión de los 12", que debía encabezar la lucha contra el movimiento democrático revolucionario en París. Los girondinos promovieron una revuelta contrarrevolucionaria en Lyon e intentaron tomar el poder en algunas otras ciudades.

Levantamiento de las masas populares en París del 31 de mayo al 2 de junio de 1793

La política de los girondinos, que se habían deslizado hasta la contrarrevolución y la traición nacional, hizo inevitable un nuevo levantamiento popular.

El 31 de mayo de 1793 las secciones de París, cuyos representantes habían creado un comité de insurrectos, se dirigieron hacia la Convención. Con los sans-culottes,[3] iban destacamentos de la Guardia Nacional, cuya jefatura había sido entregada al jacobino Henriot.

Al llegar a la Convención los representantes de las secciones y de la Comuna de París exigieron la supresión de la "comisión de los 12" y la detención de algunos diputados girondinos. Robespierre pronunció un discurso acusando a la Gironda y apoyó la reivindicación de las secciones. La Convención decidió disolver la "comisión de los 12", pero no consintió en la detención de los diputados girondinos.

De este modo, el levantamiento del 31 de mayo no dio un resultado definitivo. La lucha siguió. El 1º de junio, Marat en un discurso apasionado, hizo un llamamiento al "pueblo soberano" para que se levantase en defensa de la Revolución. Desde la mañana del 2 de junio 80 mil guardias nacionales y ciudadanos armados rodearon el edificio de la Convención, sobre el cual, por orden de Henriot, habían sido emplazados los cañones. La Convención se vio obligada a aceptar las reivindicaciones del pueblo y promulgar un decreto, expulsando de su seno a 29 girondinos.

El levantamiento popular del 31 de mayo — 2 de junio asestó un golpe definitivo a la dominación de la

[3] *Sans-culottes* eran llamados entonces los círculos democráticos de la población: los *sans-culottes* llevaban pantalón largo y no *culottes* (calzón corto) como los aristócratas.

gran burguesía. No sólo el partido monárquico burgués de los Feuillants, sino también el partido republicano burgués de los girondinos, que como el otro defendía los intereses de los grandes propietarios y temía al pueblo, resultó incapaz de tomar las medidas necesarias para la solución de los problemas que planteaba la revolución democrática-burguesa y para la lucha victoriosa con la contrarrevolución de dentro y de fuera. Los girondinos, al igual que antes los feuillants, se habían convertido en un obstáculo para la Revolución y en una fuerza contrarrevolucionaria. El dominio de la Gironda fue quebrantado, el poder pasó a los jacobinos.

La revolución burguesa se elevó a una etapa superior. Como resultado del levantamiento del 31 de mayo al 2 de junio de 1793 se estableció en Francia la dictadura democrático-revolucionaria de los jacobinos.

5. LA DICTADURA DEMOCRATICO-REVOLUCIONARIA DE LOS JACOBINOS

Los jacobinos llegaron al poder en uno de los momentos más críticos de la Revolución francesa. Las tropas se retiraban perseguidas por fuerzas superiores de la coalición contrarrevolucionaria europea. En la Vendée, Bretaña y Normandía crecía la insurrección monárquica. Los girondinos provocaron un levantamiento en el sur y en el sudoeste de Francia. La flota inglesa bloqueaba la costa francesa; Inglaterra proporcionaba a los insurrectos dinero y armas. Los enemigos de la Revolución cometían atentados terroristas contra los revolucionarios. El 13 de julio de 1793 fue asesinado por la aristócrata Carlota Corday el intrépido revolucionario "amigo del pueblo", Marat.

Para salvar la Revolución de la derrota, al parecer

inevitable, eran necesarios un gran esfuerzo del pueblo, audacia revolucionaria y decisión.

Los revolucionarios jacobinos, burgueses progresivos, al organizar la lucha con la intervención extranjera y la contrarrevolución interna se apoyaron valientemente en las amplias masas populares, en la ayuda de las masas de la ciudad y el campo.

Lenin escribió: "La grandeza histórica de los auténticos jacobinos, de los jacobinos de 1793, consistió en que eran los «jacobinos **con** el pueblo», con la **mayoría** revolucionaria del pueblo, con las clases progresivas **revolucionarias** de **su** tiempo." [4]

Legislación agraria de los jacobinos

En cuanto se hicieron en el poder, los jacobinos salieron al encuentro de las reivindicaciones de los campesinos. Por el decreto del 3 de junio la Convención estableció una serie de privilegios para la venta de las tierras confiscadas de los emigrados a campesinos pobres, en pequeñas parcelas a pagar en 10 años. A los pocos días, la Convención decretó la devolución a los campesinos de todas las tierras comunales que les habían arrebatado los terratenientes y el orden en la división de las tierras a partes iguales por persona al exigirlo una tercera parte de los componentes de la comunidad. Por fin, el 17 de julio, cumpliendo el gran deseo de los campesinos, la Convención decidió la abolición total, definitiva y gratuita de todos los derechos, cargos e impuestos feudales. Los documentos y las actas feudales debían ser quemados, su conservación era castigada con trabajos forzados.

Esto era "realmente una represión revolucionaria

[4] V. I. Lenin, "Paso de la contrarrevolución a la ofensiva", *Obras*, t. 24, pág. 495.

del feudalismo caduco...",[5] como escribió Lenin. Aunque fueron confiscadas únicamente las posesiones de los emigrados y no de todos los terratenientes, y los campesinos, sobre todo los más pobres, no obtuvieron toda la tierra que deseaban, se emanciparon totalmente de la dependencia feudal que les había subyugado durante siglos.

Después de las nuevas leyes agrarias los campesinos se pusieron decididamente al lado del poder revolucionario jacobino. El campesino, soldado del ejército republicano luchaba ahora por sus intereses sagrados, que se habían fundido con los grandes objetivos de la Revolución. Estas nuevas condiciones sociales y económicas eran, en última instancia, la fuente del extraordinario valor y audacia de los ejércitos de la República, del heroísmo que sorprendió a los contemporáneos y que se quedó para siempre en la memoria de los pueblos.

La Constitución de 1793

Con la misma decisión revolucionaria y rapidez, la Convención jacobina aprobó y presentó al pueblo para su confirmación una nueva Constitución. La Constitución jacobina de 1793 daba un gran paso hacia adelante en comparación con la de 1791. De todas las Constituciones burguesas de los siglos XVIII y XIX, fue la más democrática. En ella se vieron reflejadas las ideas de Rousseau, que tanto atraían a los jacobinos.

La Constitución de 1793 estableció en Francia el régimen republicano. El poder supremo pertenecía a la Asamblea Legislativa, elegida por todos los ciudadanos (hombres) que hubiesen alcanzado 21 años; los

[5] V. I. Lenin, "La catástrofe que nos amenaza y cómo luchar con ella", *Obras*, t. 25. pág. 335.

proyectos de ley más importantes debían ser ratificados por el pueblo en reuniones primarias de los electores. El poder ejecutivo estaba en manos de un Comité de 24 personas; la mitad de los miembros de este Comité debía ser renovada cada año. La nueva Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano, aprobada por la Convención, establecía la libertad, la igualdad, la seguridad y la propiedad; el fin de la sociedad era la "felicidad universal". La libertad personal, de religión, de imprenta, de presentar peticiones, de iniciativa legislativa, el derecho a la educación, a la ayuda de la comunidad en caso de incapacidad para el trabajo, el derecho de resistencia a la explotación, eran principios democráticos recogidos en la Constitución de 1793.

La Constitución fue entregada al pueblo para su ratificación, en las reuniones primarias de electores, y aprobada por mayoría de votos.

El Gobierno revolucionario

No obstante, la encarnizada lucha de clases obligó a los jacobinos a renunciar a la realización práctica de la Constitución de 1793. La tensión extrema de la situación exterior e interior de la República, que estaba luchando a muerte con numerosos enemigos, la necesidad de organizar y armar el ejército, de movilizar todo el pueblo, de vencer la contrarrevolución interior y de exterminar la traición, todo esto exigía una dirección fuerte centralizada.

Ya en julio, la Convención restauró el Comité de Salud Pública, que había sido creado antes. Danton, que hasta entonces había desempeñado el papel principal en el Comité y que cada vez se mostraba más conciliador con los girondinos, fue destituido. En diferentes épocas fueron elegidos para formar parte del

Comité, Robespierre, que había mostrado una voluntad inquebrantable para aplastar la contrarrevolución, Saint-Just y Couthon, llenos de energía revolucionaria y de audacia. El eminente matemático e ingeniero Carnot, que formaba parte del Comité, mostró un gran talento organizador en la creación de las fuerzas armadas de la República.

Robespierre se convirtió en el dirigente real del Comité de Salud Pública. Educado en las ideas de Rousseau, hombre de gran voluntad y de aguda inteligencia, intrépido en la lucha con los enemigos de la Revolución, incapaz de cualquier cálculo de interés personal, Robespierre, "el incorruptible", según le llamaban, adquirió gran prestigio e influencia y fue en la práctica el jefe del Gobierno revolucionario.

El Comité de Salud Pública, subordinado a la Convención, se convirtió bajo la dirección de Robespierre en el órgano principal de la dictadura jacobina; a él se subordinaban todas las instituciones gubernamentales y el ejército; dirigía la política interior y exterior y la defensa del país. También desempeñaba un papel importante el Comité de Seguridad Pública reorganizado, que había sido encargado de la lucha con la contrarrevolución interna.

La Convención y el Comité de Salud Pública ejercían su poder a través de comisarios elegidos entre los diputados de la Convención, los cuales eran enviados a provincias con amplios poderes para combatir la contrarrevolución y aplicar las medidas del Gobierno revolucionario. La Convención enviaba también comisarios al ejército, donde realizaron un gran trabajo: se ocupaban del abastecimiento de las tropas, controlaban la actividad de los oficiales, castigaban sin piedad a los traidores, dirigían la agitación, etcétera.

Dentro del sistema de la dictadura democrático-revolucionaria tenían gran importancia los comités revolucionarios locales. Ellos vigilaban la realización de

las directrices del Comité de Salud Pública, luchaban con los elementos contrarrevolucionarios, ayudaban a los comisarios de la Convención a cumplir sus misiones.

Durante el período de la dictadura democrático-revolucionaria desempeñaron un papel importante el club jacobino y su red de secciones, los clubes provinciales y las sociedades populares. También tenían gran influencia la Comuna de París y los comités de las 48 secciones de París.

De este modo, el fuerte poder centralizado en manos de los jacobinos se combinaba con una amplia iniciativa popular desde abajo. El poderoso movimiento de las masas populares, dirigido contra los contrarrevolucionarios, era encabezado por la dictadura democrático-revolucionaria jacobina.

Máximo general. Terror revolucionario

En el verano de 1793 empeoró el abastecimiento de la República. En las ciudades las capas bajas de la población, estaban en la miseria. Los representantes del pueblo, sobre todo los "rabiosos", criticaban la política del Gobierno jacobino, así como la Constitución de 1793, pues consideraban que ésta no había resuelto los intereses de los pobres.

"La libertad —decía Jacques Roux—, es un espectro vano si una clase puede extenuar impunemente con el hambre a otra clase". Los "rabiosos" exigían el establecimiento del "máximo general", la pena de muerte para los especuladores y el aumento del terror revolucionario.

Los jacobinos respodieron a la crítica de los "rabiosos" con represiones: a principios de septiembre Jacques Roux y otros jefes de los "rabiosos" fueron detenidos. Estas represiones contra los representantes

del pueblo muestran la naturaleza burguesa incluso de unos revolucionarios tan audaces como los jacobinos.

Pero el pueblo seguía siendo la más importante fuerza de choque de la Revolución. El 4 y 5 de septiembre se registraron en París grandes manifestaciones. Las principales reivindicaciones del pueblo, incluidos los obreros, que intervenían activamente en estas manifestaciones, eran: el "máximo general", el terror revolucionario y la ayuda a los pobres. Como querían conservar la alianza no sólo con los campesinos, sino también con el pueblo de las ciudades, los jacobinos accedieron a las exigencias de los **sans-culottes.** El 5 de septiembre se tomó la decisión de organizar un "ejército revolucionario" especial para "ejecutar en todos los sitios donde fuese necesario las leyes revolucionarias y las medidas de salud pública decretadas por la Convención". Entre los objetivos del ejército revolucionario estaban, en particular, la colaboración para el abastecimiento de París y la lucha contra la especulación y los acaparadores.

El 29 de septiembre la Convención decretó el establecimiento de precios fijos para los principales artículos alimenticios y de consumo, el llamado máximo general. Para abastecer a París, a otras ciudades y al ejército en el otoño de 1793 se empezó a practicar ampliamente la requisa de trigo y de otros productos alimenticios. A fines de octubre fue creada una Comisión central de alimentación, que debía dirigir el abastecimiento y controlar la aplicación del máximo general. La requisa del trigo en el campo, junto a las autoridades locales, corría a cargo del "ejército revolucionario", compuestos por **sans-culottes** de París. Con el fin de establecer orden en el abastecimiento de la población a precios fijos, en París y en otras muchas ciudades fueron adoptadas cartillas para el pan, la carne, el azúcar, el aceite, la sal y el jabón. Un decreto de la Convención permitía hacer y vender

el pan únicamente de una clase, el "pan de la igualdad". La especulación y acaparamiento de víveres se castigaba con pena de muerte.

Bajo la presión de las capas bajas de la población, la Convención decidió también "colocar el terror al orden del día". El 17 de septiembre fue adoptada la ley de "sospechosos", que ampliaba las facultades de los órganos revolucionarios en su lucha con los elementos contrarrevolucionarios. Así, como respuesta al terror de los contrarrevolucionarios, fue reforzado el terror revolucionario.

Pronto fueron juzgados por el Tribunal revolucionario y ejecutados la ex reina María Antonieta y muchos contrarrevolucionarios, entre ellos algunos girondinos. También los comisarios de la Convención empezaron a aplicar el terror revolucionario en sus formas más diversas al objeto de aplastar el movimiento contrarrevolucionario en las ciudades de provincias y en los departamentos, sobre todo en los lugares donde se habían registrado levantamientos contrarrevolucionarios. El terror revolucionario fue una medida eficaz; la Revolución pudo defenderse activamente de sus numerosos enemigos y vencerlos en un plazo relativamente corto.

El terror revolucionario estaba dirigido no sólo contra la contrarrevolución política, sino también contra la económica: se empleó mucho contra los especuladores, los acaparadores y todos aquellos que violaban la ley del "máximo", desorganizaban el abastecimiento de las ciudades y del ejército y, de este modo, hacían el juego a los enemigos de la Revolución y a los intervencionistas.

Más tarde Hertzen había de definir excelentemente el significado histórico del terror jacobino de los años 1793-1794. "El terror del 93 era majestuoso en su sombrío rigor; toda Europa pujaba por entrar en Francia para castigar la Revolución; la patria estaba

realmente en peligro. La Convención cubrió provisionalmente con un velo la estatua de la libertad y colocó la guillotina como guardián de los «derechos humanos». Europa contempló con horror este volcán y retrocedió ante su energía salvaje y omnipotente..."

La defensa del país

La guerra de Francia era una guerra justa, de defensa. La Francia revolucionaria se defendía de la Europa monárquica y reaccionaria. Todas las fuerzas vivas del pueblo, todos los recursos de la República fueron movilizados por el Gobierno jacobino para vencer al enemigo.

El 23 de agosto de 1793 la Convención promulgó un decreto que decía: "Desde este momento y hasta que todos los enemigos sean expulsados de la República todos los franceses se encuentran en estado de movilización permanente." El pueblo lo acogió calurosamente. En un corto plazo un nuevo refuerzo de 420 mil hombres ingresó en el ejército, que a principios de 1794 era ya de más de 600 mil hombres.

Se llevó a cabo la reorganización del ejército. Destacamentos del anterior ejército regular se unieron a grupos de voluntarios y de soldados llamados a filas. Como resultado de esto surgió el nuevo ejército republicano.

El Gobierno revolucionario tomó medidas extraordinarias para abastecer las tropas, que aumentaban rápidamente, de todo lo necesario. Un decreto de la Convención movilizó a los zapateros para la confección de calzado para el ejército. En los talleres particulares, bajo la vigilancia de los comisarios gubernamentales, se organizó la confección de uniformes. Decenas de miles de mujeres fueron incorporadas a esta labor.

En el frente, los comisarios de la Convención recurrían a enérgicas medidas revolucionarias para equipar las tropas. En Estrasburgo Saint-Just ordenó al municipio: "Diez mil soldados están descalzos: descalcen a todos los aristócratas de Estrasburgo y que mañana a las 10 de la mañana diez mil pares de botas sean entregados en el cuartel general."

Todo los talleres que pudieron ser adaptados para la producción de armas y municiones, trabajaban exclusivamente para las necesidades de la defensa. Se crearon muchos talleres nuevos. En París al cielo raso funcionaban 258 fraguas. En los locales de los antiguos conventos se organizaban talleres de armas. Algunas iglesias y casas de los emigrados fueron adaptadas para la depuración de salitre, cuya producción aumentó casi 10 veces. Cerca de París, en el campo de Grenelle, en un corto plazo fue creada una fábrica de pólvora. Gracias a los esfuerzos de los obreros y especialistas, la producción en esta fábrica subió hasta treinta mil libras de pólvora al día. En París se fabricaban diariamente 700 fusiles. Los obreros de las fábricas y talleres militares, no obstante las privaciones que sufrían, trabajaban con extraordinario entusiasmo, pues comprendían que, según frase proverbial en aquellos tiempos, "forjaban rayos contra los tiranos".

El ministerio de la guerra lo dirigía el coronel Bouchotte, que se había distinguido por su valor y su lealtad a la Revolución. Bouchotte renovó por completo el aparato del ministerio de la Guerra e incorporó a los revolucionarios más eminentes de las secciones de París. El Comité de Salud Pública prestaba especial atención al hecho de consolidar la oficialidad en el ejército. Los comisarios de la Convención expurgaban el ejército de elementos contrarrevolucionarios y promovían audazmente puestos de mando a la juventud revolucionaria. Jóvenes jefes militares, salidos

del pueblo, dirigían los ejércitos de la República. Lázaro Hoche, que había sido mozo de cuadra, empezó su servicio como soldado, participó en la toma de la Bastilla y a los 25 años era general de división y jefe de un ejército. Era la personificación del ímpetu de ataque: "Si la espada es corta, únicamente hay que dar un paso más" —decía él. El general Marccau, muerto a los 27 años, llamado por su audacia "el león del ejército francés" en una orden del Comité de Salvación Pública, había sido un simple escribiente. El general Kléber, eminente jefe del ejército revolucionario, era hijo de un albañil; el general Lanne era de origen campesino. Rossignol, obrero de una joyería, participó en la toma de la Bastilla, fue nombrado general y encabezó el ejército de la Vendée.

Los nuevos jefes del ejército republicano empleaban con audacia la táctica revolucionaria, basada en la rapidez y el ímpetu del golpe, en la movilidad y la capacidad de maniobra, en la concentración de fuerzas superiores en la zona decisiva, en la iniciativa de las unidades del ejército y los soldados. "Hay que atacar súbita, impetuosamente, sin mirar hacia atrás. Hay que cegar como el rayo y asestar el golpe con la rapidez del rayo": así definió Carnot el carácter general de la nueva táctica.

Los soldados estaban animados por un espíritu militar revolucionario. Al lado de los hombres luchaban mujeres y adolescentes. Rosa Baraud de diecinueve años, que tomó el nombre de Libertad Baraud, al ser herido su marido cogió los cartuchos y tomó parte hasta el final, en el ataque contra el enemigo.

Los ejemplos de heroísmo se multiplicaban. "El feudalismo vencido, la libertad burguesa consolidada, el campesino satisfecho contra los países feudales: ésta es la base económica de los «milagros» de 1792-1793 en el campo militar",[6] dice Lenin, al examinar las

[6] V. I. Lenin, "Sobre las frases revolucionarias", *Obras*, t. 27.

causas de las victorias del ejército republicano, incomprensibles para los contemporáneos.

La ciencia y el arte al servicio de la Revolución

Los jacobinos, en interés de la Revolución y con la energía que les era propia, se inmiscuyeron en la solución de los problemas de educación nacional, de la ciencia y el arte. El 1º de agosto de 1793 la Convención adoptó un decreto según el cual en el territorio de Francia se introducía un nuevo sistema de pesas y medidas, el sistema métrico decimal. Elaborado y preparado por sabios franceses bajo la dirección de las autoridades revolucionarias, el sistema métrico fue adoptado no sólo en Francia, sino también en otros muchos países.

La Convención suprimió el calendario viejo, basado en la era cristiana, e introdujo un calendario revolucionario nuevo, según el cual se iniciaba una nueva era el 22 de septiembre de 1792, día que Francia fue proclamada República.

El Gobierno revolucionario, al mismo tiempo que favorecía el desarrollo de la ciencia, exigía de los sabios ayuda en la organización de la producción militar y en la solución de otros problemas que se planteaban ante el país. Los sabios más eminentes de aquel tiempo —Barthollet, Monge, Lagrange y otros muchos— al intervenir activamente en la organización de la defensa aportaron muchos factores nuevos a la industria metalúrgica, a la química y otras ramas de la ciencia y de la técnica. Tuvieron gran importancia los experimentos de Guiton-Morvocan referentes al empleo de globos aerostáticos con fines militares. La Convención apoyó y prácticamente realizó el invento de Chappe, el telégrafo óptico. En 1794 una noticia de Lille se transmitía a París en una hora.

La Revolución transformó el arte y la literatura de Francia; los aproximó al pueblo. La creación popular encontró su mayor reflejo en canciones militares revolucionarias, tales como la Carmañola y otras muchas, que eran cantadas en calles y plazas.

Los compositores Gossec y Cherubini crearon himnos revolucionarios, el gran David pintó cuadros de temas patrióticos, en los teatros se estrenaban obras de contenido revolucionario, escritas por Marie-Joseph Chénier y otros dramaturgos, que habían consagrado su pluma al servicio de la Revolución. Eminentes pintores y compositores tomaron parte activa en la organización y decoración de las fiestas revolucionarias populares.

Derrota de la contrarrevolución interior y de la intervención

Los fuertes ataques del terror revolucionario, la vigilancia y la abnegación de las masas populares quebrantaron la contrarrevolución interior. En el otoño de 1793 fue aplastada una revuelta girondina en el sur. También fueron derrotados los rebeldes de la Vendée. Al mismo tiempo, los ejércitos republicanos, gracias a una defensa heroica, pararon y rechazaron a las tropas de los invasores. En diciembre las tropas de la Convención tomaron Tolón, un gran puerto militar, que los contrarrevolucionarios habían entregado antes a los ingleses.

En la primavera de 1794 mejoró considerablemente la situación militar de la República. El ejército francés, una vez tomada la iniciativa, la retenía firmemente en sus manos. Después de expulsar de Francia a los invasores, las tropas de la República iniciaron combates ofensivos en territorio del enemigo.

El 26 de junio de 1794, en un encarnizado combate

cerca de Fleurus el ejército francés, al mando del general Jourdan, derrotó por completo a las tropas de los intervencionistas. En este combate los franceses emplearon por primera vez un aeróstato, creando una gran confusión entre las tropas del enemigo. La victoria de Fleurus tuvo una importancia decisiva. No sólo alejó la amenaza de Francia, sino que le abrió el camino al ejército francés hacia Bélgica, Holanda y la región del Rin.

En un año la dictadura jacobina realizó lo que no habían podido conseguir los cuatro años anteriores de Revolución: destruyó el feudalismo, resolvió los problemas fundamentales de la revolución burguesa y venció la resistencia de sus enemigos interiores y exteriores. Pudo realizar estas tareas tan importantes únicamente apoyándose en las amplias masas populares, adoptando los métodos de lucha del pueblo y empleándolos contra los enemigos de la Revolución. Durante el período de la dictadura jacobina la Revolución Francesa aparece más que nunca como una revolución popular. "Los historiadores de la burguesía ven en el período jacobino decadencia... Los historiadores del proletariado ven en el período jacobino uno de los mayores ascensos de la clase oprimida en su lucha por la liberación",[7] dice Lenin.

Crisis de la dictadura jacobina

El corto período de la dictadura jacobina fue el momento más grandioso de la Revolución. Los jacobinos supieron despertar las fuerzas dormidas del pueblo, infundirle una energía indomable, valor, audacia, sentimiento de sacrificio, arrojo, atrevimiento. Pero, no obstante su grandeza y todo su espíritu histórica-

[7] V. I. Lenin, "¿Se puede asustar a la clase obrera con el jacobinismo?", *Obras*, t. 25, pág. 102.

mente progresivo, la revolución jacobina no pudo superar los límites propios de toda revolución burguesa.

En la base misma de la dictadura jacobina, al igual que en la política realizada por los jacobinos, se observan profundas contradicciones internas. Los jacobinos aspiraban al triunfo total de la libertad, de la democracia, de la igualdad en la forma en que habían expuesto estas ideas los grandes demócratas revolucionarios burgueses del siglo XVIII. Pero aplastando y extirpando el feudalismo, barriendo, según expresión de Marx, con una "gigantesca escoba" toda la antigua basura feudal, medieval, y a cuantos intentaban conservarla, los jacobinos limpiaban el terreno para el desarrollo de relaciones capitalistas, burguesas. En fin de cuentas, crearon las condiciones para cambiar una forma de explotación por otra: la explotación feudal por la capitalista.

La dictadura democrático-revolucionaria jacobina sometió a una rigurosa reglamentación estatal la venta y la distribución de víveres y de otras mercancías, guillotinando a los especuladores y a los infractores de las leyes del máximo. Según señala Lenin, "a los pequeños burgueses franceses, los revolucionarios más sinceros y más brillantes, aún se les podía perdonar el deseo de vencer a los especuladores con la ejecución de unos cuantos, unos pocos «elegidos» y con los truenos de las declaraciones..." [8]

Pero como la intervención del Estado se realizaba sólo a nivel de la distribución, sin tocar los modos de producción, toda la política de represión del gobierno jacobino y todos sus esfuerzos en la esfera de reglamentación estatal, no podían debilitar la potencia económica de la burguesía.

Todavía más, durante los años de la Revolución la potencia económica de la burguesía como clase au-

[8] V. I. Lenin, "Sobre el impuesto en especie", *Obras*, t. 32, pág. 310.

mentó considerablemente al ser abolida la propiedad agraria feudal y con la venta de los bienes nacionales. La guerra, que alteró las relaciones económicas habituales, que exigía mucho de todas las esferas de la economía, creó también, no obstante las medidas de restricción de los jacobinos, unas condiciones favorables para el enriquecimiento de astutos negociantes. En todas las rendijas, en todos los poros de la sociedad liberada de las cadenas feudales, crecía una nueva burguesía, emprendedora, audaz y ávida de lucros cuyas filas se engrosaban ininterrumpidamente con individuos procedentes de las capas de pequeñoburgueses de las ciudades y de los campesinos ricos. La especulación con mercancías que escaseaban, el aprovechamiento del cambio de valor del dinero, la venta y reventa de los terrenos, los enormes suministros para el ejército y el departamento militar, que se acompañaban de toda clase de estafas y maquinaciones, todo esto era la fuente de un enriquecimiento rápido, casi milagroso de la nueva burguesía. La política de represiones del Gobierno jacobino no podía detener, ni siquiera debilitar este proceso. Todos estos ricos, surgidos durante la Revolución, ebrios con la posibilidad de amasar una enorme fortuna en el plazo más corto, aun arriesgando la vida, deseaban el lucro de un modo irresistible y sabían evitar las leyes del máximo, de prohibición de la especulación y otras medidas restrictivas del Gobierno revolucionario.

Mientras no se sabía cuál sería el término de la lucha con la contrarrevolución feudal dentro y fuera del país, los propietarios se veían obligados a aceptar el régimen revolucionario. Pero a medida que, gracias a las victorias de los ejércitos republicanos, disminuía el peligro de la restauración feudal, la burguesía, cada vez con más ímpetu, deseaba librarse de la dictadura democrático-revolucionaria.

Al igual que la burguesía de la ciudad, evolucio-

naban los campesinos ricos e incluso los medios, que apoyaron a los jacobinos hasta las primeras victorias decisivas. Lo mismo que la burguesía, las capas acomodadas del campo eran hostiles a la política del máximo, deseaban la supresión de los precios fijos, aspiraban a aprovecharse de todo lo que habían adquirido durante los años de la Revolución inmediatamente y por completo, sin ninguna clase de limitaciones, prohibiciones o requisas.

Entre tanto, los jacobinos seguían firmemente su política de terror y de máximo. A principios de 1794 intentaron aplicar nuevas medidas económico-sociales en perjuicio de los grandes propietarios. El 8 y el 13 ventoso (fines de febrero - principios de marzo) la Convención, después de un discurso de Saint-Just, adoptó decretos importantes, de gran alcance. Según los decretos de ventoso, las propiedades de los enemigos de la Revolución debían ser confiscadas y distribuidas gratuitamente entre los necesitados. En aquel tiempo eran considerados enemigos de la Revolución no sólo los ex aristócratas, sino también numerosos representantes tanto de la antigua burguesía de los feuillants y los girondinos, como de la nueva, en particular los especuladores que quebrantaban la ley del máximo. En los decretos de ventoso se reflejaron las aspiraciones igualadoras de los jacobinos, discípulos y seguidores de Rousseau. Si se hubiesen podido poner en práctica esos decretos, ello habría aumentado considerablemente el número de pequeños propietarios, ante todo entre los pobres. Pero los propietarios se opusieron a la aplicación de los decretos de ventoso.

Al mismo tiempo, el carácter contradictorio de la política de los jacobinos hacía que creciese el descontento en el otro polo, entre los defensores de la Revolución procedentes del pueblo.

Los jacobinos no aseguraron las condiciones para una mejora real de la situación económica del pueblo.

Al establecer bajo la presión de las masas populares el máximo para los artículos alimenticios, los jacobinos lo extendieron al jornal de los obreros, ocasionándoles un gran perjuicio. Con ellos siguió vigente la ley de Le Chapelier dirigida contra los obreros. Los trabajadores asalariados, fieles combatientes de la Revolución, que trabajaban abnegadamente para la defensa de la República, que intervenían activamente en la vida política, en los órganos de base de la dictadura democrático-revolucionaria —comités revolucionarios, clubes revolucionarios y sociedades populares—, también estaban cada vez más descontentos con la política de los jacobinos.

La dictadura jacobina tampoco realizó los deseos de los pobres del campo. La venta de los bienes nacionales favoreció principalmente al sector rico de los campesinos, que compró la mayor parte de la tierra. Estos años aumentó continuamente la diferenciación de los campesinos. Los pobres querían conseguir la limitación de las "granjas", las propiedades de los campesinos ricos, la confiscación de los excedentes de tierra y su reparto entre los necesitados, pero los jacobinos no se decidieron a apoyar estas reivindicaciones. Las autoridades locales, habitualmente, se ponían de lado de los campesinos ricos en sus conflictos con los obreros agrícolas. Todo esto provocaba el descontento de las capas necesitadas campesinas con la política jacobina.

Lucha en las filas de los jacobinos

La agudización de las contradicciones internas en el país y la crisis de la dictadura revolucionaria provocaron la lucha entre los jacobinos. En el otoño de 1793 empezaron a formarse entre ellos dos grupos opuestos. El primero se formó alrededor de Danton.

Danton, uno de los jefes revolucionarios de mayor influencia en las etapas anteriores, que junto a Robespierre y Marat disfrutaba de una enorme popularidad entre el pueblo, vaciló ya en los días decisivos de la lucha con los girondinos. Según Marx, Danton, "aunque se encontraba en lo alto de la Montaña... en cierto modo era jefe del Pantano".[9] Después de su retirada forzosa del Comité de Salud Pública, Danton se apartó de la política, pero, aun en la sombra, se convirtió en el centro de atracción en torno al cual se agruparon eminentes miembros de la Convención y del club jacobino: Camilo Desmoulins, Fabre d' Eglantine y otros. Salvo raras excepciones, todos estaban directa o indirectamente relacionados con la nueva burguesía en rápido desarrollo.

El grupo formado en torno a Danton y que pronto se definió como abiertamente de derechas, representaba a la nueva burguesía que se había enriquecido durante los años de la Revolución. En el periódico de Desmoulins **El viejo cordelero**, en sus discursos y en sus artículos los seguidores de Danton se mostraban como partidarios de la política moderada, deseaban poner freno a la Revolución. Los seguidores de Danton, de un modo más o menos abierto exigían el abandono de la política del terror y que gradualmente se terminase con la dictadura democrático-revolucionaria. En lo que se refiere a la política exterior, querían llegar a un acuerdo con Inglaterra y con otros miembros de la coalición contrarrevolucionaria para firmar pronto la paz a cualquier precio.

Pero la política del Comité de Salud Pública de Robespierre también era criticada por las izquierdas. La Comuna de París y las secciones reflejaban este descontento. Buscaban el camino para atenuar la po-

[9] C. Marx, "La lucha de los jacobinos con los girondinos", C. Marx y F. Engels, *Obras*, t. III, pág. 609.

breza, insistían en una política de rigurosas represiones contra los especuladores, los infractores de la ley del máximo, etc. En realidad, no tenían un programa de acción claro y definido.

En París, después de la derrota de los "rabiosos", la agrupación de izquierdas de mayor influencia fueron los partidarios de Chaumette y Hébert —jacobinos de izquierdas (o hebertistas, como los empezaron a llamar más tarde los historiadores)—, que habían hecho suyas algunas reivindicaciones de los "rabiosos". El grado de unidad y homogeneidad de los hebertistas no era muy alto. Hébert (1757-1794), que antes de la Revolución había sido cajero en un teatro, se destacó como miembro activo del club de los cordeleros. En el otoño de 1793, cuando Chaumette, el representante más destacado de los jacobinos de extrema izquierda, se convirtió en procurador de la Comuna, Hébert fue nombrado su ayudante. Hébert, periodista de talento, se había hecho famoso con su periódico **El padre Duchesne,** muy conocido en las barriadas populares de París.

En el otoño de 1793 surgieron serias divergencias entre los hebertistas, que entonces tenían una gran influencia en la Comuna de París, y los seguidores de Robespierre en lo que se refiere a la política religiosa. En París y en algunas partes de provincias los hebertistas iniciaron la política de "descristianización", se cerraban las iglesias, el clero era obligado a renunciar a su estado, etc. Estas medidas, que se realizaban principalmente por vía administrativa, tropezaron con la oposición de las masas populares, sobre todo de los campesinos. Robespierre censuró resueltamente la "descristianización" obligatoria y ésta cesó. Pero la lucha entre los hebertistas y los seguidores de Robespierre no se interrumpió por ellos.

En la primavera de 1794, al empeorar el abastecimiento de la capital, los hebertistas aumentaron su

crítica de la actividad del Comité de Salud Pública. El club de los cordeleros que ellos encabezaban se preparaba para provocar un nuevo levantamiento popular, esta vez dirigido contra el Comité. Pero Hébert y sus seguidores fueron detenidos, condenados por el Tribunal revolucionario y ejecutados el 24 de marzo.

Al cabo de una semana el Gobierno asestó un golpe a los partidarios de Danton. El 2 de abril Danton, Desmoulins y otros fueron entregados al Tribunal revolucionario y el día 5 guillotinados.

Al aplastar a los seguidores de Danton el Gobierno revolucionario eliminaba una fuerza que era perjudicial y peligrosa para la Revolución. Pero los jefes jacobinos, al asestar con una mano un golpe sobre los enemigos de la Revolución, con la otra golpeaban a sus defensores. Bouchotte fue expulsado del Ministerio de la Guerra y pronto fue detenido. Aunque Chaumette y la Comuna de París no apoyaron el llamamiento de Hébert para el levantamiento, éste fue ejecutado. De la Comuna de París, de la policía revolucionaria y las secciones fueron expulsados todos los sospechosos de simpatía hacia los hebertistas. Para limitar la independencia de la Comuna su dirección fue encomendada a un "agente nacional" nombrado por el Gobierno. Todas estas medidas provocaron el descontento en la capital revolucionaria. Los partidarios de Robespierre amputaron parte de las fuerzas que apoyaban la dictadura jacobina.

Exteriormente la situación del Gobierno revolucionario pareció consolidarse. Cesó toda manifestación abierta de descontento, toda forma de oposición pública al Gobierno revolucionario. Pero esta impresión de poder y estabilidad de la dictadura jacobina era falsa.

En la realidad la dictadura jacobina sufría una crisis aguda, motivada por la nueva situación políti-

co-social originada en el país después de la derrota de la contrarrevolución monárquica feudal. Entre tanto, los jacobinos, ante una hostilidad creciente por parte de la burguesía del campo y de la ciudad y sin el apoyo de las masas populares, no sabían y no podían encontrar el camino para solucionar esta crisis.

Los dirigentes del Gobierno revolucionario —Robespierre y sus colaboradores— intentaron fortalecer la dictadura jacobina estableciendo una nueva religión estatal, el culto al "Ser Supremo", cuya idea había sido tomada de Rousseau. El 8 de junio de 1794 se celebró en París una ceremonia solemne dedicada al "Ser Supremo", durante la cual Robespierre actuó como sacerdote. Pero esta medida únicamente perjudicó al Gobierno revolucionario y a Robespierre.

El 10 de junio de 1794 la Convención, a instancias de Robespierre, adoptó una nueva ley que aumentaba considerablemente el terror. Después de promulgar esta ley, durante seis semanas, el Tribunal revolucionario dictó diariamente más de cincuenta penas de muerte.

La victoria de Fleurus consolidó los propósitos de las amplias masas de la burguesía y de los campesinos propietarios, muy descontentos con el aumento del terror, de librarse del odioso régimen de la dictadura democrático-revolucionaria.

El golpe contrarrevolucionario del 9 termidor

Los seguidores de Danton que habían escapado a la guillotina y los diputados de la Convención que estaban en relación con ellos, así como gentes próximas a los hebertistas, entablaron negociaciones secretas con el fin de eliminar a Robespierre y los otros dirigentes del Comité de Salud Pública. En julio de 1794, en la clandestinidad, se había preparado un nuevo

complot contra el Gobierno revolucionario. Sus organizadores eran individuos que temían un severo castigo por sus delitos: Tallien, hombre falto de principios, que ya siendo comisario en Burdeos había manchado su nombre con dilapidaciones y arbitrariedades; Freron, otro concusionario; Barras, ex aristócrata, cínico libertino y acaparador; Fouché, embustero, hábil y sagaz, que había sido llamado de Lyon por su intervención en crueldades criminales y en asuntos sospechosos. Se vieron envueltos en el complot no sólo muchos miembros de la Convención, incluidos los diputados del "pantano", sino también algunos miembros del Comité de Salud Pública (por ejemplo, d' Herbois y Billaud-Varennes, próximos a los hebertistas) y del Comité de Seguridad Pública. Los deseos y las intenciones de diferentes individuos que intervenían en el complot eran distintos, pero desde el punto de vista objetivo este complot era de carácter contrarrevolucionario.

Robespierre y otros dirigentes del Gobierno revolucionario se daban cuenta de que se preparaba un complot, pero ya no tenían fuerzas para prevenirlo.

El 27 de julio de 1794 (el 9 termidor del año II según el calendario revolucionario), los conjurados intervinieron abiertamente en la Convención contra Robespierre, no le dejaron hablar y exigieron que fuera detenido. Allí mismo fueron detenidos Robespierre, su hermano menor Agustín y sus colaboradores más íntimos, Saint-Just, Couthon y Lebas.

En defensa del Gobierno revolucionario se levantó la Comuna de París. Por orden suya los detenidos fueron liberados y llevados al Ayuntamiento. La Comuna proclamó la insurrección contra la mayoría contrarrevolucionaria de la Convención y llamó a las secciones de París para que éstas mandasen a su disposición sus fuerzas armadas. Por su parte, la Convención proclamó fuera de la ley a Robespierre y a

las otras personas que habían sido detenidas con él, así como a los dirigentes de la Comuna, y exigió a las secciones que le ayudasen a sofocar la "revuelta".

La mitad de las secciones de París y ante todo las secciones del centro, habitadas por la burguesía, se pusieron del lado de la Convención. Otras muchas adoptaron una posición neutral o se dividieron. Pero algunas secciones plebeyas se unieron al levantamiento contra la Convención.

Entre tanto, la Comuna se mostraba indecisa y no tomaba ninguna medida activa contra la Convención. Los grupos armados que por orden de la Comuna se habían reunido en la plaza del Ayuntamiento, empezaron a dispersarse. A las dos de la madrugada las fuerzas de la Convención alcanzaron casi sin ningún obstáculo el Ayuntamiento e irrumpieron en él. Junto con los miembros de la Comuna fueron detenidos nuevamente Robespierre y sus colaboradores.

El 28 de julio (10 termidor) los dirigentes del Gobierno jacobino y de la Comuna, que habían sido declarados fuera de la ley, fueron guillotinados sin juicio. Durante los dos días siguientes continuaron las ejecuciones de los partidarios del Gobierno revolucionario.

El golpe del 9 termidor derribó la dictadura jacobina democrático-revolucionaria y con esto se puso prácticamente fin a la Revolución.

Significación histórica de la Revolución Francesa

La Revolución burguesa de Francia de fines del siglo XVIII tuvo un enorme alcance progresivo. Ante todo, esto se debía al hecho de que la Revolución terminó con el feudalismo y el absolutismo tan resueltamente como ninguna otra revolución burguesa.

La Gran Revolución Francesa fue encabezada por

la clase burguesa. Pero los objetivos planteados ante ella, pudieron ser realizados únicamente gracias a que su principal fuerza motriz eran las masas populares, los campesinos y los plebeyos de la ciudad. La Revolución burguesa fue una revolución del pueblo, y en esto radicaba su fuerza. La intervención activa, decisiva de las masas populares, le proporcionó la amplitud y la envergadura que la diferencian de las otras revoluciones burguesas. Ia Revolución Francesa de finales del siglo XVIII queda como un ejemplo clásico de revolución democrático-burguesa más acabada.

La Gran Revolución burguesa de Francia predeterminó el desarrollo ulterior por el camino capitalista no sólo de la propia Francia; quebrantó las bases de los regímenes feudales absolutos y aceleró el desarrollo de las relaciones burguesas en otros países europeos; bajo su influencia directa surgió el movimiento revolucionario burgués en América Latina.

Refiriéndose al alcance histórico de la Revolución burguesa de Francia, Lenin decía: "Tomad la Gran Revolución Francesa. No en vano se llama grande. Para su clase, para la que ella actuó, para la burguesía, hizo tanto que todo el siglo XIX, el siglo que proporcionó la civilización y la cultura a toda la humanidad, transcurrió bajo el signo de la Revolución Francesa. En todos los rincones de la Tierra lo único que se ha hecho, que se ha llevado al cabo, que se ha realizado por partes, ha sido acabar lo que crearon los grandes revolucionarios franceses de la burguesía..." [10]

[10] V. I. Lenin, "I Congreso de toda Rusia sobre instrucción extraescolar. Discurso sobre el engaño del pueblo con las consignas de libertad y de igualdad. 19 de mayo", *Obras*, t. 29, pág. 342.

FRANCIA Y LA REACCION TERMIDORIANA. EL DIRECTORIO

El derrocamiento de la dictadura jacobina fue el principio de la reacción burguesa. El poder estaba en las manos de la gran burguesía. En sus filas desempeñaban el papel principal los "nuevos ricos", que habían hecho fortuna durante los años de la Revolución. Estos acaparadores codiciosos y ávidos, que habían temblado por su vida cada hora de los días que duró la dictadura jacobina, después del termidor se sintieron fuera de peligro y, una vez alcanzado el poder, se apresuraron a consolidarlo.

1. LA REACCION TERMIDORIANA

Política interior de los termidorianos

Los termidorianos destruyeron el aparato de la dictadura democrático-revolucionaria. Despojaron al Comité de Salud Pública de sus anteriores facultades y funciones y modificaron su composición. Junto con la Comuna de París se terminó con el apoyo que las masas proporcionaban al Gobierno revolucionario, con las sociedades populares y los comités revolucionarios. Los hombres del pueblo, que desempeñaban un papel importante en los órganos revolucionarios, fueron separados de la vida política.

Los contrarrevolucionarios encarcelados fueron puestos en libertad ya en el otoño de 1794 y se les permitió la actividad política. En diciembre salieron de las cárceles y volvieron a la Convención los diputados girondinos que habían sobrevivido a los acontecimientos.

Al mismo tiempo aumentó la represión contra los jacobinos. Grupos de jóvenes burgueses, que habían invadido las calles de París, destrozaron el local del club jacobino. En noviembre de 1794 éste fue cerrado por orden de la Convención.

Los termidorianos se apresuraron a abolir las leyes económico-sociales de la Convención jacobina. Todas las restricciones a la especulación fueron suprimidas. La regulación estatal de los precios se conservó nominalmente durante cierto tiempo, pero en la práctica cada vez se violaba más; en diciembre de 1794 fue

abolida oficialmente la ley del "máximo". Al ser restablecida la libertad absoluta de comercio, los obreros, los pequeños artesanos y los elementos pobres de la ciudad y el campo cayeron víctimas de la arbitrariedad de los comerciantes y los especuladores, los cuales subieron inmediatamente los precios de todos los artículos. Las capas más pobres del pueblo francés quedaron condenadas a pasar hambre. En cambio, ya nada se oponía a la burguesía en su irrefrenable deseo de enriquecerse.

La especulación, el agiotaje en la bolsa y las maquinaciones relacionadas con la devaluación del dinero, adquirieron un gran volumen. La cantidad de asignados emitidos aumentó de 8 mil millones de libras en 1794 a 20 mil millones en octubre de 1795. El valor de los asignados caía vertiginosamente. En julio de 1794 por un asignado de 100 libras se pagaba 34 libras en metálico; en noviembre costaba 24 libras, en marzo de 1795, 14, en abril del mismo año, sólo 8 libras. En concordancia subieron los precios de las mercancías, sobre todo de los artículos de amplio consumo. La compra y reventa de los "bienes nacionales" y los suministros militares seguían siendo el medio de rápido enriquecimiento de los especuladores y negociantes. La dilapidación y la concusión eran fenómeno de cada día. Conocidos termidorianos —Barras, Tallien, Freron y otros— eran los primeros en dar ejemplo en la carrera desenfrenada del lucro. Festines y orgías, un lujo ostentoso, música frívola, así se divertía la burguesía termidoriana que había tomado el poder durante los días de sufrimiento popular.

Levantamientos populares en París en abril y mayo de 1795

Los trabajadores de París, llevados a la desesperación por la miseria, indignados por la política reac-

cionaria del Gobierno termidoriano, se sublevaron dos veces en la primavera de 1795. El 12 germinal (1º de abril) los habitantes de las barriadas obreras de la capital se lanzaron a la calle con armas en la mano. Los manifestantes obligaron a la Convención termidoriana a escuchar sus reivindicaciones fundamentales: "¡Pan! ¡Constitución de 1793! ¡Libertad a los patriotas!" Sin dirección y sin un plan de acción preciso, los sublevados no supieron aprovechar su éxito inicial. El Gobierno termidoriano concentró en París gran cantidad de tropas y al día siguiente aplastó el levantamiento.

Dos meses después, el 1º pradial (20 de mayo), el pueblo de París se sublevó nuevamente. En este momento la situación de los trabajadores en la capital era aún más grave. De abril a mayo los precios del pan aumentaron de 2 a 2,5 veces. Esta situación desastrosa de las masas populares hizo que el levantamiento tuviese una mayor amplitud y fuerza. Unos cuantos batallones de la Guardia Nacional se pusieron al lado del pueblo. Los sublevados lograron apoderarse del edificio de la Convención. Pero también otra vez el levantamiento popular fracasó. El 4 pradial, después de una lucha encarnizada, las tropas de la Convención termidoriana sofocaron el levantamiento.

Los termidorianos hicieron una cruel represión entre los trabajadores de París. La población obrera de los suburbios de París fue desarmada, unos cuantos miles fueron detenidos, juzgados y deportados. Los "últimos montañeses", los diputados jacobinos Romme, Goujon, Soubrany y otros tres, que apoyaron el levantamiento y habían sido condenados a la guillotina se suicidaron con un mismo puñal, que el moribundo pasaba a su camarada.

Aumento de la reacción y acciones de los realistas

El golpe que asestaron los termidorianos a las masas plebeyas, el principal apoyo de la República, infundió ánimos a todos los elementos contrarrevolucionarios del país. En los departamentos del Sur, donde era mayor la influencia de los girondinos y los realistas, comenzó el terror blanco. Bandas armadas asaltaban las cárceles, mataban a los jacobinos detenidos, los ahogaban en los ríos, cometían impunemente todo género de crímenes. En Lyon, Aix, Marsella y otros lugares se registraron matanzas en masa de presos. En Tarascón, todos los reclusos que se encontraban en la fortaleza fueron ahogados en el Ródano.

Los nobles emigrados decidieron que todo estaba listo para la restauración de los Borbones. Después de que en 1795 murió el hijo del rey ejecutado, al que los emigrados llamaban Luis XVII, los realistas designaron para sucederle al conde de Provenza, hermano de Luis XVI, con el nombre de Luis XVIII.

En el verano de 1795 los buques ingleses desembarcaron en Bretaña, en la península Quiberon, gran cantidad de tropas de emigrados. Los realistas contaban con un éxito rápido y fácil. Pero la burguesía estaba profundamente interesada en conservar todas las ventajas materiales y políticas que había adquirido durante los años de la Revolución, en retener el poder en sus manos y en no permitir la restauración del régimen feudal absoluto. Las tropas de los emigrados y de los ingleses fueron derrotadas. Muchos emigrados fueron hechos prisioneros y fusilados.

Política exterior de la Convención termidoriana

Entre 1792 y 1794, sobre todo en la época de la dictadura jacobina, el pueblo francés "mostró... un

gigantesco espíritu creador revolucionario al transformar todo el sistema de la estrategia, al romper con todas las antiguas leyes y costumbres de la guerra y al crear, en vez de los viejos ejércitos, un ejército nuevo, revolucionario, popular y un nuevo modo de hacer la guerra".[1] Pero los resultados del enorme trabajo creador se hicieron sentir del todo únicamente después que sus animadores y organizadores, los jacobinos, hubieran muerto en el patíbulo.

La victoria decisiva de Fleurus, que tuvo lugar un mes antes de caer la dictadura jacobina, fue sólo el principio de los grandes éxitos de las tropas francesas. A fines de 1794 y principios de 1795 los franceses ocuparon Bélgica, Holanda y toda la orilla izquierda del Rin desde el mar hasta los Alpes.

La coalición de las monarquías europeas, desgarrada por contradicciones internas, se deshizo bajo los golpes del ejército francés. De las grandes potencias europeas, Prusia fue la primera en suspender la lucha. El 5 de abril de 1795, en Basilea, fue firmado el tratado de paz entre Francia y Prusia, por el que esta última reconocía el paso de la orilla izquierda del Rin a Francia. En mayo del mismo año fue firmada la paz entre Francia y Holanda; según este tratado, Holanda se comprometía a intervenir en la guerra contra Inglaterra. En julio de 1795 también España hizo las paces con Francia.

Pero otros países integrantes de la coalición antifrancesa seguían la lucha. Inglaterra se mostraba cada vez más intransigente, temiendo las victorias de Francia y el aumento de su influencia en Europa Occidental; tampoco Austria depuso las armas; a Inglaterra y a Austria las seguían los pequeños Estados alemanes e italianos.

[1] V. I. Lenin, "La guerra y la revolución", *Obras*, t. 24, pág. 364.

La Constitución del año III

Al reprimir despiadadamente los levantamientos de las masas populares y combatir al mismo tiempo a los realistas, la gran burguesía deseaba dar forma jurídica a su dominación política. En agosto de 1795 la Convención termidoriana aprobó una nueva Constitución, la del año III (según el calendario republicano). Conservaba la República, pero anulaba una de las fundamentales conquistas de la Constitución de 1793, el sufragio universal. Según la nueva Constitución sólo tenían derecho a votar los varones que pagaban impuesto sobre la tierra o por persona. El poder legislativo correspondía a dos cámaras. el Consejo de los Quinientos y el Consejo de los Ancianos. El poder ejecutivo pasó a manos del Directorio, compuesto por cinco personas.

La Convención termidoriana deseaba anular todas las conquistas democráticas de la dictadura jacobina, pero también quería evitar la restauración feudal. Lo que la burguesía y los campesinos ricos temían más era la pérdida de los "bienes nacionales" pasados a sus manos, de las tierras de los emigrados y de la Iglesia, que volverían a sus antiguos dueños si la monarquía era restaurada. Además, los termidorianos, miembros de la Convención, que habían votado la ejecución del rey Luis XVI, comprendían que los monárquicos no se lo perdonarían jamás. Por esto la Convención termidoriana tomó las medidas necesarias para prevenir la posible restauración de la monarquía. Después de proclamar la Constitución fueron aprobados decretos según los cuales dos terceras partes de los componentes de los nuevos órganos legislativos debían ser antiguos miembros de la Convención.

Los realistas, que esperaban obtener la mayoría en las elecciones y terminar con la República, se equi-

vocaron en sus cálculos. El 13 vendimiano (5 de octubre) en los distritos burgueses de París estalló un motín realista. Los termidorianos, dirigidos por Barras, lograron sofocarlo. En esta represión desempeñó el papel principal el general Napoleón Bonaparte.

2. EL DIRECTORIO

En noviembre de 1795 entró en vigor la nueva Constitución. El poder ejecutivo pasó al Directorio, del que formaban parte Barras y otros eminentes termidorianos.

El período del Directorio fue una época de dominación ilimitada de la burguesía. Marx dice: "En la época del **Directorio** sale impetuosamente al exterior y brota **a raudales la auténtica vida de la sociedad burguesa.**" [2]

La "orgía burguesa del Directorio" [3] con su especulación desenfrenada y el agiotaje garantizaba unos beneficios fabulosos a los insaciables acaparadores burgueses. Pero también acarreaba el aumento de los sufrimientos, de las calamidades y necesidades de las grandes masas trabajadoras. Según frase de un contemporáneo, la sociedad francesa de la época del Directorio ofrecía un "abominable contraste entre la riqueza más desenfrenada y la más horrorosa pobreza".

Graco Babeuf y la "conspiración de los iguales"

El invierno y la primavera de 1795-1796 fueron particularmente difíciles para los trabajadores. La in-

[2] C. Marx y F. Engels, "La sagrada familia o crítica de la crítica", *Obras*, t. 2, ed. 2, pág. 136.

[3] Véase: *Engels* a *V. Adler*, 4 de diciembre de 1889, C. Marx y F. Engels, *Cartas escogidas*, Moscú 1953, pág. 414.

flación que continuaba, la devaluación continua de los asignados y el aumento incontenible de los precios crearon una situación sin salida para los obreros, artesanos, empleados e intelectuales. "Unicamente la clase acomodada puede disfrutar de la vida en la actualidad, los trabajadores se encuentran en la más horrorosa pobreza"; los artesanos y los obreros "ven cada vez menos concordancia entre los frutos de su trabajo y sus necesidades cotidianas"; "la desesperación y la desgracia han llegado al máximo". Estas afirmaciones se hacían por aquellos días casi en cada informe de la policía. Los obreros y los empleados se veían obligados a vender y empeñar cuanto les quedaba. Hombres andrajosos vagaban por las calles y buscaban desperdicios entre la basura para saciar el hambre. Los suicidios tomaron un carácter masivo.

Sobre todo los obreros experimentaban una gran decepción con la miserable realidad burguesa. Esto contribuía a despertar su conciencia de clase. No sólo recordaban con simpatía la época de la dictadura jacobina, sino que buscaban caminos nuevos para terminar con el mal social existente.

El portavoz de estas vagas esperanzas sociales de la clase obrera, que poco a poco se destacaba de la masa plebeya en general, fue François Noël Babeuf (1760-1797), que tomó el nombre de Graco, el tribuno reformador de la Roma antigua. Desde los primeros días de la Revolución se convirtió, como él mismo decía, en "propagandista de la libertad y defensor de los oprimidos" e intervino activamente en los violentos sucesos de la época. Repetidamente, Babeuf fue detenido y perseguido; ya en los primeros años de la Revolución fue enemigo resuelto de la propiedad privada de la tierra, exigió que los bienes nacionales no fuesen vendidos, sino arrendados a largo plazo a los campesinos pobres. En la primavera de 1793 Babeuf redactó un proyecto de la "legislación de los sans-

culottes", que debía garantizar la "igualdad absoluta".

Valiente revolucionario, audaz pensador, hombre de acción, que buscaba la solución de los candentes problemas sociales, Babeuf pasó a primer plano en los años tenebrosos de la reacción termidoriana. En 1795, durante su estancia en la cárcel intimó con los antiguos luchadores Buonarroti, Darthé y otros demócratas revolucionarios y los unió en torno a las ideas comunistas y el plan de un nuevo golpe revolucionario.

Después de la amnistía decretada por la Convención termidoriana, al salir de la cárcel Babeuf y sus partidarios, los babuvistas, se pusieron a trabajar enérgicamente. Al principio de 1796, bajo la dirección de Babeuf, fue creado el "Directorio secreto de salud pública", cuya actividad ha pasado a la historia bajo el nombre de "conjuración de los iguales". "Una igualdad ilimitada, la máxima felicidad para todos, la seguridad de que ésta es estable, tales son los bienes que el Directorio secreto de salud pública quería proporcionar al pueblo francés": así define el fin del complot su participante e historiador F. Buonarroti.

Los babuvistas consideraban que la igualdad absoluta es posible sólo con el comunismo, régimen social que no admite la propiedad privada. Concebían una sociedad comunista basada en la distribución estrictamente regular de todos los bienes materiales entre los ciudadanos, es decir, en el igualitarismo. Era un comunismo igualitario, primitivo, muy lejano aún del comunismo científico. Pero a diferencia de Morelly y de otros pensadores comunistas franceses prerrevolucionarios, de los cuales Babeuf era discípulo, los babuvistas no sólo concebían la futura sociedad comunista, sino que también planteaban el problema del camino práctico a seguir para crearla. Bajo la influencia de la experiencia revolucionaria, llegaron a la conclusión de que era necesario un golpe revolucionario

por medio de la fuerza, de que era necesario establecer la dictadura revolucionaria de los trabajadores, aunque no comprendían —ni podían comprender a ese nivel de desarrollo social— el papel histórico del proletariado.

Según los babuvistas, el nuevo Gobierno revolucionario debía tomar inmediatamente las medidas necesarias para aliviar la situación del pueblo. Con este fin se pensaba organizar las entregas gratuitas de pan, devolver gratuitamente los objetos empeñados por los pobres en el Monte de Piedad e instalar a los necesitados en las casas de los ricos. Pero el objetivo principal de la dictadura revolucionaria era el establecimiento gradual del comunismo en Francia. Se pensaba organizar una gran "comuna nacional", a la cual debían pasar las tierras de la Iglesia y de los emigrados que no habían sido vendidas antes del termidor, así como las propiedades de los enemigos de la Revolución. Durante cierto tiempo junto a la "comuna nacional" deberían existir las economías privadas de los campesinos y los artesanos. Ulteriormente, como resultado de todo un sistema de .medidas (política de impuestos, anulación del derecho de herencia, etc.), la propiedad privada debía desaparecer totalmente.

Alrededor de Babeuf y su periódico **El tribuno del pueblo** se agruparon los miembros que aún quedaban de las secciones de París y de las sociedades populares; ellos integran la base del movimiento babuvista. En la organización militar que preparaba el levantamierto intervino activamente el general Rossignol, de orig:n plebeyo. Al movimiento se unieron algunos part.darios de Robespierre, ex diputados de la Conven:ión jacobina, como, por ejemplo, Drouet (que hal ía detenido en Varennes a Luis XVI).

Los babuvistas iniciaron en París una gran propaga ıda, que era recibida con simpatía por los trabajadores de la capital. En abril de 1976 un periódico

parisiense comunicaba que hasta en las calles se hablaba de lo que se podría conseguir en caso de establecerse la comunidad de bienes.

Pero el plan del golpe armado, cuidadosamente preparado por el "Directorio secreto", fracasó: un provocador, que se encontraba entre los miembros del movimiento, lo delató al Gobierno. En mayo de 1796 Babeuf y otros dirigentes del "Directorio secreto" fueron detenidos. Fracasó el intento de los soldados del campamento de Grenelle, que estaban bajo influencia babuvista. Un año más tarde Babeuf y Durthé fueron ejecutados. Murieron tal como habían vivido, noble y valientemente.

La "política del columpio"

La derrota de la conjuración de Babeuf asestó un rudo golpe a las fuerzas democráticas y animó a los realistas. En 1797 las elecciones de un tercio de diputados de los órganos legislativos dieron la victoria a éstos, que contaban con muchos partidarios dentro del aparato estatal y preparaban la revuelta casi abiertamente. El Directorio se les adelantó. El 3 de septiembre de 1797 las fuerzas gubernamentales ocuparon los edificios del Consejo de los Quinientos y del Consejo de los Ancianos, deteniendo a parte de los diputados. Al día siguiente, el 4 de septiembre (18 fructidor), se tomó la decisión de anular las elecciones de los diputados monárquicos, desterrarlos a las colonias y aumentar las represiones contra la propaganda monárquica en el país.

Para luchar con los realistas el Directorio se vio obligado a buscar apoyo en el campo opuesto, entre los jacobinos. Pero fue suficiente aflojar un poco las restricciones de las libertades democráticas para que otra vez aumentase rápidamente la influencia de las

fuerzas democráticas en el país. En las elecciones de 1798 los demócratas republicanos obtuvieron una victoria considerable: entre los elegidos había unos cuantos personajes del período de la dictadura jacobina. Asustado con los éxitos electorales de los grupos de izquierda, el Directorio se inclinó hacia la derecha y el 11 de mayo (22 floreal) tomó la resolución de anular las elecciones de los diputados demócratas.

El directorio intentaba hacer pasar sus fluctuaciones como política del "medio justo". Pero sus contemporáneos le pusieron un nombre más adecuado, la denominaron "política del columpio". Esta política ponía de relieve la debilidad interna y la corrupción del régimen del Directorio.

Las victorias francesas en Italia y la paz con Austria

La política sin principios, de maniobra entre los campos políticos opuestos, podía mantener el inestable régimen del Directorio únicamente mientras las grandes victorias en el frente disimulaban sus vicios internos.

Los ejércitos franceses, al mando de jefes tan eminentes, como Hochc, Bonaparte, Moreau y Jourdan, empleando métodos de combate nuevos, creados por la Revolución, una táctica y una estrategia nuevas, continuaban venciendo. Así derrotaron a los ejércitos del Imperio Austríaco y sus aliados, en los cuales imperaba la rutina impuesta por jefes militares orgullosos e incapaces.

Los golpes principales a las tropas austríacas corrieron a cargo del ejército francés en el Norte de Italia al mando de Bonaparte. Napoleón Bonaparte (1769-1821), hijo de un abogado arruinado de Córcega, que había estudiado gracias a una beca en la escuela militar provincial de Brienne, era uno de los

jóvenes generales que por su talento habían sobresalido rápidamente durante la Revolución. Después que terminó con el motín realista de vendimiario, el Directorio lo colocó al mando del ejército francés que en abril de 1796 fue enviado al norte de Italia.

Bonaparte obligó a firmar la paz con Francia al reino de Cerdeña y a otros Estados italianos. Después de aislar de este modo a los austríacos, les asestó una serie de golpes decisivos en el norte de Italia. El 10 de mayo derrotó a los ejércitos austríacos en Lodi, ocupó Milán y poco después ponía sitio a la principal base militar austríaca, la fortaleza de Mantua. En las batallas de Castiglione (5 de agosto), Bassano (8 de septiembre), Arcole (17 de noviembre de 1796) y Rívoli (14 de enero de 1797) las tropas francesas derrotaron consecutivamente cuatro ejércitos austríacos que habían sido trasladados uno tras otro a Italia. Después de lograr la capitulación de Mantua (2 de febrero), las tropas francesas comenzaron una nueva ofensiva, penetraron a través de la República de Venecia en el territorio de Austria y empezaron a aproximarse rápidamente a Viena.

En abril de 1797 Austria se vio obligada a firmar el armisticio y el 17 de octubre del mismo año el tratado de paz de Campoformio. Austria tuvo que reconocer la anexión francesa de Bélgica y de la orilla izquierda del Rin y renunciar a Lombardía, recibiendo a cambio la mayor parte del territorio de lo que había sido la República de Venecia. En el norte de Italia se crearon dos repúblicas "hijas", la Cisalpina y la de Liguria, que dependían totalmente de Francia.

A medida que continuaba la guerra empezó a cambiar su naturaleza. Las consecucncias del golpe termidoriano y de la toma del poder por la gran burguesía empezaron a reflejarse en los objetivos de la guerra y en el modo de hacerla. El Directorio no sólo no abastecía sus ejércitos, que vivían a costa de la pobla-

ción de los territorios ocupados, sino que él mismo subsistía a sus expensas. Al firmar el tratado de paz con Holanda, Francia le obligó a pagar 100 millones de florines. Las ciudades alemanas y suizas ocupadas por el ejército francés fueron cargadas con grandes contribuciones. Pero fue en Italia donde Napoleón Bonaparte se comportó de modo particularmente desvergonzado. Al firmar los tratados exigía elevadas contribuciones de guerra y se apoderaba de obras de arte, únicas en su género, y de cuantiosos valores materiales. El Directorio, al recibir de sus generales el oro del que éstos se habían andueñado, dependía cada vez más de ellos.

La expedición a Egipto

La República francesa se estaba convirtiendo en el Estado más poderoso de la Europa continental. Pero el principal enemigo de Francia, Inglaterra, invulnerable frente a los ejércitos franceses gracias a su situación insular y a su potente escuadra, continuaba la lucha. Con el fin de asestarle un duro golpe y quebrantar su poderío colonial, el gobierno del Directorio decidió preparar una expedición militar para apoderarse de las ricas posesiones inglesas en la India. Como el camino a la India pasaba por los países árabes, el Directorio aprobó el plan de Bonaparte, quien a su vuelta de Italia propuso apoderarse de Egipto, que formaba parte del Imperio Otomano. La conquista de Egipto, vicio móvil de las aspiraciones coloniales de la burguesía francesa, tenía también otro fin. Debía restablecer y fortalecer las posiciones políticas y económicas de Francia en Oriente, que se habían visto quebrantadas durante la Revolución.

En julio de 1798 las tropas francesas, al mando de Bonaparte, desembarcaron en Alejandría. En la

realidad, el poder en Egipto no estaba entonces en manos de los turcos, sino de los príncipes feudales, los mamelucos. Después de derrotarlos en la batalla de las Pirámides, los franceses entraron en El Cairo y ocuparon una parte considerable del país. Pero el ulterior desarrollo de los acontecimientos no les fue favorable.

La flota inglesa del almirante Nelson destruyó cerca de Aboukir los barcos que transportaban tropas francesas; de este modo el ejército francés se vio imposibilitado de recibir refuerzos y provisiones de Francia. En el propio Egipto los franceses se encontraron con la resistencia del pueblo, que se levantó contra los nuevos invasores. Además, el sultán turco Selim III después de la invasión de los franceses a Egipto, en septiembre de 1798, declaró la guerra a Francia y a principios de 1799 formó una alianza con Rusia e Inglaterra y mandó tropas a través de Siria para iniciar la ofensiva contra los franceses.

Bonaparte intentó adelantarse a los turcos. Al principio de la primavera de 1799 las fuerzas principales del ejército expedicionario francés, invadieron el sur de Siria y cercaron la fortaleza de Acre, pero después de un sitio infructuoso de dos meses debieron retroceder y volver a Egipto.

Al poco tiempo, Napoleón Bonaparte regresaba a Francia, entregando el mando del ejército al general Kléber. No obstante los éxitos parciales de Kléber, la situación de los franceses en Egipto empeoraba cada vez más. En Egipto aumentaba la indignación popular contra los franceses.

En 1800 un patriota árabe mató a Kléber. Un año después, en agosto de 1801, las tropas francesas, rodeadas por los ingleses y los turcos, se vieron obligados a capitular y a abandonar Egipto.

La segunda coalición

Entre tanto, el Gobierno inglés se esforzaba en crear otra coalición antifrancesa. Sobre todo deseaba arrastrar a ello a las fuerzas de la Rusia zarista. Los territorios de que se habían apoderado los franceses en 1798, la creación de nuevas repúblicas vasallas —la de Batavia (Holanda), la Helvética (Suiza) y la Romana (los dominios del Papa)—, unido a la ocupación de Malta y a la invasión del Cercano Oriente, propiciaba los deseos de la diplomacia inglesa. Los objetivos de la política exterior de Rusia e Inglaterra coincidieron durante cierto tiempo.

La derrota de la flota francesa en Aboukir, como resultado de lo cual el mejor ejército francés quedó aislado en Egipto, alentó a los enemigos de Francia. A finales de 1798 y principios de 1799 surgió la segunda coalición antifrancesa, formada por Rusia, Inglaterra, Austria, Turquía y el Reino de Nápoles.

La guerra en Europa empezó de nuevo en la primavera de 1799, en circunstancias desfavorables para Francia. El ejército, al mando de Jourdan, fue derrotado en el territorio de Alemania y se retiró tras el Rin. Todavía más graves fueron los reveses en Italia. Las tropas rusas al mando de Suvórov, después de cubrir a marchas rápidísimas unas distancias enormes, aparecieron en abril de 1799 en el norte de Italia, a fines de abril tomaron Milán y el 26 de mayo entraban en Turín. Suvórov impidió que se uniesen los ejércitos franceses de Moreau y Macdonald, y después de la encarnizada batalla en Trebbia (17-19 de junio), que duró tres días, derrotó al ejército de Macdonald, obligando a retroceder al de Moreau.

El Directorio, asustado, destituyó a Macdonald y nombró general en jefe a Jourdan, considerado como uno de los mejores jefes militares de la República. En él se cifraban todas las esperanzas. Pero el 15 de

agosto en la encarnizada batalla de Novi, que duró 16 horas, fue muerto Jourdan y le reemplazó Moreau. Pese a todos sus esfuerzos, Moreau no logró la victoria.

La victoria de Suvórov en Novi causó gran impresión en Europa. En Francia provocó el pánico. Parecía que se habían perdido todas las conquistas de los franceses en Italia. Suvórov se encontraba a la entrada de Francia. Pero esta victoria no fue aprovechada, pues a instancia de la Corte de Viena las tropas de Suvórov se dirigieron a Suiza en ayuda allí de los austríacos.

En esta época las discrepancias entre Rusia, por un lado, e Inglaterra y Austria, por otro, hicieron que Rusia abandonase la coalición. Pablo ordenó a su ejército la vuelta a Rusia.

El golpe de Estado del 18 brumario

Nuevamente fue legalizado el Club de los jacobinos, al que se incorporaron los babuvistas. El Gobierno emitió un empréstito obligatorio que debían cubrir los ricos y adoptó la ley de rehenes, dirigida contra las familias de los emigrados y de los contrarrevolucionarios. Aunque en la realidad el Directorio no pensaba seguir una política democrática consecuente, estas medidas alarmaron a la gran burguesía; le pareció que nuevamente volvía el año 1793. Por otro lado aumentó el peligro monárquico. Los realistas se levantaron nuevamente en la Vendée e invadieron el país con sus bandas armadas, que tenían aterrorizadas a las autoridades locales y a la población.

Cuando en octubre de 1799 el general Bonaparte, después de abandonar su ejército en Egipto, volvió a París, encontró allí el terreno abonado para el cambio de régimen político. Los representantes influyentes de

la burguesía se esforzaban en encontrar un candidato para el papel de dictador. Se hablaba de los generales Moreau y Jourdan; se hablaba también de Bonaparte.

Napoleón Bonaparte acariciaba de antaño ambiciosas ilusiones de poder. De todos los generales franceses era no sólo el más inteligente y el más decidido, sino también era el que tenía relaciones más íntimas con los dirigentes burgueses, en particular con los "nuevos ricos". La fortuna que había amasado en Italia con sobornos y exacciones, la multiplicó en Francia especulando con la venta y reventa de tierras.

A Bonaparte le ayudaron duchos políticos burgueses: el que había sido jefe de los constitucionalistas, Sieyès; el ministro de Asuntos Exteriores, Talleyrand, inteligente y pérfido; el jefe de policía, Fouché, maestro de la persecución política y las provocaciones, así como los banqueros y los jefes de la Bolsa más influyentes. Sintiendo la fuerza de Bonaparte y con la esperanza de emplearle en interés propio, ofrecieron su apoyo, sus relaciones y su dinero. Se necesitaron sólo tres semanas desde la vuelta de Bonaparte de París para realizar el golpe de Estado, preparado minuciosamente, que terminó con el régimen del Directorio.

El 9 de noviembre (18 brumario) con el pretexto de defender la República de una supuesta conspiración jacobina, se declaró en París el estado de guerra y Bonaparte fue nombrado jefe de las tropas del distrito militar de la capital. Al mismo tiempo dimitieron todos los miembros del Directorio. Al día siguiente, Bonaparte, con la ayuda de sus fieles granaderos, disolvió el Consejo de los Quinientos y el Consejo de los Ancianos, e impuso a un grupo de diputados un decreto por el que el poder pasaba a tres cónsules, el primero de los cuales era él mismo.

Así fue establecida la dictadura militar de Napoleón Bonaparte.

EL IMPERIO DE NAPOLEON

Las relaciones internacionales durante las guerras napoleónicas

Después del golpe de estado del 18 brumario se estableció en Francia la dictadura ilimitada de Napoleón Bonaparte; ésta se apoyaba en la burguesía de la ciudad y del campo y estaba llamada a defender sus intereses de clase. Hasta 1804 el régimen se presentó como Consulado y teóricamente Francia seguía siendo República; en 1804 Napoleón Bonaparte se convirtió en "emperador de los franceses". Pero no importa cómo se denominase el régimen de Napoleón, su esencia de clase seguía invariable.

1. EL CONSULADO Y EL IMPERIO DE NAPOLEON

La política interior de Napoleón entre 1799 y 1804

Después del golpe de Estado Napoleón Bonaparte se apresuró a legalizar su régimen. Promulgó una nueva Constitución, por la que el pleno poder estaba en manos del primer cónsul. Los cuatro órganos legislativos, el Senado, el Consejo de Estado, el Tribunado y el Cuerpo Legislativo, tenían una función puramente decorativa. Napoleón acabó con el régimen parlamentario y con el sufragio, incluso en una forma tan reducida como la que existía bajo el Directorio. En vez del derecho a elegir los diputados, los ciudadanos de Francia tenían únicamente el derecho a escoger los candidatos.

El sistema de la elección de las autoridades locales y regionales (de los departamentos), creado por la Revolución, fue también abolido. Quedó reemplazado por el sistema policíaco-burocrático de las prefecturas: el ministro del Interior nombraba al prefecto del departamento, éste nombraba a los alcaldes y a los miembros del ayuntamiento de las ciudades y de las comunas. Toda Francia estaba englobada de arriba abajo dentro de un aparato administrativo rigurosamente centralizado y su Gobierno, en resumidas cuentas, se concentraba en manos de Napoleón. El departamento de policía, poderoso y ramificado, envolvía en una espesa red toda la vida pública y privada de los franceses, nada se sustraía a su atención.

La policía, al igual que todas las autoridades gubernamentales, era particularmente implacable en la persecución y represión de los círculos democráticos. Napoleón deseaba exterminar por completo a los jacobinos y su espíritu. El renegado Fouché, como ministro de la Policía, le ayudaba en esto con particular celo.

Una de las primeras medidas, que Napoleón tomó a principios de 1800, fue la de cerrar los periódicos independientes; conservó únicamente los órganos de prensa que se sometían por completo al Gobierno. Se estableció una censura rigurosísima. De la literatura, del teatro y de la enseñanza se eliminó todo cuanto recordase la Revolución y a sus personajes.

Napoleón abolió las leyes progresivas de la Revolución en lo que se refiere a la religión y a la Iglesia. En 1801 fue firmado y en 1802 entró en vigor un concordato con el Papa Pío VII. Según el concordato, el catolicismo era "la religión de la inmensa mayoría de los ciudadanos franceses"; el Gobierno pagaba un sueldo al clero; el Papa renunciaba a todas las pretensiones a las tierras de las Iglesias confiscadas durante la Revolución y reconocía el control del Gobierno francés sobre la actividad de los sacerdotes y los obispos. A través de este acuerdo con el Papa, Napoleón quería poner la Iglesia Católica al servicio del nuevo régimen burgués.

El régimen napoleónico defendía y protegía la redistribución de bienes que se había producido durante los años de la Revolución, cuando a la burguesía y a los campesinos pasaron las tierras de la Iglesia y de los nobles emigrados. Al mismo tiempo, Napoleón abrió las fronteras a los emigrados que renunciaban a la monarquía de los Borbones y estaban dispuestos a servirle. A algunos se les devolvieron las haciendas que no habían sido vendidas. De todos modos la policía vigilaba a todos ellos.

Napoleón apoyó y estimuló consecuentemente la actividad y la iniciativa de los industriales, banqueros y comerciantes. En 1800 fue fundado el Banco de Francia. Sobre todo protegía Napoleón la industria, para cuyo desarrollo no escatimaba los pedidos gubernamentales, los subsidios estatales y las primas de exportación. El Gobierno protegía el mercado interior de la competencia extranjera, en primer lugar de la inglesa. En interés de los grandes propietarios y en perjuicio de las grandes masas de los trabajadores fueron disminuidos los impuestos directos y aumentados un 100 a un 150 por ciento los indirectos.

Los contemporáneos decían de Napoleón que temía la menor agitación de los obreros más que una batalla perdida. Estimando el desarrollo de la industria y las obras públicas, el Gobierno procuraba evitar el paro forzoso, que podría provocar levantamientos revolucionarios. Al mismo tiempo, la policía vigilaba con especial rigor a los obreros. Napoleón abolió muchas leyes de los años revolucionarios, pero conservó la de Le Chapelier, que privaba a los obreros del derecho de la defensa organizada de sus intereses y ofrecía a los patronos la posibilidad de su explotación ilimitada.

La política del Gobierno de Napoleón respondía hasta cierto punto no sólo a los intereses de la burguesía industrial y comercial, sino también a los intereses de los campesinos propietarios. Marx escribe: "Después de que la primera Revolución transformó a los campesinos semisiervos en propietarios agrarios libres, Napoleón consolidó y reguló las condiciones bajo las que los campesinos podían gozar libremente de la tierra francesa que les acababa de corresponder y satisfacer su pasión juvenil por la propiedad."[1]

[1] C. Marx, "El dieciocho brumario de Luis Bonaparte", C. Marx y F. Engels, *Obras*, t. 8, ed. 2, pág. 210.

La lucha de Francia con la segunda coalición. La paz de Amiens

Durante este período también la política exterior de Napoleón dependía de los intereses de la burguesía; su fin era el garantizar a la Francia burguesa la hegemonía política y económica en Europa.

En el momento del golpe de Estado del 18 brumario estaba aún muy lejos de ser realidad el término de la lucha con la segunda coalición. Aunque Rusia la había abandonado, Inglaterra y Austria seguían la lucha y, al parecer, conservaban todas sus fuerzas. El jefe del Gobierno inglés, Pitt, no escatimaba dinero y promesas para atraerse a nuevos miembros. Austria cosechaba los frutos de la campaña italiana de Suvórov: después de serle restituido con la ayuda de las tropas rusas el norte de Italia, lo fortificaba como base de acción contra Francia y había concentrado allí grandes fuerzas militares.

En mayo de 1800 Napoleón, al mando del ejército, entró en Italia por el camino más difícil, a través de los Alpes; allí era donde los austríacos menos esperaban su ataque. Después de atravesar San Bernardo el ejército francés bajó a Lombardía, la retaguardia del enemigo. El 14 de junio, cerca de Marengo, tuvo lugar la batalla decisiva. Al principio, la superioridad numérica en hombres y artillería dio ventaja a los austríacos. Pero por la tarde la situación cambió radicalmente. Los franceses recibieron refuerzos y atacaron por el flanco. Lanzando todos sus fuerzas, Napoleón aplastó y derrotó al ejército austríaco.

La batalla de Marengo decidió la campaña. Es verdad que los austríacos después de unos meses de armisticio renovaron las hostilidades, pero cuando en diciembre del año 1800 el general Moreau los derrotó nuevamente en el territorio de Baviera (cerca de Hohenlinden), Austria se vio obligada a aceptar la paz.

El nuevo tratado de paz entre Francia y Austria fue firmado el 9 de febrero de 1801 en Luneville. Reproducía las condiciones de la paz de Campoformio, ventajosa para Francia.

La segunda coalición dejó de existir en la práctica. Unicamente Inglaterra continuaba en pie. Pero también ésta, no obstante el rápido desarrollo de la industria y el comercio, resistía con dificultad el esfuerzo de una guerra de diez años. Los enormes subsidios a los miembros de la coalición y el refuerzo de la marina de guerra agotaban el Tesoro. Para cubrir estos gastos el Gobierno recurría a los empréstitos y aumentaba implacablemente los impuestos. En el país aumentaba el descontento. El pan se encareció mucho. Un cuartal de trigo, que en 1798 costaba 47 chelines, en abril de 1801 alcanzó el precio de 148 chelines. Las masas apoyaban cada vez más la exigencia de firmar la paz. "Paz y abundancia", "Pan y tranquilidad para el pueblo o se le corta la cabeza al rey", estas inscripciones se veían con frecuencia en las casas de los distritos obreros.

Entre la propia burguesía inglesa aumentaba el deseo de un compromiso con Francia; muchos tenían la esperanza de que la tregua con el enemigo continental abriría de nuevo los mercados europeos a los productos ingleses.

A principios de 1801 Pitt, que deseaba la continuación de la guerra hasta la victoria completa, dimitió. El nuevo Gobierno inglés inició las negociaciones de paz con Napoleón. En marzo de 1802, en Amiens, Inglaterra firmó el tratado de paz con Francia y sus aliados —la República de Batavia y España—. Inglaterra se comprometía a devolver las colonias de que se había apropiado (menos la Isla Trinidad y las propiedades holandesas en Ceilán), así como dejar Malta y otras islas del Mediterráneo, que había ocupado. Francia debía retirar sus tropas de Nápoles,

Roma y la isla de Elba. Egipto, de donde poco antes de firmar el tratado de paz había sido evacuado el ejército francés, se devolvía al sultán turco.

Proclamación del Imperio

Después de diez años de guerra, Francia había ensanchado considerablemente su territorio y dominaba en Europa Occidental. Se había convertido en la potencia más fuerte del mundo. Napoleón, cuyo nombre iba unido a estos extraordinarios éxitos, aprovechó las condiciones favorables para aumentar su poder. En agosto de 1802 fue nombrado cónsul vitalicio. En mayo de 1804 un decreto del Senado lo proclamaba emperador de los franceses; a continuación fue coronado solemnemente por Pío VII, que se trasladó expresamente a París. Después de esto Napoleón transformó en reino la república Italiana (anteriormente Cisalpina) y adoptó el título de rey en Italia.

Francia se transformó en Imperio. La Corte de Napoleón, por su brillantez, lujo y riqueza eclipsaba las cortes de las viejas monarquías europeas. El emperador abolió otra conquista democrática de la Revolución y restauró en Francia la nobleza. Los aristócratas que habían vuelto de la emigración recibieron sus títulos anteriores. Al mismo tiempo surgió una nueva nobleza imperial. Napoleón recompensaba generosamente a sus generales, mariscales y altos funcionarios regalándolos con castillos y tierras y concediéndoles títulos de príncipes, duques, condes y barones.

Los códigos napoleónicos. El desarrollo económico de Francia

En 1804, con la participación directa de Napoleón, se terminó de redactar el Código Civil, la recopilación de leyes que regulaban las relaciones civiles. El Có-

digo Civil, dirigido contra el caduco feudalismo y sus normas, establecía las normas jurídicas de la nueva sociedad burguesa. Era progresivo en comparación con las leyes de los países de régimen feudal, pero significaba un paso atrás en comparación con las leyes civiles del período de la Revolución.

En 1808 entró en vigor el Código de Comercio y en 1811 el Código Penal. Estos códigos también estaban destinados a defender la inmutabilidad de la propiedad privada burguesa.

Marx decía que Napoleón "creó en Francia las condiciones propicias para el desarrollo de la competencia libre, la explotación de la propiedad agraria parcelada y el empleo de las fuerzas productivas industriales de la nación, liberadas de sus trabas, mientras que fuera de Francia destruía por doquier las formas feudales en tanto esto era necesario para crear a la sociedad burguesa en Francia un ambiente correspondiente en el continente europeo, que respondiese a las necesidades del momento".[2]

Durante los años del Consulado y del Imperio el desarrollo económico en Francia alcanzó considerables éxitos. Dentro de la industria, junto a la manufactura capitalista surgió la nueva industria mecánica fabril. En Francia la revolución industrial empezó ante todo en la industria textil, con la hilatura de algodón y de lana. En 1812 en el país ya había más de doscientas hilanderías, entre ellas muchas grandes. La invención, en 1805, del telar de Jaccard, aunque no suprimió el trabajo manual, aceleró el desarrollo de la industria de la seda. En Lyon, de 1801 a 1811, casi se triplicó el número de tejedores. Aumentó la industria del lino. Más lentamente se desarrollaba la industria pesada. No obstante, la producción de hierro fundido entre

[2] C. Marx, "El dieciocho brumario de Luis Bonaparte", C. Marx y F. Engels, *Obras*, t. 8, pág. 120.

1790 y 1810 se hizo casi el doble. Aumentó el número de altos hornos y se elevó su productividad. En total el nivel industrial en 1811 era casi 50 por ciento mayor que el de 1789, aunque la industria francesa estaba aún muy por debajo de la inglesa.

También la agricultura se desarrolló con bastante éxito durante los años del Consulado y el Imperio. La producción de cereales aumentó relativamente poco: un 10 por ciento de 1790 a 1812. Pero se registraron grandes avances en el cultivo de la vid, la sericultura y el cultivo de lino; aumentó considerablemente la cantidad de ganado.

2. LAS GUERRAS DE CONQUISTA DE NAPOLEON

La expansión colonial de Inglaterra

Los ingleses aprovecharon la guerra con Francia y más tarde con sus aliados, España y Holanda, para ampliar sus posesiones coloniales. A ellos pasaron las colonias francesas de las Antillas —Martinica y Guadalupe, las coloniales españolas—, y las islas Trinidad y Curaçao, de modo que el comercio extremadamente provechoso con el azúcar de las Indias Occidentales se hizo un monopolio casi absoluto de Inglaterra. Esta se apoderó de las colonias holandesas más importantes, entre ellas la Guayana, Ceilán y un punto de mando particularmente importante para ellos en la costa del sur de Africa, Capetown.

Aunque ya en los años sesenta del siglo XVIII Inglaterra había logrado la primacía en la India, los colonizadores británicos temían que se renovase la expansión francesa. La aparición de los franceses en Egipto lo consideraron, ante todo. como una amenaza

para sus posesiones en la India. Para la Compañía de las Indias Occidentales el mayor peligro lo representaba Tipu, sultán de Maisun, que deseaba obtener ayuda de Francia. Unicamente después de ocupar Maisur se apoderaron de posiciones decisivas en el sur de la India. A principios del siglo XIX la Compañía de las Indias Occidentales, gracias a la retirada temporal de su competidor holandés, consiguió el monopolio del comercio marítimo entre Europa y Asia, en particular con la China y la India.

La expedición francesa a Santo Domingo. Toussain Louverture

En cuanto la paz de Amiens alejó el peligro de un conflicto con la flota inglesa en el Atlántico, Napoleón intentó restablecer por completo el dominio francés en la isla de Santo Domingo (Haití), la "perla de Las Antillas francesas".

Las grandes plantaciones de azúcar, café y algodón, que existían en la isla antes de la Revolución, se cultivaban únicamente con el trabajo de esclavos. La Revolución en Francia no cambió la situación en Santo Domingo. Siguió la esclavitud; no sólo los 400 mil negros, sino también los mulatos continuaban sin ningún derecho. En agosto de 1791 se registró en la isla un gran levantamiento de esclavos. Ya durante las primeras semanas fueron destruidas más de doscientas plantaciones de azúcar y mil doscientas de café. Entre los dirigentes del levantamiento pronto se destacó Toussain Louverture (1743-1803); en él se aunaban un extraordinario talento militar, el valor, los altos principios y la lealtad a la causa de la liberación del pueblo negro.

En 1793 los españoles, que ocupaban la parte oriental de la isla, intentaron en su lucha contra Francia

atraerse a los jefes del levantamiento, concediéndoles altos grados militares y prometiendo la liberación de los negros. Toussain fue nombrado coronel. Pero en cuanto el comisario de la Convención, Santonax, y después la propia Convención, en febrero de 1794, declararon la abolición de la esclavitud en todas las colonias francesas. Toussain y los grupos de negros que él dirigía se pasaron al lado de la Convención. Después de una lucha encarnizada con los partidarios de los plantadores, con los españoles y los ingleses, que habían desembarcado en Santo Domingo, las tropas negras consiguieron la liberación de toda la isla. En 1797 el Directorio confirmó a Toussain como comandante en jefe de todas las fuerzas armadas en Santo Domingo. Según la nueva Constitución (1801) se abolió definitivamente la esclavitud, aunque se estableció un servicio de trabajo obligatorio en las plantaciones para los que habían sido esclavos. Parte de la tierra fue arrendada por negros, los cuales obtuvieron todos los derechos políticos y ocuparon la mayoría de los puestos dirigentes en el ejército.

Napoleón no confirmó esta Constitución. El no se atrevió a proclamar abiertamente la restauración de la esclavitud, pero precisamente éste era el objetivo del ejército francés que al mando del cuñado de Napoleón, el general Leclerc, desmbarcó a principios de 1802 en la isla.

Después de sembrar la discordia entre los jefes militares negros Leclerc consiguió el consentimiento de Toussain para negociaciones y más tarde lo detuvo y lo mandó a Francia. Recluido en el fuerte de Joux, Toussain murió a principios de 1803. Pero el ejército francés tropezó con una encarnizada resistencia de los negros, y además fue víctima de las fiebres tropicales, de las que murió el propio Leclerc. Los restos del ejército francés capitularon en 1803 y Haití consiguió su independencia.

La aparición de un ejército francés de 22 mil hombres en las islas del Caribe alarmó extraordinariamente a los ingleses, los cuales temían que las tropas francesas se preparasen para apoderarse de las colonias británicas, en primer lugar de Jamaica. Estos acontecimientos aumentaron aún más las contradicciones anglofrancesas.

La tercera coalición

La paz de Amiens fue una tregua de poca duración. La burguesía británica creía que la paz abriría el mercado francés a los artículos ingleses. Los dos lados violaron los compromisos contraídos; Inglaterra, por ejemplo, no evacuó Malta. El Gobierno inglés observaba con gran recelo los intentos de Napoleón de reanudar una activa política colonial no sólo en la zona del Caribe, sino también en Oriente, particularmente de aumentar de nuevo la influencia francesa en la India, a donde Napoleón mandó una misión especial.

La Francia de Napoleón y la Inglaterra aristocrático-burguesa —los dos países de aquellos tiempos más desarrollados económicamente— luchaban por la hegemonía. La agresión de Inglaterra tropezaba con la agresión de Francia.

En mayo de 1803 fueron rotas las relaciones diplomáticas entre los dos países y se reanudó la guerra anglofrancesa. Pronto, Pitt se hizo nuevamente cargo del Gobierno inglés.

Napoleón concentró en Boulogne, a orillas del canal de la Mancha, un gran ejército, preparándose para cruzar el estrecho y desembarcar en las islas Británicas. Pitt, a su vez, daba todos los pasos necesarios para la creación de una nueva coalición contra Francia.

La situación en Europa favorecía la unión de los

países enemigos de Francia. Napoleón violaba las fronteras establecidas por los tratados de Luneville y Amiens y continuaba la modificación del mapa de Europa. En febrero de 1803 obligó en Alemania a suscribir el acta de "recesión". Se abolió la independencia de una serie de Estados pequeños y de casi cincuenta ciudades; desaparecieron los electorados de la Iglesia, menos el de Maguncia, pero en cambio aumentaron considerablemente las posesiones de los soberanos alemanes que seguían a Napoleón, y prácticamente se transformaron en sus vasallos Baviera, Baden, Würtemberg, etc. Con esto se debilitaba la influencia de Austria y Prusia entre los Estados alemanes. En el mismo año de 1803 Napoleón intervino como mediador en los asuntos de Suiza e impuso a este país una nueva Constitución ("Acta de mediación") que transformaba la república helvética en una confederación de cantones bajo la dependencia completa de las autoridades militares francesas. No contento con la adhesión de Piamonte en 1802, Napoleón suprimió en 1805 la independencia de la República de Liguria (Génova) e incorporó su territorio, dividido en tres departamentos, al Imperio. En Toscana (Etruria), el archiduque austríaco fue reemplazado por un príncipe español protegido de Napoleón.

Todo esto provocó un gran descontento en Austria, Rusia y Prusia. En abril de 1805 se concertó una alianza anglorusa contra Francia. En agosto se adhirió Austria, la cual, no obstante haber sido derrotada dos veces, no quería conformarse con el predominio de Francia en Italia y Alemania. También se negoció con Prusia su adhesión a los aliados.

En el otoño de 1805 se reanudó la guerra en Europa. Francia sufrió una gran derrota en el mar. El 21 de octubre, en la batalla de Trafalgar, la escuadra inglesa al mando del almirante Nelson (muerto en plena batalla) destruyó las fuerzas francesa y española

reunidas. Pero en el continente la campaña se resolvió a favor de Francia. Antes de que las tropas rusas llegasen al teatro de operaciones, un numeroso ejército austríaco fue derrotado por Napoleón en Baviera y sus fuerzas principales capitularon sin lucha en Ulm. El 13 de noviembre las tropas francesas entraban en Viena.

Otra vez, como en 1799, las tropas rusas cargaron con el peso principal de la guerra. Kutúzov, que estaba al mando de las tropas rusas, comprendía que con la relación de fuerzas existente era necesario maniobrar y no dar la batalla decisiva hasta que llegasen refuerzos de Rusia. Mas Alejandro I y el emperador austríaco, Francisco, a pesar de las objeciones de Kutúzov, insistieron en librar la batalla decisiva con Napoleón, que era precisamente lo que éste deseaba..

El 2 de diciembre, en la batalla de Austerlitz, fueron derrotados los ejércitos autríacos y rusos. Los emperadores Francisco y Alejandro huyeron del campo de batalla. A continuación, el emperador austríaco pidió la paz.

El 26 de diciembre de 1805 en Presburgo (Bratislava), Austria aceptó las penosas condiciones de paz que Napoleón le dictaba. Renunció a algunas posesiones en favor de los aliados de Francia, a Baden, Baviera y Württemberg (además estos últimos dos países fueron convertidos en reinos), reconoció las posesiones de Francia en Italia, cedió la región de Venecia y algunos otros territorios al Reino de Italia. En total, Austria perdió una sexta parte de su población, fue desplazada definitivamente de Italia y se comprometió a pagar a Francia 40 millones de florines.

Pero Napoleón no se limitó a esto. Medio año más tarde reunió dieciséis Estados alemanes, constituyendo la Unión Renana, a la cabeza de la cual se colocó él mismo con el título de protector. También entonces, en agosto de 1806, obligó al emperador Francisco a

renunciar al título de emperador alemán. El medieval "Sacro Imperio Romano de la nación alemana" fue suprimido.

Ya antes de esto, Napoleón había expulsado de Nápoles a la dinastía de los Borbones, íntimamente ligada a Austria y a Inglaterra, y colocó en el trono de este reino a su hermano José, con lo que el sur de Italia también le quedaba sometido. También en Italia consiguió Napolcón posesiones para sus dos hermanos. Además transformó la República de Batavia, ya antes de esto subordinada por completo a Francia, en el Reino de Holanda. Otro hermano de Napoleón, Luis, fue proclamado rey.

La cuarta coalición. Derrota de Prusia

La creación de la Unión Renana y las nuevas victorias de Napoleón impulsaban a los países enemigos a seguir la lucha. Alejandro I no quiso firmar la paz con Francia. Rusia e Inglaterra renovaron las negociaciones primero con Prusia y después también con Suecia. En septiembre de 1806 se formó una nueva coalición, la cuarta, contra Francia. La integraban Inglaterra, Rusia, Prusia y Suecia. A principios de octubre el rey prusiano Federico Guillermo III presentó a Napoleón un ultimátum exigiendo que las tropas francesas fuesen retiradas al otro lado del Rin. Como respuesta a esto Napoleón inició las hostilidades y ya el 14 de octubre en dos batallas simultáneas —en Jena y Auerstädt— derrotó y aniquiló al ejército prusiano. Los restos de las tropas prusianas huyeron presas de pánico, entregando sin lucha ciudades y fortalezas. A las dos semanas, Napoleón entraba en Berlín. Más tarde el poeta alemán Heine habría de escribir: "Napoleón sopló sobre Prusia y Prusia desapareció."

La derrota de Prusia, impetuosa y arrolladora, sin otro ejemplo igual en la historia, significó la victoria del régimen burgués más progresivo y más adelantado sobre el régimen feudal absoluto, al que ya le había llegado el fin. Engels, al analizar la importancia de la batalla de Jena, dice: "El nuevo modo de conducir el combate, que con Napoleón alcanzó el grado superior de perfección, sobrepasaba tanto el viejo, que este último fue derrotado definitiva e irremisiblemente después de que en Jena las filas prusianas, pesadas y de lento movimiento, en su mayor parte inservibles para la lucha en orden abierto, literalmente se derritieron bajo el fuego de los destacamentos franceses de tiradores, al cual podían contestar únicamente con el fuego de algunas secciones." [3]

Después de ocupar Prusia, Napoleón se dirigió hacia el Este, al encuentro de las tropas rusas, las cuales también esta vez tenían que enfrentarse con las fuerzas francesas prácticamente sin aliados.

El 8 de febrero de 1807, en Eylau, tuvo lugar una batalla sangrienta. La lucha fue extremadamente encarnizada, pero el resultado quedó incierto. En la batalla siguiente, la de Friedland, el 14 de junio, los ejércitos rusos fueron derrotados.

La paz de Tilsit

Después de la batalla de Friedland Alejandro I inició negociaciones con Napoleón, quien, a su vez, quería llegar a un acuerdo con Rusia. Los dos emperadores se reunieron en Tilsit y el 7 de julio suscribieron un tratado de paz y de alianza.

El tratado de Tilsit, por el que Rusia reconocía todos los cambios territoriales y políticos llevados al cabo

[3] F. Engels, *Anti-Dühring*, pág. 346.

por Napoleón en Europa y se convertía en su aliado contra Inglaterra, proporcionaba a Francia la hegemonía en Occidente. A su vez Napoleón, prometió a Alejandro I cooperar para satisfacer las pretensiones de Rusia en el Cercano Oriente.

En Tilsit Napoleón firmó también con Prusia una paz extremadamente penosa para ésta. A instancias de Alejandro I, Prusia se mantuvo como Estado independiente, pero hasta que pagase la suma estipulada las tropas francesas seguirían en su territorio. Prusia perdió las tierras de que se había apoderado en el reparto de Polonia, así como todas sus posesiones de la orilla izquierda del Elba. Con las regiones occidentales de Prusia y algunos otros Estados alemanes Napoleón formó el reino vasallo de Westfalia —con su hermano Jerónimo en el trono—, que pasó a formar parte de la Unión Renana, con las tierras polacas que habían sido de Prusia se formó el Gran Ducado de Varsovia, a la cabeza del cual Napoleón colocó a un aliado, el rey de Sajonia. Como resultado de todos estos cambios la población de Prusia disminuyó de 10 a 5 millones. El ejército prusiano fue reducido a 42 mil hombres.

El bloqueo continental

Parecía que a Napoleón le quedaba únicamente un enemigo serio, Inglaterra. Después de la muerte de Pitt el poder pasó en Inglaterra a manos de los whigs. Fox formó el llamado "ministerio de todos los talentos"; lo componían los más destacados representantes de los whigs. En su día, éstos habían criticado a Pitt por su inflexibilidad y tenían la esperanza de llegar a un acuerdo con Napoleón. Pero los intentos de Fox de conseguir una paz honrosa resultaron infructuosos. Napoleón quería colocar a Inglaterra de rodillas.

La derrota de Trafalgar privó a Francia de toda posibilidad de lucha en el mar. Pero, después de someter casi toda Europa, Napoleón enmarcó como objetivo el quebrantar a Inglaterra desde el punto de vista económico, y a este fin decidió cerrarle todos los mercados europeos.

Ya antes de Tilsit, durante su estancia en noviembre de 1806 en el Berlín ocupado, y más tarde, después de Tilsit, en diciembre de 1807, en Milán, Napoleón firmó unos decretos que declaraban el bloqueo de las islas Británicas. Se prohibía categóricamente todo comercio y toda relación con los ingleses. Todas las mercancías inglesas descubiertas en el territorio de Francia y de los países aliados debían ser confiscadas. Las medidas derivadas de los decretos de Berlín y Milán fueron denominadas "bloqueo continental".

Napoleón consideraba que al cerrarle a Inglaterra los mercados europeos la ahogaría económicamente. Pero ésta respondió con el contrabloqueo marítimo de Francia y de su aliados. Los barcos ingleses se apoderaban de buques mercantes franceses y neutrales, bloqueaban los puertos franceses y a pesar de todos los obstáculos, gracias al contrabando, introducían mercancías británicas en Europa y hasta en Francia.

Apogeo del imperio napoleónico

No obstante, el bloqueo continental, al que Napoleón obligó a adherirse a todos los países europeos, incluida Rusia, consolidó al principio la hegemonía política y económica de Francia en Europa. Después de Tilsit el poder de Napoleón se extendió prácticamente a toda Europa Occidental y Central. Emperador de Francia, rey de Italia, protector de la Unión Renana, mediador de Suiza, señor feudal de Holanda, del reino de Nápoles, del ducado de Varso-

via y de otros países vasallos, él era soberano de decenas de millones de personas, desde el sur de Italia hasta las orillas del Nieman. También se debían someter a su voluntad muchos países europeos teóricamente independientes, entre ellos Prusia, que había sido derrotada, y Austria, que había sido vencida tres veces. Napoleón estaba en el apogeo de su gloria.

Los apologistas burgueses han rodeado el nombre de Napoleón de una aureola de leyenda, presentándole como un "superhombre". Pero en Napoleón no había nada milagroso. Según indica Engels, el que "Napoleón, precisamente este corso, se convirtiese en el dictador militar que necesitaba la República Francesa agotada por la guerra, fue una casualidad. Pero si Napoleón no hubiese existido, su papel lo habría desempeñado otro. Esto lo demuestra el hecho de que siempre que un hombre así ha hecho falta ha aparecido: César, Augusto, Cromwell, etc." [4]

Napoleón sabía muy bien lo que necesitaba la burguesía, la clase que en aquella época encabezaba el desarrollo social. Por muy grande que fuese su poder personal, él, en la cumbre de su poderío, seguía siendo el representante de la joven burguesía francesa, pletórica de fuerza, el ejecutor de su voluntad.

Napoleón pudo durante cierto tiempo seguir obteniendo brillantes victorias sobre sus enemigos continentales en cierto modo, porque en Francia había un régimen social más progresivo y una organización militar más organizada. Era un Estado que luchaba contra monarquías feudales absolutas.

Napoleón era un gran jefe militar y un eminente hombre de Estado. Poseía una gran capacidad de trabajo, una voluntad de acero, era valiente y decidido. Pero en la misma medida se destacaba por su crueldad

[4] *Engels a Starkenburg*, 25 de enero de 1894, C. Marx y F. Engels, *Cartas escogidas*, pág. 471.

implacable, su ambición desenfrenada, su desprecio hacia las personas, su falta de principios en la elección de los medios, su actitud desdeñosa hacia el derecho, el humanismo, las ideas progresivas. Sin pensarlo mucho, Napoleón se decidía al derramamiento de sangre, condenando millones de hombres a las calamidades de la guerra.

La dictadura despótica policíaco-militar de Napoleón, que oprimía a la clase obrera, a los pobres de la ciudad y del campo, que había privado al pueblo francés de las libertades políticas conseguidas durante la Revolución, gozaba del total apoyo de la burguesía y de todos los elementos acomodados del país. Pero este apoyo duraría únicamente mientras las conquistas ininterrumpidas aportasen al emperador y a su ejército victoria y fama, y a la burguesía ganancias.

3. EL IMPERIO OTOMANO A PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX.

ANEXION DE TRANSCAUCASIA A RUSIA

Agudización de la situación interna en Turquía. Tentativas de reformas

A fines del siglo XVIII y principios del XIX el Imperio Otomano atravesaba una época de gran decadencia económica y política. Junto a las luchas internas feudales y a los levantamientos de los jenízaros aumentó considerablemente el movimiento liberador de los pueblos oprimidos por los turcos. Pero en la propia Turquía donde era pequeño el desarrollo de las fuerzas productivas en la agricultura y las industrias artesanas, donde la tierra estaba concentrada en manos de grandes señores feudales y de un Estado feudal, donde reinaba la forma natural de la renta de la tierra,

las viejas formas de producción seguían invariables; que según una expresión irónica de Marx, constituía "uno de los recursos misteriosos para la conservación del Imperio Turco." [5]

Ya durante la guerra ruso-turca en 1787-1791 por iniciativa de un pequeño grupo de personalidades turcas, encabezado por el sultán Selim III, se empezaron a aplicar reformas militares y económico-administrativas parciales, que trataban de reforzar el poder central y prevenir la desintegración del Estado. Considerando al ejército como el apoyo principal de la clase gobernante, los reformadores pensaban mediante la mejora del reclutamiento, de la instrucción y del mantenimiento de las tropas, reforzar el Imperio feudal militar otomano. También se llevaron a cabo algunas reformas en la organización administrativa, en las finanzas y en la propiedad agraria militar. Estas reformas fueron llamadas "nuevo sistema" (**nizam-i-dzhedid**). Objetivamente tenían cierto contenido progresivo, pues en caso de éxito podían contribuir a preparar el camino para pasar a la vía de desarrollo burgués. Pero el "nuevo sistema" se llevaba a cabo de un modo poco seguro e inconsecuente. Los resultados prácticos de las reformas eran insignificantes. Al mismo tiempo, el "nuevo sistema" despertó una gran resistencia entre los círculos influyentes de la nobleza feudal turca y del alto clero musulmán, los cuales veían en toda reforma una violación de los principios seculares del Estado y la religión. Los jenízaros se opusieron violentamente al "nuevo sistema", pues creían que la formación de nuevas tropas, disciplinadas e instruidas según el modelo europeo, tenía como fin la supresión de un cuerpo privilegiado. Además, las reformas militares y administrativas requerían nuevos gastos, y fueron la causa de que los

[5] C. Marx, *El capital*, t. I, pág. 148.

campesinos y elementos urbanos fuesen sometidos a nuevos impuestos, lo cual provocó el descontento de las grandes masas populares. Todo esto, en resumidas cuentas, fue la causa del fracaso de las reformas.

El gobierno no pudo someter al pachá de Vidin, Osmán Pazvandogla, que se pronunció abiertamente contra las reformas, a Alí, pachá de Janina, así como a otros gobernantes semiautónomos de los Balcanes, Asia Menor y otras regiones del extenso Imperio. Aún menos podían impedir estas reformas la lucha nacional liberadora de los pueblos oprimidos, y ante todo de los pueblos de la península Balcánica.

El levantamiento nacional liberador de Servia

El desarrollo de las relaciones comerciales-monetarias, la adaptación de la hacienda señorial a las nuevas condiciones, así como el proceso de formación de la nación servia, que había empezado, se acompañaban de la agudización de las contradicciones sociales y nacionales en el país. Sobre todo eran irreconciliables las contradicciones entre los terratenientes turcos y servios que seguían las costumbres turcas, por un lado, y los campesinos servios, por otro.

A principios del siglo XIX el pashaluk de Belgrado era el más desarrollado económicamente. El gobierno del sultán se vio obligado a otorgar a este territorio en 1793-1796 algunos derechos autónomos. No obstante, en 1801 los jenízaros establecieron en Servia el poder y empezaron a saquear a la población.

En febrero de 1804 en el pashaluk de Belgrado se desencadenó un levantamiento. Los campesinos servios, dirigidos por Karadjordji, que había salido del medio campesino, se levantaron contra los jenízaros. Pronto el levantamiento se transformó en una lucha nacional liberadora contra el dominio turco. La fuer-

za fundamental de esta lucha liberadora nacional antifeudal, eran las grandes masas campesinas. Los dirigentes del levantamiento eran los representantes de la autonomía local, los knezi, portavoces de los intereses de la parte acomodada campesina.

Como resultado de una tenaz lucha los servios expulsaron a los jenízaros de su país. Pronto obtuvieron ayuda militar directa de Rusia (durante la guerra ruso-turca de 1806-1812) y fueron el primer pueblo de la península Balcánica que tuvo una verdadera independencia.

Situación en Egipto. Elevación de Mohamed Alí

La lucha del pueblo egipcio contra la ocupación francesa, iniciada a fines del siglo XVIII y principios del XIX, se combinaba con el movimiento por la obtención de la independencia. Después de la evacuación en 1801 de las tropas francesas, empezaron las discordancias en el campo de los vencedores, entre los ingleses, los turcos y los mamelucos. En 1803, bajo la presión de Francia y de otras potencias, las tropas inglesas se retiraron de Egipto. Mas pese a las cláusulas del tratado de Amiens, que devolvía Egipto al sultán turco, los ingleses intentaron entregarle el poder a una agrupación de mamelucos, pues suponían que con su ayuda conservarían sus posiciones en ese país. Francia, que no había renunciado a sus planes en lo que se refiere a Egipto, se apoyaba a su vez en otros jefes militares mamelucos.

Desde 1802 hasta 1804 entre Turquía y los beys mamelucos no cesó la lucha por el poder. En mayo de 1803 en El Cairo se estableció la dominación de los mamelucos, a los cuales les prestó ayuda un destacamento albanés que antes había formado parte del ejército turco, dirigido por un hombre enérgico y emprendedor, Mohamed Alí.

Los mamelucos intentaron restablecer en el país el orden antiguo, empezaron a oprimir y saquear la población, a gravarle con impuestos. Como respuesta a esto los habitantes de El Cario, en 1804, organizaron un levantamiento. Mohamed Alí, que con su destacamento acaudilló la lucha de la población de El Cairo, contribuyó al éxito. Los rebeldes destruyeron el palacio del bey Osman Bardisi y arrojaron a los mamelucos de la ciudad.

Apoyándose en este movimiento de masas, Mohamed Alí defendió durante cuatro meses El Cairo asediado por los mamelucos, y más tarde expulsó a éstos al Alto Egipto. En 1805 fue elegido por los jeques de El Cairo y más tarde reconocido oficialmente por el gobierno turco como pachá de Egipto (gobernador representante dèl sultán).

La guerra ruso-turca de 1806-1812. La paz de Bucarest

En 1806 Napoleón, que deseaba debilitar las posiciones de Rusia en el Cercano Oriente y desviar sus fuerzas armadas de la guerra en Europa, se aprovechó del aumento de la tensión en las relaciones ruso-turcas y empujó a Turquía a una guerra contra Rusia. L.a guerra fue declarada a fines de 1806, pero por las condiciones que entonces reinaban no se produjeron hostilidades en el frente ruso-turco durante el invierno. Inglaterra, que era aliada de Rusia, intentó aprovechar la situación para someter a Turquía a su influencia, y si era posible para apoderarse de Constantinopla y de los estrechos. A este fin, una escuadra inglesa cruzó los Dardanelos y penetró en el mar de Mármara. Los ingleses exigieron del sultán la renuncia a la orientación francesa y la entrega de las fortalezas de los Dardanelos.

Los turcos se negaron a satisfacer las pretensiones inglesas. Con ayuda del embajador francés en Constantinopla, general Sebastiani, prepararon para el combate las fortificaciones costeras. El almirante inglés se vio obligado, para evitar una total derrota, a retirarse rápidamente; al atravesar nuevamente el estrecho de los Dardanelos la flota inglesa sufrió graves pérdidas por el fuego de las baterías turcas. Después de esto, en marzo de 1807, la escuadra inglesa se dirigió hacia las costas de Egipto. Los ingleses desembarcaron en Alejandría, pero pronto fueron derrotados por las tropas egipcias al mando de Mohamed Alí y expulsados del país.

Entre tanto, el ejército turco con el gran visir al frente, se dirigió en la primavera de 1807 de Constantinopla a los principados del Danubio. Desde el comienzo de las hostilidades los turcos sufrieron derrota tras derrota. Al mismo tiempo, en el mar Egeo la flota turca fue destruida por el almirante Seniavin. Aprovechándose de los fracasos del gobierno y de que los partidarios de las reformas no tenían un fuerte apoyo en la capital, los círculos reaccionarios organizaron un levantamiento contra Selim III. Selim III fue derrocado y ejecutados muchos partidarios de las reformas. El poder pasó al nuevo sultán, Mustafá IV, el cual se apresuró a prometer que seguiría rigurosamente las "antiguas costumbres" del Estado turco, e inmediatamente abolió la reforma militar y, en general, todo el "nuevo sistema".

Los partidarios del "nuevo sistema" que habían sobrevivido se reunieron en Ruschuk (ahora la ciudad búlgara de Ruse) en torno al pachá local Mustafá Bairactar, que poseía grandes recursos materiales y militares. Allí crearon una organización política secreta. "Los amigos de Ruschuk", cuyo objetivo era el retorno de Selim III al poder y la reanudación de las reformas. En julio de 1808, Bairactar y sus parti-

darios entraron en Estambul con un ejército numeroso y derrocaron a Mustafá IV. Pero, como a este último le dio tiempo de matar antes a Selim III, los "amigos de Ruschuk" tuvieron que colocar en el trono al heredero de turno (bajo el nombre de Mohamed II). Mustafá Bairactar se convirtió en el gran visir, los demás "amigos de Ruschuk" también ocuparon puestos gubernamentales. Tenían la intención de seguir la actividad reformadora. Pero, al no recibir apoyo de los círculos feudales, separados de las grandes masas, los "amigos de Ruschuk" se mantuvieron en el poder sólo tres meses y fueron barridos por una nueva revuelta de los jenízaros.

Después del tratado de Tilsit el mando ruso del Danubio firmó con Turquía un armisticio, comprometiéndose a retirar sus tropas de Moldavia y Valaquia. Aunque Alejandro I se negó a ratificar las condiciones del armisticio, las hostilidades cesaron prácticamente.

En 1809 la guerra ruso-turca se reanudó. Al principio, la acción militar era escasa, pues en vista de la tensa situación de Europa, Rusia no podía oponerle a Turquía un número suficiente de tropas y garantizar su abastecimiento. Pero en 1811, después de haber sido nombrado Kutúzov comandante en jefe del frente del Danubio, los turcos sufrieron una derrota aniquiladora. En 1812 fue suscrito en Bucarest el tratado de paz, que en este momento tenía una importancia especial para Rusia, pues ante ella ya se presentaba con claridad la amenaza de la invasión francesa. Según las cláusulas del tratado de Bucarest, Besarabia con sus fortalezas fue anexionada a Rusia. La frontera ruso-turca se estableció siguiendo el río Prut. Moldavia y Valaquia volvían a ser patrimonio feudal del sultán, pero obtuvieron privilegios especiales. El sultán se comprometió a otorgar a los servios la autonomía.

Incorporación de Transcaucasia a Rusia

La desintegración del Irán después de la muerte de Nadir-sha modificó considerablemente la situación política en Transcaucasia. La dependencia de los khanatos de Transcaucasia del Irán en la segunda mitad del siglo XVIII se hizo puramente nominal. Los reinos georgianos de Kartli y Kajetia también lograron su independencia y formaron un reino único. Georgia Occidental, que se encontraba bajo la influencia de Turquía, seguía dividida en una serie de estados feudales: Imeretia, Megrelia y Guria.

En los khanatos de Transcaucasia reinaban las viejas leyes feudales y la economía natural. Los campesinos estaban sometidos a penosas cargas feudales. Las formas fundamentales de la renta feudal eran el tributo en especie y el pago en trabajo. La arbitrariedad de los señores feudales y la división feudal se reflejaban nocivamente en el desarrollo del comercio y de las industrias artesanas, que conservaban un carácter medieval.

En el reino de Kartli-Kajetia el régimen feudal paralizaba el desarrollo de las fuerzas productivas. Los campesinos en masa abandonaban las aldeas. Los intentos del rey Iraklio II de reducir algo la explotación de los campesinos, para prevenir la ruina definitiva de estos productores fundamentales y pagadores de impuestos, así como las medidas que se tomaban para el desarrollo del comercio y de la industria, no produjeron los resultados apetecidos. Los grandes señores feudales, los tavados, se oponían también a la creación de un ejército regular y a la centralización del sistema de gobierno. En Transcaucasia no cesaban las luchas feudales, las guerras intestinas. Los khanes y otros señores feudales atacaban las propiedades de sus vecinos para apoderare del botín y llevarse a los habitantes, continuamente estaban en guerra entre sí.

También los señores feudales del Draguestán hacían incesantes incursiones en Transcaucasia.

En estas condiciones, el reino de Kartli-Kajetia y los khanatos de Transcaucasia no podían defenderse de la agresión del Irán, cuya potencia había aumentado nuevamente a fines del siglo XVIII, y de Turquía, que intentaba no sólo conservar la Georgia Occidental, sino también someter la parte oriental de Transcaucasia. El único país que podía ayudar a los pueblos de Transcaucasia en su lucha contra Irán y Turquía, era Rusia. A ella se dirigían pidiendo apoyo los representantes de las clases dirigentes (entre ellos los representantes del clero y de la burguesía comercial, que eran activos defensores de la incorporación de Transcaucasia a Rusia) y los gobernantes locales (los reyes georgianos y los khanes azerbaidzhanos), los cuales en su mayoría también preferían el poder de Rusia a la dominación iraní y turca.

En 1783 Iraclio II firmó un tratado según el cual el reino de Kartli-Kajetia quedaba bajo el protectorado ruso. Muchos khanes transcaucasianos anunciaron también su decisión de acogerse a la protección de Rusia. Dos batallones de tropas rusas entraron en Georgia Oriental. Ya entonces el gobierno zarista proyectaba anexionar al imperio ruso las regiones limítrofes del Caspio y crear en el territorio restante de Transcaucasia tres Estados vasallos dependientes de Rusia: Georgia, Armenia y Albania (Azerbaidzhan). Pero la situación internacional y, en particular, la guerra con Turquía, que empezó en 1787, obligaron al gobierno zarista a renunciar temporalmente a estos planes y hasta a retirar las tropas rusas de Georgia.

Entre tanto, las prolongadas luchas internas en el Irán terminaron a fines del siglo XVIII con la victoria del jefe de la tribu de los kadzhares Aga-Mohamed-khan. Este último logró en 1794 someter a casi todo el Irán.

En el verano de 1795 Aga-Mohamed-khan al frente de 50 mil hombres invadió Transcaucasia. Una parte de sus tropas se dirigió hacia el khanato de Ereván, otra hacia la estepa de Mugán; él, con el grueso de las fuerzas, penetró a través de Karabaj y el khanato de Guiandzhín en Georgia y se apoderó de Tbilisi. La capital de Georgia fue destruida e incendiada. Los habitantes de la ciudad fueron muertos o hechos prisioneros.

En 1796, como respuesta a la invasión iraní, las tropas rusas emprendieron una victoriosa campaña en Transcaucasia. Después de la muerte de Catalina II. fueron retiradas, pero ya a fines de 1799 entraron nuevamente al orden del día.

Los círculos dirigentes de la Rusia zarista deseaban anexionarse Transcaucasia a causa de sus intereses económicos y políticos. El zarismo se planteaba objetivos colonizadores. Pero en aquella situación para los pueblos de Transcaucasia la incorporación a Rusia era la única posibilidad de evitar la dominación iraní y turca, y por esto respondía a sus intereses.

El gobierno zarista realizó la anexión de Transcaucasia fundamentalmente durante los primeros años del nuevo siglo, en parte antes y en parte durante las guerras de Rusia con Irán (1804-1813) y con Turquía (1806-1812). A principios de 1801 se anunció la incorporación del reino de Kartli-Kajetia al Imperio ruso. En 1803 Megrelia se incorporó a Rusia, al año siiguiente Imeretia y Guria, en 1804 también el khanato de Giandzhin y la región de Dzharo-Belokan fueron anexionados al territorio ruso, en 1805 los khanatos de Karabaj, de Shekín y de Shirván y el territorio de Shirak, en 1806 los khanatos de Derbent, de Kubín y de Bakú. Aún antes se convirtió en protectorado ruso el khanato de Talish. En 1810 fue anexionada Abjasia. De este modo, durante un corto tiempo casi toda Transcaucasia pasó al Imperio ruso, a excepción del

pashalak de Ajaetaij y de algunas zonas del mar Negro que estaban bajo el poder de Turquía, así como los khanatos de Ereván y de Najcheván, que seguían bajo el dominio del Irán.

Esta anexión tan rápida de Transcaucasia fue posible por la actitud favorable hacia Rusia de las más amplias masas de la población y por no tropezar con una resistencia considerable de los señores feudales. Unicamente el khan de Giandzhín, Dzhavad, desde mucho antes unido al Irán, luchó frente a las tropas rusas. Otros khanes, que también eran hostiles a Rusia, como el jeque Alí-khan de Kubín y Huseín-Kuli-khan de Bakú, tuvieron que abandonar sus posesiones, y las tropas rusas no encontraron la menor resistencia.

La guerra ruso-iraní de 1804-1813

Irán se opuso activamente a la incorporación de Transcaucasia a Rusia; en su lucha contra ésta se valía tanto de la ayuda de Francia, como de Inglaterra. Estas dos potencias tenían un objetivo común: no permitir el reforzamiento de Rusia en Oriente. Pero, como trataban de establecer allí su propio predominio, luchaban encarnizadamente no sólo con Rusia, sino también entre sí.

En 1801, en el momento de la incorporación de Georgia a Rusia, Inglaterra logró firmar con Irán dos tratados, uno político y otro comercial. Irán se convertía en aliado de Inglaterra y se comprometía a no mantener ninguna relación con los franceses. A los ingleses se les otorgaban privilegios políticos y económicos equivalentes a una capitulación.

El tratado anglo-iraní estaba dirigido tanto contra Francia como contra Rusia. Contando con la ayuda de los ingleses, el sha del Irán Fath Alí (que en 1797 sucedió a Aga Mohamed, asesinado por sus alle-

gados durante su segunda incursión a Transcaucasia) se decidió en 1804 a la guerra con Rusia. Desde el principio, los ingleses proporcionaban al Irán armamento a través de la Compañía de las Indias Orientales. Pero para entonces las victorias de Francia en Europa y el aumento extraordinario de su poderío movieron a Fath Alí a establecer relaciones con Napoleón, quien le había ofrecido una gran ayuda militar contra los rusos. En mayo de 1807 fue inscrito un convenio entre Francia e Irán, por el que Napoleón reconocía que Georgia "pertenecía legalmente" al sha y se comprometía a obligar a los rusos a abandonar Transcaucasia. A Irán fue enviada una misión francesa dirigida por el general Gardane. Aunque llegó a Teherán después de la firma del tratado ruso-francés de Tilsut, desarrolló una gran actividad, no sólo contra Inglaterra sino también contra Rusia. Al mismo tiempo, Gardane impuso al Irán un tratado comercial leonino.

El predominio francés en el Irán resultó de muy poca duración. En 1809 los ingleses lograron firmar un nuevo tratado y expulsar de allí a los franceses. Inglaterra empezó a pagar al sha un subsidio militar anual de 200 mil tomanes para la guerra contra Rusia. En 1810 los ingleses empezaron de nuevo a gran escala el suministro de armas al Irán. Los numerosos oficiales ingleses que llegaron allí no sólo continuaron la instrucción de las tropas iraníes, iniciadas por los franceses, sino que intervinieron directamente en las hostilidades contra Rusia. La diplomacia inglesa hacía fracasar sistemáticamente las negociaciones de paz que de vez en cuando se establecían entre Rusia y el Irán e intentaba que éste firmase un tratado con Turquía dirigido contra Rusia.

Pero la ayuda de los ingleses no podía mejorar sensiblemente el estado de las fuerzas armadas del Irán y evitar su derrota. Además, al lado de Rusia lucha-

ban activamente los pueblos de Transcaucasia. Muchos georgianos y armenios combatían en las filas de las tropas rusas. Dentro del ejército ruso había destacamentos azerbaidzhanos y armenios, cuyos méritos militares fueron en repetidas ocasiones señalados por el mando ruso. La población local oponía una resistencia encarnizada a los iraníes. En 1805 la población del distrito de Kazaj expulsó a los destacamentos iraníes que lo habían invadido. También los habitantes de Karabah, azerbaidzhanos y armenios, resistieron valientemente a las incursiones repetidas de las tropas iranesas.

En octubre de 1812, en la batalla de Aslanduz, las tropas rusas derrotaron al ejército del heredero de la corona iraní, Abbás Mirza, y poco tiempo después se apoderaban del fuerte de Lenkoran. El gobierno de sha se vio obligado a renovar las negociaciones de paz con Rusia. Según el tratado de paz de Gulistán, firmado en 1813, Irán reconocía la incorporación de la parte principal de Transcaucasia a Rusia, pero conservaba bajo su dominio los khanatos de Ereván y Najcheván. Unicamente Rusia podía mantener una flota en el mar Caspio. Los comerciantes de ambos lados podían traficar sin obstáculos, pagando un derecho de entrada no mayor del 5% del costo de las mercancías.

4. COMIENZO DE LA LUCHA LIBERADORA DE LOS PUEBLOS DE EUROPA CONTRA LA FRANCIA NAPOLEONICA

Aumento de las contradicciones dentro del Imperio napoleónico

El Imperio napoleónico parecía poderoso e invencible. En realidad, sus bases ya no eran sólidas; estaba sufriendo una crisis interna.

Las guerras de Napoleón eran unas guerras invasoras. Saqueaba y arruinaba los países conquistados, esclavizaba los Estados y los pueblos vencidos. Lo que entraba en juego con el predominio político-militar, comercial e industrial de Francia en Europa. Establecía en los países dependientes y semidependientes unas tarifas aduaneras ventajosas para Francia y sacaba de ellos materias primas industriales, recursos monetarios y otros valores materiales. Las guerras se transformaron en una fuente constante de ganancias para el Gobierno napoleónico, para los grandes financieros y los abastecedores militares, para los mariscales y generales.

Es verdad que las guerras de Napoleón desde un punto de vista objetivo contribuían al quebrantamiento de las bases del orden feudal en Europa. Cuando bajo los golpes de las tropas francesas se derrumbaba el "Sacro Imperio Romano" medieval, cuando Napoleón suprimía decenas de pequeños Estados feudales de Alemania, contribuyendo de este modo a la disminución de su división política, y en los países conquistados implantaba en vez de las leyes feudales el Código Civil burgués, desde un punto de vista objetivo, esta acción era históricamente progresiva, pues asestaba un golpe al feudalismo caduco y abría el camino a unas relaciones nuevas capitalistas.

Pero Napoleón esclavizaba países enteros y condenaba a las masas populares de los países vencidos a una doble opresión, el de los conquistadores franceses y el de sus "propios" explotadores; y como su dominación empezó a amenazar a la existencia nacional de muchos pueblos, contra Napoleón se levantó un movimiento liberador nacional, que contribuía a la destrucción del imperio napoleónico.

Lenin indica: "Las guerras de la Gran Revolución Francesa empezaron como nacionales y lo eran. Estas guerras eran revolucionarias: la defensa de la Gran

Revolución contra la coalición de las monarquías contrarrevolucionarias. Pero cuando Napoleón creó el Imperio francés esclavizando una serie de Estados nacionales europeos, viables, grandes, formados hacía mucho, entonces de guerras nacionales francesas se convirtieron en imperialistas, que **a su vez** crearon las guerras nacionales liberadoras **contra** el imperialismo de Napoleón." [6]

El levantamiento de España

El primero en levantarse contra yugo napoleónico fue el pueblo español.

En 1807 empeoraron las relaciones entre Francia y Portugal. Este país que dependía económicamente de Inglaterra, se negó a unirse al bloqueo continental. Como respuesta a esto, Napoleón firmó un pacto con el jefe del Gobierno español, Godoy, que preveía la ocupación de Portugal. En 1807 las tropas francesas, junto con las españolas, cruzaron sus fronteras y lo invadieron. Pero también en España quedaron tropas francesas que habían entrado con el pretexto de la guerra contra Portugal.

En abril de 1808 en España se produjo un golpe de Estado. En vez de Carlos IV, el monarca destronado, fue proclamado rey su hijo Fernando VII. Aprovechando la situación, Napoleón, atrajo con engaños a Francia (Bayona) a Carlos IV y Fernando VII, y obligó a los dos a abdicar del trono. A continuación proclamó rey de España a su hermano José, que hasta entonces había reinado en Nápoles, país que ahora entregó a su cuñado, el mariscal Murat.

Acostumbrado durante sus conquistas a no encontrar resistencia alguna, esta vez Napoleón se equi-

[6] **V. I. Lenin, "Sobre el folleto de Junius", *Obras*, t. 22, pág. 295.**

vocó totalmente. Las masas populares en España iniciaron la lucha por su libertad y su independencia. En mayo de 1808, en Madrid, se produjo un levantamiento. Fue duramente reprimido, pero pronto, por todo el país, empezó una guerra de guerrillas contra los invasores extranjeros.

En julio de 1808 un ejército francés de 20 mil hombres fue rodeado por los guerrilleros españoles y después de infructuosos intentos de romper el cerco capituló en Bailén. La catástrofe de Bailén causó enorme impresión en Europa: un ejército francés, que se consideraba "invencible", se había rendido a unos destacamentos de guerrilleros.

También en Portugal se produjo un levantamiento nacional liberador contra los franceses. En Oporto fue creado un Gobierno provisional. Tropas inglesas desembarcaron en ayuda de los sublevados. Después de una breve lucha, en agosto de 1808 las tropas francesas fueron expulsadas del país.

La entrevista de Erfurt

La situación en España se había complicado tanto que para su conquista era indispensable la intervención del grueso de las fuerzas del ejército francés. Pero Napoleón tenía motivos para temer, que si el "gran ejército" traspasaba los Pirineos, sus enemigos europeos, y en primer lugar Austria, se levantarían contra él. Unicamente Rusia podía contener a Austria.

En la esperanza de conseguir de Rusia un apoyo activo contra Austria, Napoleón propuso a Alejandro I una nueva entrevista. Esta tuvo lugar a finales de septiembre de 1808, en Erfurt. El zar accedió a ella con notoria desgana. Estaba irritado con la política de Napoleón en Polonia y en Prusia, así como en Oriente. La entrevista de Erfurt duró más de dos

semanas, pero se redujo a una ostentosa manifestación de buenas relaciones entre Francia y Rusia. En estas negociaciones Napoleón no obtuvo éxito: Alejandro I se negó a ejercer una presión activa sobre Austria.

En Erfurt Alejandro I se entrevistó con Talleyrand, quien dio a entender al zar que la política de Napoleón no gozaba de un apoyo unánime en Francia. El astuto y falso Talleyrand se apresuraba a guardarse las espaldas ante la eventualidad de un fracaso de Napoleón. El aventurerismo irrefrenable de éste empezaba a infundir temores a sus colaboradores más cercanos. "El emperador está loco, totalmente loco —decía en el mismo año de 1808 el ministro de Marina Decrès—; se va a perder él y nos va a perder a todos nosotros."

Lucha del pueblo español por la independencia. La Constitución de 1812

En noviembre de 1808 Napoleón, al frente de un gran ejército, invadió España. Cruzó el país aniquilando y destruyendo todo en su camino. Pero en enero de 1809 se vio obligado a volver a Francia sin haber podido sofocar el movimiento liberador. El fuego de la guerra popular liberadora en España era cada vez más fuerte. Los guerrilleros se ocultaban en las montañas y en cuanto las tropas de ocupación se retiraban, renovaban sus ataques contra las guarniciones francesas. La firmeza con que luchaban los campesinos y artesanos españoles se puso sobre todo de relieve en la defensa de Zaragoza, que duró casi medio año.

La guerra contra los invasores franceses se combinaba con la lucha revolucionaria por la modificación del régimen social y estatal de España. En realidad, en España tenía lugar una revolución burguesa. Las

Cortes se reunieron en 1810, en territorio liberado de los invasores. Entre los diputados elegidos predominaban los representantes de la burguesía y la nobleza liberal. En marzo de 1812 las Cortes adoptaron la primera Constitución de España. Limitaba el poder del rey con una Cámara electiva y abolía vestigios del Medievo, tales como la Inquisición, las aduanas interiores, el diezmo de la Iglesia y algunos privilegios feudales de la nobleza. Pero la tierra seguía en manos de los terratenientes y de la Iglesia. El atraso económico y político de España, la extremada particularidad y el aislamiento de sus provincias, la debilidad de la burguesía española y la fuerza de los prejuicios religiosos y monárquicos en el campo, se reflejaron en el curso de la primera revolución burguesa española.

El levantamiento de España —principio de los movimientos nacionales liberadores de Europa contra lo dominación francesa— asestó un rudo golpe al Imperio napoleónico. En España quedaron paralizados cerca de 300 mil soldados franceses, lo mejor de sus tropas, lo que debilitaba considerablemente el poderío militar de Francia.

Italia bajo el dominio de Napoleón

Toda Italia (a excepción de Cerdeña y Sicilia) se encontraba en la práctica bajo el dominio de Napoleón. Este era señor feudal del Reino de Italia que incluía Lombardía, la región de Venecia y algunos otros territorios en el norte del país. También el reino de Nápoles estaba sometido a él. Los demás territorios de Italia habían sido incorporados directamente al Imperio francés.

Las autoridades francesas realizaron en Italia algunas reformas: abolieron las barreras aduaneras interiores, que dificultaban el desarrollo del comercio,

confiscaron y vendieron parte de las tierras de los monasterios e introdujeron la legislación burguesa francesa. Pero su política económica se oponía al desarrollo industrial independiente de Italia. Esta debía exportar toda su seda cruda a Francia. Estaba prohibida la importación de maquinaria. El bloqueo continental perjudicaba el comercio marítimo italiano y produjo el decaimiento de Génova, Ancona, Liorna y otros puertos de Italia, provocando la reducción de la famosa industria del vidrio de Venecia y de alguna otra. Los enormes impuestos que percibían las autoridades francesas arruinaban el país. Todo esto producía un gran descontento.

En 1809 fue abolido en Roma el poder del Papa, que fue llevado como prisionero a Francia. La ciudad fue ocupada por las tropas francesas. La abolición del poder temporal del Papa era en sí un acto progresivo. pero la ocupación de Roma por las tropas francesas indignó justamente a los italianos.

En Italia se estaba preparando el movimiento contra los invasores extranjeros. Los patriotas, decepcionados por los resultados del dominio napoleónico, ya en 1807 crearon en el sur del país una sociedad secreta (los **carbonarios**), que inició la lucha por la liberación nacional.

Alemania después de Tilsit

Lenin dice que para Alemania "la paz de Tilsit fue una tremenda humillación"...[7] En el reino de Westfalia y en otros Estados alemanes vasallos los franceses establecieron prácticamente un régimen de ocupación. En el aparato estatal imperaban los funcionarios

[7] V. I. Lenin, "El problema fundamental de nuestros días", *Obras*, t. 27, pág. 136.

franceses; el francés fue declarado idioma obligatorio en la administración y en los tribunales. En sólo cuatro años los países alemanes pagaron a Francia cerca de 725 millones de marcos. A esto se añadían las dificultades económicas como resultado del bloqueo continental y la disminución de las relaciones comerciales con Inglaterra, aunque en algunas zonas de Alemania (Sajonia, la región del Rin, Silesia) la prohibición de importar artículos ingleses contribuía al desarrollo de la industria local.

Entre el pueblo alemán crecía el espíritu antifrancés. Este no podía disminuir mucho con las escasas reformas progresivas realizadas durante la dominación francesa en los Estados alemanes que integraban la Unión Renana: confiscación y venta de las haciendas de los monasterios, abolición de una serie de privilegios de la nobleza, supresión de los castigos corporales en el ejército, etcétera.

Las reformas en Prusia

Después de la derrota sin precedentes de 1806 los círculos gobernantes de Prusia se vieron obligados a seguir el camino de reformas parciales. Uno de los dirigentes del grupo de los nobles reformadores era Stein, que estuvo a la cabeza del Gobierno prusiano cerca de un año, pero fue destituido por Federico Guillermo III bajo la presión de Napoleón. Las reformas de Stein las continuó su sucesor Hardenberg.

En 1807 se promulgó un decreto que abolía en Prusia la dependencia feudal de los campesinos. Según otro decreto de 1811, se permitía a los campesinos el rescate de las obligaciones feudales, ya pagando una suma equivalente a un valor veinticinco veces mayor que las cargas anuales, ya cediendo al terrateniente de un tercio a la mitad del terreno.

Las reformas agrarias de 1807-1811 no debilitaron la situación económica de los junkers. Las condiciones del rescate eran extraordinariamente difíciles y desventajosas para los campesinos. De todos modos, abrieron el camino para el desarrollo del capitalismo en la agricultura. Según indica Lenin, un rasgo característico de este original camino "prusiano" es la transformación gradual de la hacienda del terrateniente de feudal en capitalista dejando sin tierra a los que habían sido siervos y transformándolos en obreros agrarios, al mismo tiempo que el poder y los beneficios seguían en manos de los junkers.

Durante esos mismos años fue reorganizado el ejército: se formó un Estado Mayor General, se fundó una Academia militar, fueron abolidos los castigos corporales de los soldados y creada la milicia civil o "landwehr". Entre los hombres más eminentes de esta reforma estaban Scharnhorst y Gneisenau.

En Prusia, al igual que en otras partes de Alemania, crecía el movimiento liberador contra la dominación francesa. La política de Napoleón apartó de Francia incluso a aquellos que durante largo tiempo habían defendido las ideas de la Revolución. Fichte, que en 1799 consideraba la República francesa su patria, en 1807-1808 hizo publicar su "Discursos a la nación alemana", que contenían un llamamiento apasionado a la lucha por la liberación del país.

En 1808 un grupo de banqueros, estudiantes y oficiales de ideas progresivas fundaron en Koenisberg una sociedad patriótica secreta, el "Tugendbund" ("Alianza de la virtud"); se proponía la supresión de las relaciones feudales, la instauración de un régimen constitucional, el renacimiento nacional de Alemania y su liberación de la dominación extranjera.

La guerra de 1809 y el movimiento de liberación nacional en Austria y Alemania

En la primavera de 1809 Austria, alentada por los fracasos del ejército francés en España, empezó una nueva guerra contra Francia. Se formó la quinta coalición antifrancesa, integrada por Inglaterra y Austria. Rusia, que formalmente era aliada de Francia, se negó a una ayuda activa a Napoleón, limitándose a concentrar tropas en Galitzia, cerca de la frontera austríaca. Las hostilidades se iniciaron en un momento en que el grueso de las fuerzas del ejército francés estaba aún volviendo de España. Pero el mando austríaco no supo aprovechar esta ventaja. El 13 de mayo de 1809 las tropas de Napoleón entraron en Viena y el 5-6 de julio derrotaron el ejército austríaco en Wagram. La Austria feudal y absolutista mostró otra vez su incapacidad para hacer frente a la Francia burguesa, aunque esta vez Napoleón había conseguido la victoria con un esfuerzo mucho mayor que antes.

En octubre de 1809 fue suscrita en Viena la paz; Austria cedía a Francia y a países de ella dependientes, territorios con una población de más de tres millones y medio de habitantes. Napoleón entregó Galitzia al Ducado de Varsovia. La Francia napoleónica se quedó con Trieste, Ragusa (Dubrovnik), Croacia y otros territorios, que formaron con Dalmacia las llamadas provincias de Iliria del Imperio francés.

Durante los dos años siguientes, Napoleón anexionó a su imperio Holanda y los territorios alemanes del Norte con Bremen, Hamburgo y Lübeck.

En el curso de la guerra de 1809 Napoleón trozó nuevamente con esa terrible fuerza, nueva para él, que ya se había manifestado en España: con la lucha nacional liberadora de las masas populares. En abril de 1809 empezó un levantamiento de los campesinos del Tirol bajo la dirección del posadero An-

drés Hofer y del campesino Schnekbächer. Los guerrilleros del Tirol asestaron graves golpes a las tropas francesas. Casi al mismo tiempo se produjeron levantamientos en Prusia, Westfalia, Brunswick y Sajonia. El comandante Katt, el coronel Dernberg, el comandante Schill y algunos otros organizaron destacamentos armados y, apoyándose en la población local, iniciaron una guerra de guerrillas contra los franceses. Estos invirtieron muchos esfuerzos y tiempo para sofocar los levantamientos. Los campesinos del Tirol fueron los que lucharon con mayor tenacidad. Unicamente a fines de 1809 terminó su lucha. El jefe de los sublevados tiroleses, Hofer, fue ejecutado.

La política de Napoleón en Polonia

Algunos políticos polacos consideraban la creación del Gran Ducado de Varsovia como un paso hacia el restablecimiento de la independencia del país. En realidad, la política de Napoleón en Polonia era una política interesada, determinada únicamente por los intereses de su Imperio. Napoleón atribuía una importancia fundamental a la formación de legiones polacas, que él empleó en sus guerras de conquista, particularmente en España. "Sólo piensa en sí mismo —decía de la política polaca de Napoleón, T. Kosciuszko; quien rehusó categóricamente la proposición de Napoleón de mandar una de las legiones—. Desprecia cualquier nacionalidad grande y, todavía más, el espíritu de independencia. Es un tirano."

Crisis del bloqueo continental

Las dificultades del Imperio napoleónico en relación con el movimiento liberador nacional en los países sometidos de Europa, se acrecentaron al empeorar la situación económica de la propia Francia.

Las enormes conquistas de Napoleón y el bloqueo continental abrieron a la industria francesa amplios mercados. Pero ésta necesitaba algunas materias primas que llegaban únicamente de Inglaterra o de sus colonias (algodón, tintes, etc.), y muchos artículos de la industria inglesa (sobre todo paños). Como resultado del bloqueo inglés disminuyó considerablemente la entrada en Francia de los productos coloniales, entre ellos artículos de primera necesidad, tales como el azúcar y el café. Algunas ramas de la industria francesa, sobre todo la del tejido de seda, se vieron privadas del mercado de venta inglés, el más importante para ellas. En la misma situación se encontró la vinicultura. Los precios de la uva y del vino bajaron mucho, con el consiguiente perjuicio para grandes capas de campesinos franceses.

La intención de Napoleón de cerrarle al comercio inglés todo el continente europeo, fracasó. Las mercancías inglesas penetraban en el continente a través de la península Ibérica, de los Balcanes y de la costa norte de Alemania. Se desarrolló mucho el contrabando, a pesar de que se castigaba con largas penas de prisión y hasta con la muerte.

Las guerras continúas hacían que en Francia creciesen los impuestos, obligaban a reorganizar toda la economía con arreglo a las necesidades militares. En 1810 y 1811, cuando el Imperio Napoleónico parecía haber alcanzado la cima del poderío, la industria francesa atravesó una gran crisis provocada por la insuficiencia y carestía del algodón, así como por la ruina de los países europeos que eran los consumidores principales de los artículos franceses. En los círculos burgueses de Francia, se revelaban síntomas de descontento con la política de Napoleón. También empezaban a quejarse los campesinos, que sufrían grandes impuestos y continuas levas para el ejército.

Napoleón se vio obligado a introducir un sistema

de licencias, que permitía la importación y exportación de mercancías a Inglaterra para mitigar la situación de los vinicultores franceses y de la industria de la seda de Lyon, muy afectados por la crisis. Las licencias permitían exportar a Inglaterra seda y vino y, a cambio, importar azúcar. Pero Napoleón consideraba esta medida únicamente como una concesión provisional. En marzo de 1811 declaró ante una delegación de industriales: "El continente será cerrado a la importación inglesa; yo sigo armado de pies a cabeza para llevar a cabo mis decretos." Napoleón, como antes, estaba firmemente convencido de que también en el futuro podría seguir esta política.

Un gran obstáculo para el establecimiento de la dominación universal de Francia era Rusia que ocupaba una posición independiente. Napoleón llegó a la conclusión de que la realización de sus planes sólo sería posible después de infligir a Rusia una derrota militar decisiva. Estaba convencido de que la derrota de Rusia haría también desesperada la situación del principal enemigo de Francia, Inglaterra, que se vería obligada a capitular.

Convencido de esto, Napoleón inició una acelerada preparación estratégica y diplomática para atacar a Rusia.

IV

EL HUNDIMIENTO DEL IMPERIO DE NAPOLEON

Rusia era de las más grandes potencias de Europa. A lo largo del siglo XVIII *su territorio se ensanchó en un tercio, su población aumentó dos veces y media y a principios del siglo* XIX *era de 36 millones de habitantes. Por aquel entonces continuaba el proceso de la diesgregación gradual del feudalismo y de desarrollo de los elementos capitalistas en la economía del país. Sobre todo se notaban los avances en la industria.*

1. RUSIA A PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX

Avances económico-sociales

Al desarrollarse las pequeñas industrias, surgían manufacturas que pertenecían a comerciantes y a campesinos enriquecidos. Empleaban el trabajo asalariado y abastecían las demandas del mercado. En 1804 había en Rusia cerca de mil manufacturas (sin contar las fábricas metalúrgicas) con 95 mil obreros, de los cuales casi la mitad eran asalariados. A principios del siglo XIX se hicieron los primeros intentos de emplear maquinaria en la industria textil. Pero en la industria metalúrgica de los Urales seguía dominando el trabajo obligatorio.

También en la agricultura se elaboraron nuevas tendencias. Durante los primeros años del siglo XIX surgieron nuevas ramas de importancia industrial: se inició el cultivo de la remolacha azucarera, se empezó a desarrollar la cría de ovejas. Pero las relaciones feudales no permitían realizar una transformación radical de las haciendas señoriales.

La generalidad de los terratenientes seguía aferrada a los viejos procedimientos de explotación de los campesinos. Los terratenientes aumentaban sus ganancias ampliando sus tierras de labores a costa de las parcelas de los campesinos, mediante el aumento de la prestación personal y la elevación de las cargas en especie. Todo esto empeoraba las relaciones entre los terratenientes y los campesinos.

Sólo en la primera década del siglo XIX hubo en Rusia más de ochenta disturbios entre los campesinos

pertenecientes a los señores feudales. Frecuentemente, para sofocarlos las autoridades recurrían a la fuerza militar. También se produjeron grandes disturbios entre los obreros y los siervos adscritos a las fábricas (en los Urales, en la provincia de Nizhni Nóvgorod).

Los intentos de reforma

Los círculos dirigentes de Rusia deseaban reforzar el aparato estatal y poner en práctica algunas medidas que pudiesen atenuar las contradicciones sociales. La modificación del aparato estatal siguió el camino del reforzamiento del principio burocrático. Fue reorganizado el Senado; en lugar de colegios se formaron ministerios, dirigidos por los ministros que dependían directamente del zar.

Según la ley de los "labradores libres", promulgada en 1803, los terratenientes podían emancipar a los siervos a cambio de un rescate, siendo obligatorio asignarles una parcela. Pero los nobles no se apresuraban para utilizar la oportunidad. Además, las condiciones de la liberación eran demasiado onerosas para los campesinos. Durante el primer cuarto del siglo XIX fueron emancipados conforme a la ley de "labradores libres" únicamente 47 mil campesinos varones.

Durante los primeros años del reinado de Alejandro I el examen de los problemas de la política interna y externa de Rusia se realizaban en el llamado Comité Secreto, un grupo cerrado y poco numeroso, que estaba integrado por personas próximas al zar y que gozaban de gran influencia sobre él. Los miembros del Comité Secreto se interesaban por las doctrinas políticas burguesas de Europa Occidental, pero el problema de su aplicación en la Rusia feudal lo planteaban de una manera muy tímida. Los resultados de la actividad del Comité Secreto fueron muy escasos; in-

cluso los representantes de la burocracia zarista que creían necesarias algunas reformas, pretendían únicamente combinar las bases de la autocracia con los rasgos externos de un gobierno representativo, extraídos de las Constituciones de los estados burgueses. De este modo se quería contrarrestar la crítica de la autocracia, que aumentaba en el país, y, al mismo tiempo, conservar inmutables las bases del régimen. El acercamiento provisional a Napoleón, después de Tilsit, reforzó este grupo de la burocracia. La elaboración del plan de las reformas fue encargada a Speranski. Este en su proyccto presentaba la monarquía autocrática bajo una forma de régimen constitucional. Quería crear un complejo sistema de cuatro nivclés de instituciones representativas; el derecho a ser elegido dentro de éstas era limitado por un censo de propiedad y no se extendía a los campesinos pertenecientes a los terratenientes. Además, la iniciativa legislativa, en el plan de Speranski, correspondía a un Consejo de Estado, compuesto por dignatarios designados, y la sanción final de las leyes aprobadas seguía correspondiendo al zar.

Aun sin plantear el problema de la abolición del régimen de servidumbre, Speranski limitaba el poder arbitrario del terratcniente sobre los campesinos: los siervos podían ser castigados únicamente por decisión del juzgado y sus cargas feudales eran reglamentadas por la ley o por acuerdo voluntario. Los siervos podían también adquirir bienes muebles e inmuebles. No podían abandonar sin autorización las haciendas de sus señores, pero a estos últimos se les prohibía vender a los campesinos sin tierra.

El "Proyecto de la reforma estatal" de Speranski, con todas sus limitaciones, tenía en perspectiva el desarrollo de las relaciones burguesas en Rusia. Por esto provocó una enérgica reacción de los terratenientes. De todas las propuestas sólo se llevó a cabo la

institución, en 1810, del Consejo de Estado, que se convirtió en un órgano consultivo del zar.

Alejandro I cedió a las exigencias de la nobleza reaccionaria, destituyó y desterró a Speranski. En vísperas de la guerra con la Francia napoleónica el gobierno zarista pretendía obtener el apoyo unánime de todos los nobles.

2. LA DERROTA DEL EJERCITO NAPOLEONICO EN RUSIA

Empeoramiento de las relaciones ruso-francesas

Después de la derrota de la quinta coalición, en 1809, las relaciones entre la Francia napoleónica y Rusia empezaron a empeorar cada vez más. Napoleón, no obstante las promesas de Tilsit, no estaba dispuesto a tener en cuenta los intereses de Rusia ni en Oriente, ni en Europa. La diplomacia francesa seguía una política hostil a Rusia tanto en Irán, oponiéndose a la incorporación de Transcaucasia a Rusia, como en Turquía, a la cual Napoleón instigaba para que prolongase la guerra. La anexión de Galitzia al ducado de Varsovia y la ampliación del territorio de éste, también era considerado por el gobierno zarista como un acto hostil hacia Rusia y como la preparación por Napoleón de una base de partida ante la eventualidad de una guerra.

El descontento de la noblcza rusa con el bloqueo continental, por el que Rusia no podía vender a Inglaterra sus productos agrícolas ni recibir de allí artículos baratos, obligó al gobierno zarista en diciembre de 1810 a permitir la entrada en los puertos rusos de barcos neutrales, o sea, prácticamente, renovar el comercio con Inglaterra a través de mediadores de países neutrales. En 1811 se estableció una tarifa adua-

nera que cargaba las mercancías francesas con altos impuestos. Todo esto provocó un gran empeoramiento de las relaciones franco-rusas.

Desde este momento Napoleón inició la preparación de una campaña contra Rusia, en la que él pensaba utilizar las fuerzas de las potencias de Europa continental sometidas. Para esto era de una importancia vital la dependencia de países que tenían frontera con Rusia: el Ducado de Varsovia, Prusia y Austria. Con estos dos últimos firmó un pacto militar, por el que se comprometían a dar tropas contra Rusia.

Napoleón asignaba en sus planes un lugar especial a Turquía, procurando prolongar la guerra ruso-turca, que hacía que Rusia emplease un considerable número de tropas del eventual encuentro. Pero Kutúzov, que dirigía el ejército ruso, se reveló no sólo como jefe militar de talento, sino también como un buen diplomático: el tratado de paz de Bucarest, que él firmó el 28 de mayo de 1812, frustró los cálculos de Napoleón sobre la ayuda militar turca.

También fracasó Napoleón al intentar atraerse a Suecia. Después de Tilsit el propio Napoleón había instigado a Rusia a una guerra contra aquel país. Esta guerra, que se desarrolló en 1808-1809, hizo que pasasen a Rusia (según el tratado de paz de Friedrichsham de 1809) Finlandia y las islas Aland. Napoleón pensaba inducir a Suecia a una nueva guerra con Rusía, pero el gobierno sueco prefirió abstenerse.

De este modo, Napoleón no logró realizar su gran proyecto de aislamiento diplomático de Rusia. Pero esto no cambió su decisión de emprender la "campaña rusa". Estaba cegado por su dominio sobre muchos países de Europa, creía demasiado en el poderío militar de su Imperio y, evidentemente, subestimaba las fuerzas de que disponía Rusia.

Entrada de Napoleón en Rusia

Napoleón invadió Rusia sin previa declaración de guerra. Después de concentrar en la frontera rusa, desde Dantzig hasta Radom, un enorme ejército de 600 mil hombres (junto con las reservas), el 24 de junio de 1812 cruzó el río Niemen.

Había reunido para esta campaña sus mejores fuerzas. El núcleo central de su enorme ejército estaba compuesto por tropas francesas profesionales. Se componía de unidades famosas por sus victorias en Marengo, Austerlitz, Jena y Aurestädt, de veteranos de las pasadas guerras, de soldados de la Vieja Guardia al mando de los mejores jefes militares de Francia; Ney, Murat, Davout, etc. Pero en las filas del "Gran Ejército" napoleónico, como él mismo lo llamaba en sus órdenes, había también decenas de miles de soldados movilizados a la fuerza en los países vasallos. Muchos de estos soldados veían en Napoleón al opresor de su pueblo y no deseaban luchar por los objetivos usurpadores del emperador francés, que les eran ajenos.

Napoleón pensaba derrotar las fuerzas principales rusas en una batalla general cerca de la frontera; a continuación tenía intención de dirigirse hacia Moscú, y ya allí dictar sus condiciones de paz.

No disponiendo la Rusia feudal, ni reservas adiestradas, no contaba al principio de la guerra, más que de unas fuerzas dos veces menores. Es verdad, que las tropas rusas se distinguían por sus elevadas cualidades militares, tenían unos jefes muy capacitados: Bagratión, Barclay de Tolly, Dojtúrov, Raievski y otros muchos. En vísperas de la guerra el primer Ejército, de Barclay de Tolly, compuesto por 110 mil hombres, se encontraba en el Niemen; el segundo, de Bagratión, compuesto por 45-48 mil hombres, se encontraba 100 km más hacia el sur, desde el Niemen

hasta el Bug Occidental. El tercero, de Tormásov, compuesto por 43-46 mil hombres, se encontraba 200 km más al sur que el ejército de Bagratión, defendiendo Kíev. Por último, en dirección de San Petersburgo se encontraba el Cuerpo de Ejército de Witgenstein, con 20 mil hombres.

Napoleón pensaba, con sus fuerzas principales, rebasar el ejército de Barclay, envolviendo simultáneamente el de Bagratión. Al tener noticias de la invasión enemiga, el mando ruso ordenó el rápido repliegue de sus tropas, con lo que hizo fracasar el proyecto inicial de Napoleón. Entonces éste trató de impedir la reunión del primero y segundo ejércitos rusos para batirlos por separado. Lanzó contra Bagratión parte de su tropas y con el grueso de sus fuerzas se arrojó sobre Barclay.

El mando ruso, evitando batallas decisivas, procuró reunir sus ejércitos, conduciéndolos al interior del país. Acosado por las fuerzas numéricamente muy superiores, Bagratión, con hábiles maniobras, evitó el cerco. Bajo la cobertura del Cuerpo de Raievski, que aguantó una batalla de diez horas en Sultanovka con dos Cuerpos enemigos, sus tropas atravesaron el Dniéper cerca de Novi Bíjov y se dirigieron hacia Smolensk.

El fracaso del proyecto de Napoleón, que deseaba derrotar a los rusos por separado, modificó considerablemente todo el curso de la guerra. Las fuerzas del ejército francés disminuían. El mando se veía obligado a distraer grandes contingentes para guarnición del territorio ocupado, para protección de las comunicaciones, que se habían extendido más de 600 km, y para la protección de los flancos. De todo el "Gran Ejército" a Smolensk no llegaron más de 180 mil hombres.

El mando francés veía que la guerra se prolongaba y que al continuarla lejos de las bases de abastecimiento y de las reservas corría el riesgo de ser derrotado. Entre los mariscales empezaron a oírse voces

en favor de la interrupción de la "campaña rusa" y el afianzamiento en el territorio ocupado, aplazando la marcha sobre Moscú para el verano siguiente. Dudaba el propio Napoleón, pero decidió continuar adelante. Su intención era librar bajo los muros de Smolensk una batalla general y, después de ganarla, terminar la campaña. Pero tampoco este proyecto se realizó. Los dos ejércitos rusos después de dos días de batalla se replegaron hacia el este de Smolensk. Napoleón les siguió con el firme propósito de terminar rápidamente la guerra derrotándolos cerca de Moscú. Engels escribe al analizar las condiciones de la campaña de Napoleón en Rusia: "...Al encontrarse a una altura tan vertiginosa y con una base tan poco estable, Napoleón ya no podía resistir campañas lentas. Le eran indispensables éxitos rápidos, brillantes victorias, tratados de paz conquistados en el combate." [1]

Las tropas rusas retrocedían hacia el este entre reñidos combates, causando al enemigo sensibles pérdidas. Los soldados mostraban un espíritu excepcionalmente alto, soportando estoicamente todas las penalidades de las marchas agotadoras. Los franceses hablaban del "repliegue leonino" de los rusos. En las zonas de operaciones la población proporcionaba a las tropas víveres y forraje, informaba sobre los movimientos del enemigo, detenía a sus espías. En las provincias del interior se preparaban las reservas, se convocaban las milicias y se recibían múltiples donativos. La juventud se enrolaba con entusiasmo en el ejército. Con especial fervor se levantaron los campesinos, que tenían la esperanza de que con la lucha abnegada y la victoria sobre el enemigo obtendrían su emancipación de la servidumbre. Armados con escopetas, picas, guadañas y horcas, así como con armas quitadas al enemigo, los campesinos bielorrusos,

[1] F. Engels, *La política exterior del zarismo ruso*, C. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XVI, II parte, pág. 20.

lituanos y rusos exterminaban no sólo a los soldados que se dedicaban al merodeo y a los forrejeadores, sino también a pequeñas unidades militares.

La batalla de Borodinó

Entre tanto, la retirada forzosa de las tropas rusas repercutía tanto en el ejército como en el país. Dentro del mando ruso aumentaban las discrepancias. Era necesario nombrar un comandante en jefe que gozase de una autoridad reconocida. Tal era el mayor jefe militar de la escuela de Suvórov, Kutúzov. Estaba en desgracia con Alejandro I, pero el zar tenía que tener en cuenta la opinión pública y Kutúzov fue nombrado.

A primeros de agosto de 1812 Kutúzov llegó al ejército de operaciones, encontró que la potencia de las tropas había disminuido y que el número total era de unos 95 mil hombres y 605 cañones. Una misión primordial era la creación de suficientes reservas. Kutúzov insistió en el rápido envío a Moscú de nuevos regimientos. Al mismo tiempo ordenó buscar una posición para la próxima batalla. Fue encontrada cerca de Borodinó, a 12 km de Mozhaisk y a 120 km de Moscú.

El campo de Borodinó era un amplio terreno quebrado, que permitía desplegar las tropas rusas y cubrir los caminos que conducían a Moscú. El flanco derecho de la posición estaba protegido por el río Moscova, el izquierdo se apoyaba en el espeso bosque de Utitsa. Al empezar la batalla de Borodinó el ejército ruso, que había recibido fuerzas, tenía 120 mil hombres y 640 cañones contra 130 mil franceses y 587 cañones.

El 5 de septiembre el ejército francés se aproximó al campo de Borodinó. Napoleón se convenció de que era imposible de rodear el flanco derecho de los rusos y decidió lanzar sus fuerzas principales sobre el

centro y el flanco izquierdo. Los accesos al flanco izquierdo de las tropas rusas eran defendidos por un reducto cerca del pueblo Shevardinó.

El mismo día tuvo lugar un encarnizado combate frente a las fortificaciones de Shevardinó. Kutúzov ordenó resistir mientras se terminaban las fortificaciones de la posición principal. Hasta muy avanzada la noche, 12 mil rusos contuvieron el ataque de 35 mil franceses, y abandonaron las fortificaciones únicamente después de haber recibido la orden de replegarse.

La acción principal empezó a las 6 de la mañana del 7 de septiembre (26 de agosto) en el flanco izquierdo de las tropas rusas, que mandaba Bagratión. El ataque lo inició el Cuerpo de Davout bajo la defensa de 102 cañones. Este ataque fue rechazado con fuego de metralla. Davout realizó el segundo ataque a las 7 de la mañana, pero también sin éxito. Napoleón reforzó las tropas de Davout con el Cuerpo de Ney, los apoyó con fuego de 150 cañones y hacia las 8 ordenó el tercer ataque. También esta vez los franceses fueron rechazados.

Deseoso de obtener el éxito a cualquier precio, Napoleón concentró en esta zona 45 mil hombres con 400 cañones contra 15-18 mil rusos. Pero los cinco nuevos ataques que siguieron no dieron resultado. Durante el último, el más sangriento, cayó gravemente herido Bagratión. Hacia las 12 de la mañana las tropas rusas empezaron a retroceder. El fuego fuerte de la artillería no permitió a los franceses explotar el éxito y los detuvo cerca del barranco de Semiónovsk. En este momento Kutúzov lanzó su caballería contra el flanco izquiero de Napoleón.

Al mismo tiempo se desarrollaba una lucha encarnizada frente a la batería de Raievski, que se encontraba en el sector central. Los franceses la atacaron varias veces. Los defensores dieron muestras de un gran heroísmo y espíritu de sacrificio. Esta importante

posición quedó durante largo tiempo en poder de los rusos. Pero en la segunda mitad del día, después de una serie de sangrientos ataques, los franceses se apoderaron de la batería de Raievski. Las tropas rusas se retiraron a una nueva posición.

Después de las 4 de la tarde la acción se redujo por muchas partes a un intenso cañoneo, que siguió hasta muy avanzada la noche. A continuación, las tropas francesas se retiraron a las posiciones de partida.

Napoleón no logró derrotar el ejército ruso y de ese modo no pudo colocar a Rusia de rodillas. "El ejército francés se estrelló contra el ruso", escribe el general Ermólov, que estuvo presente. La batalla de Borodinó significó una sangría para el ejército de Napoleón: perdió 58,500 soldados y oficiales y 49 generales. Pero tampoco Kutúzov pudo explotar el éxito. Los rusos habían perdido 38,500 hombres y no había reservas. Kutúzov decidió retroceder. Poco tiempo después, en el consejo militar celebrado en Filí, dio la orden de abandonar Moscú sin lucha para conservar el ejército.

Abandono de Moscú por las tropas rusas

El 13 de septiembre los franceses se acercaron a Moscú; Napoleón fue informado de que la ciudad estaba vacía, de que los habitantes la habían abandonado. Al abandonar Moscú, las tropas rusas destruyeron las reservas de provisiones y los almacenes militares. Después de ello las tropas rusas se retiraron hacia el sudoeste.

Al apoderarse de la ciudad, las tropas napoleónicas se dedicaron a saquear las casas abandonadas. Ya el 14 de septiembre empezaron en Moscú numerosos incendios. El fuerte viento avivó algunos focos de fuego, que envolvió barriadas y distritos enteros de la

ciudad. El incendio duró casi cinco días y destruyó las tres cuartas partes de los edificios. En el fuego se perdieron extraordinarias colecciones de libros, de cuadros, de archivos y otros valores culturales.

Después de la toma de Moscú, Napoleón pensaba firmar una paz honrosa para él. Hizo llegar numerosas veces las proposiciones correspondientes a Alejandro I, pero no obtuvo ninguna respuesta.

La estancia en Moscú se hacía para Napoleón no sólo inútil, sino peligrosa. El ejército que había ocupado la ciudad esperaba un rápido fin de la guerra y el descanso. Pero los soldados no obtuvieron ni la victoria ni el descanso. Al contrario, no se veía el fin a la guerra.

Kutúzov apreciaba muchos las cualidades militares del soldado ruso, pero al mismo tiempo, se daba cuenta de que la victoria sobre Napoleón se podía conseguir únicamente si las masas populares intervenían activamente en la guerra.

Grupos del ejército, escogidos especialmente por Kutúzov, y campesinos guerrilleros actuaban en la retaguardia de Napoleón, amenazando a sus extensas comunicaciones. Causaban gran daño a las guarniciones napoleónicas y hasta atacaban algunos grupos de tropas regulares. El efectivo de los grupos de guerrilleros alcanzó a veces varios miles de hombres. Del medio popular sobresalieron inteligentes organizadores del movimiento guerrillero. Se hicieron muy famosos los grupos de Arjip Siemiónov, del campesino Guerásim Kúrim, de Nikita Minchénkov, de los soldados Potap (Samus) y Ermolai Chetvertakovy, del militar retirado Emeliánov. Entre los jefes de guerrilleros también había mujeres. El grupo de Vasilisa Kózhina dio muerte a decenas de soldados enemigos.

Entre los jefes de los grupos militares de guerrilleros se hicieron famosos Davídov, Seslávin, Figner, Kudashov y otros.

Paso de las tropas rusas a la ofensiva

Al colocar su ejército al sudoeste de Moscú, Kutúzov ocupó una posición que cerraba a Napoleón el paso hacia el sur del país. Al mismo tiempo, las tropas rusas mantenían bajo constante amenaza las comunicaciones de los franceses. El plan de Kutúzov era obligar a Napoleón a retroceder de Moscú por el devastado camino de Smolensk, rodear sus tropas entre el Dniéper, el Berezina y el Dvina y asestarles un golpe con todas las fuerzas de sus ejércitos.

Convencido de que no conseguiría la paz en Moscú, Napoleón se vio obligado a decidir la retirada. Su intención era emprender la marcha sobre Kaluga y Tula, apoderarse allí de sus bases militares, destruir las fábricas de armamento de Tula y Briansk y, a continuación, cónducir sus tropas a Bielorrusia y Lituania, para al año siguiente, con nuevas fuerzas, reanudar las hostilidades. El mando francés empezó a preparar su salida de Moscú a principios de octubre, procurando garantizar la sorpresa de la maniobra.

Pero Kutúzov tomó la iniciativa. El 18 de octubre las tropas rusas pasaron a la ofensiva y derrotaron el Cuerpo de Murat cerca del pueblo Tarutin, Inmediatamente después, Napoleón sacó su ejército de 110 mil hombres de Moscú y se dirigió hacia el sur. Las tropas rusas le cerraron el camino cerca de Maloiaroslaviets, donde se inició una lucha encarnizada; la ciudad pasó ocho veces de mano en mano; el 24 de octubre las tropas francesas fueron rechazadas definitivamente. Todos los intentos ulteriores del enemigo de abrirse camino hacia el sur fracasaron también. Al fin, el mando napoleónico se vio obligado, para evitar un nuevo choque con los rusos, a desviar sus tropas, a través de Borovsk, al camino de Smolensk.

Destrucción del ejército napoleónico en Rusia

Empezó la retirada, había de ser funesta para el ejército napoleónico. Las unidades francesas, que se extendían a lo largo de decenas de kilómetros, sufrían continuos ataques de las tropas rusas y de los guerrilleros. Por el norte y el este el ejército francés tenía enfrente a la caballería regular y los cosacos. Por el sur avanzaba paralelamente el grueso de las fuerzas de Kutúzov, impidiendo los intentos del enemigo de abrirse paso a zonas donde habría podido encontrar abundantes provisiones. Napoleón sufrió grandes pérdidas en los combates de Viazma y de Krásnoie, donde dejó más de la mitad del ejército que se había retirado de Moscú. Los planes del mando francés de tomarse un descanso en Smolensk no pudieron cumplirse; al llegar allí los soldados, desmoralizados por la retirada y el hambre, saquearon las bases de aprovisionamiento.

Poco tiempo después, Napoleón recibía la noticia del avance de los Cuerpos de Witgenstein y Chichágov hacia Borísovo con el fin de cerrarles la retirada. Para evitarlo, se apresuró hacia los pasos del Berezina.

Al Berezina llegó con 40 mil hombres. La lentitud de Witgenstein y Chichágov le permitió atravesarlo, pero con unas bajas catastróficas: Napoleón perdió allí en las escaramuzas con las tropas rusas 29 mil hombres y todo el tren de avituallamiento.

Al cabo de unos días de la catástrofe del Berezina Napoleón, después de abandonar su ejército en Smorgoni, llegó a Vilno. Aquí Napoleón se enteró del intento de un golpe de Estado republicano, que el general Malet había dado en París el 23 de octubre. Aprovechando la ausencia del emperador, Malet hizo correr el rumor de su muerte en Rusia e intentó proclamar un nuevo gobierno. Malet fue detenido y fusilado. No obstante, la noticia de un complot republicano alarmó mucho a Napoleón.

En Vilno, Napoleón entregó el mando de los restos de su ejército a Murat, mientras él se dirigía apresuradamente a Francia. Los mariscales napoleónicos intentaron sin éxito reunir en Vilno las guarniciones francesas para organizar la resistencia a las tropas de Kutúzov. Los restos derrotados de las tropas francesas escaparon hacia la frontera. A mediados de diciembre de 1812 atravesaron el Niemen 20 mil hombres. Era todo lo que quedaba del "Gran Ejército".

Kutúzov consideraba que la ofensiva rusa había terminado con la expulsión de las tropas enemigas de Vilno. "La guerra ha terminado —escribía en su informe— con la destrucción completa del enemigo." Para Kutúzov el balance definitivo de la guerra era el siguiente: "El enemigo ha salido del país, Hay que tener en cuenta que Carlos XII entró en Rusia con 40 mil soldados y salió con 8 mil. Napoleón entró con 480 mil y ha salido con cerca de 20 mil, dejándonos, por lo menos, 150 mil prisioneros y 850 cañones."

Significado histórico de la victoria de Rusia en la guerra de 1812

La victoria sobre el ejército napoleónico fue uno de los grandes acontecimientos en la historia de Rusia. Terminó con la amenaza de la dominación extranjera y garantizó su independencia como Estado. Para los pueblos de Rusia esta guerra fue justa, popular, una guerra patriótica. La fuerza de las tropas rusas en 1812 se basaba en el apoyo que les prestaba todo el pueblo y el movimiento guerrillero masivo de los campesinos. La clarividencia y el genio militar de Kutúzov se manifestaron con mayor vigor en el hecho de que su plan estratégico contaba con la ayuda activa de todo el pueblo al ejército.

También las consecuencias internacionales de la

guerra de 1812 fueron de importancia excepcional. La derrota aplastante de las tropas napoleónicas en Rusia modificó por completo la relación de fuerzas en Europa y ejerció una gran influencia sobre el curso ulterior de la historia europea. La guerra de 1812 mostró a los pueblos de Europa que el ejército napoleónico no era en absoluto invencible. Alentados por el ejemplo del pueblo ruso y de su ejército, esos pueblos, subyugados por Napoleón, supieron en corto plazo liberarse del dominio francés.

3. HUNDIMIENTO DEL IMPERIO NAPOLEONICO

En diciembre de 1812 las tropas rusas llegaban a las fronteras occidentales. No obstante las objeciones de Kutúzov, quien consideraba que la guerra para Rusia había terminado, prevaleció la opinión apoyada por Alejandro I de que era necesario continuar las hostilidades. A los tres meses de haber atravesado el ejército ruso la frontera, el 28 de abril de 1813, Kutúzov moría en Buntzlau.

Aumento del movimiento de liberación nacional en Alemania. Intervención de Prusia

La derrota de los franceses en la guerra con Rusia dio un gran impulso al movimiento de liberación nacional en Prusia. Cada vez eran más insistentes las exigencias de reanudar la guerra contra Napoleón. Ya en diciembre de 1812 el general Yorck, que mandaba las tropas prusianas que formaban parte del ejército napoleónico, suscribió sin el permiso del rey de Prusia un convenio con el mando ruso sobre el cese de las hostilidades. Federico Guillermo III, que temblaba an-

te Napoleón, destituyó a Yorck de su cargo y lo sometió a un consejo de guerra. Pero Yorck no obedeció los dictados de su monarca.

En Prusia se empezaron a formar grupos de guerrilleros, de los que más tarde fue famoso, sobre todo el del capitán Lutzov. Los poetas Kerner y Arndt y el compositor Weber componían poesías y canciones que llamaban al pueblo alemán a la guerra liberadora. Miles de miembros nuevos se integraban en la sociedad patriótica secreta "Tugenbund", que levantaba a la población para la lucha contra Napoleón en todos los rincones de Alemania. El landtag de Prusia Oriental, que se reunió en Koenigsberg en febrero de 1813. decidió llamar a filas al landwehr y al landsturm, la primera y segunda reserva. Engels escribe sobre los acontecimientos de 1813: "En Prusia se levantó todo el pueblo, obligando al cobarde Federico Guillermo III a la guerra contra Napoleón." [2]

El rey y sus allegados comprendieron que si no se unían al movimiento nacional liberador y no intentaban encabezarlo, la monarquía prusiana podía ser derrocada. El 28 de febrero de 1813 fue suscrito un tratado de alianza entre Prusia y Rusia contra la Francia napoleónica. Federico Guillermo III dirigió al pueblo un manifiesto. Ahora, cuando el movimiento de liberación nacional había alcanzado casi todo el país, el rey invitaba al pueblo a derrocar el dominio de los invasores franceses y prometía, aunque de una forma vaga, llevar a cabo después de la guerra grandes reformas, incluso una Constitución.

En realidad, ni el rey prusiano Federico Guillermo III, ni el emperador ruso Alejandro I perseguían en absoluto ningún fin liberador, y en lo que menos pensaban era en otorgar la libertad a los pueblos de

[2] F. Engels, *La política exterior del zarismo ruso*, C. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XVI, II parte, págs. 20-21.

Europa. Querían aprovecharse de la destrucción del imperio napoleónico, ante todo, con fines políticos y territoriales. Alejandro I pretendía incorporar a Rusia el Gran Ducado de Varsovia, y Federico Guillermo III el aumento del territorio de Prusia a expensas del Reino de Sajonia y de otros Estados alemanes. Pero en vísperas de los combates decisivos con la Francia napoleónica, en el momento de la elevación suprema del movimiento nacional liberador de los pueblos de Europa, los monarcas y las clases dirigentes de los países de la coalición antifrancesa procuraban ocultar sus auténticos fines y aprovecharse de este movimiento en interés propio.

El complejo enlazamiento de los diferentes fines políticos que se planteaban las distintas clases de los países de la coalición antifrancesa, hacía que la guerra contra la Francia napoleónica tuviese un carácter contradictorio. La intervención activa de los pueblos, que se habían levantado para la lucha armada contra la opresión francesa, la convertía en una guerra nacional liberadora, progresiva. El papel dirigente de los gobiernos monárquicos y de la nobleza, al contrario, le proporcionaba rasgos reaccionarios, que se convirtieron en determinantes después de la derrota militar de Francia. Marx ha descrito del siguiente modo la particularidad histórica de la guerra de 1813-1814: "Es propio de todas las guerras de independencia que se mantuvieron contra Francia la combinación del espíritu de renacimiento con el espíritu reaccionario..."[3]

La campaña de 1813

De vuelta a París a fines de 1812, Napoleón empezó la creación de un nuevo ejército. El sacó de Francia

[3] Marx, *La España revolucionaria*, C. Marx y F. Engels, *Obras*, 2ª ed. rusa, t. 10, pág. 436.

y de los países vasallos, sin tener nada en cuenta, hombres, víveres, equipos militares, recursos económicos. Napoleón se apresuraba a asestar un golpe a los ejércitos ruso y prusiano antes de que les llegasen refuerzos y mientras los aliados alemanes de la Unión Renana le seguían fieles. A Austria confiaba en mantenerla neutral.

En un corto plazo Napoleón puso sobre las armas a más de 300 mil hombres. Pero la relación de fuerzas no le era tan favorable como antes. Contra Francia se había formado una nueva coalición, la sexta, que estaba formada por Rusia, Prusia, Inglaterra y Suecia.

Las hostilidades se iniciaron en la primavera de 1813 en territorio de Sajonia. En mayo, Napoleón logró derrotar en dos batallas, en Lützen y en Bautzen, a las tropas de los aliados. A principios de junio con la mediación de Austria fue firmado un armisticio, pero las negociaciones de paz que se iniciaron no dieron ningún resultado positivo. Lo único que las dos partes intentaban era ganar tiempo. Napoleón no quería hacer grandes concesiones, pues aún confiaba en conservar su Imperio.

En agosto, al terminar el plazo del armisticio, se renovaron las hostilidades. Austria se unió a la coalición. Los ejércitos de los aliados contaban ya con más de un millón de hombres. La relación de fuerzas se hizo aún menos favorable para Francia.

Durante los dos meses siguientes las hostilidades siguieron con un éxito variable. Pero la situación del ejército francés era cada vez más difícil. En su retaguardia actuaban numerosos grupos de guerrilleros, en las ciudades ocupadas por los franceses se registraban disturbios. Las unidades militares de los Estados de la Unión Renana, que formaban parte del ejército de Napoleón, eran de poca confianza, abandonaban las armas y no deseaban luchar contra sus compatriotas. Baviera rompió abiertamente con Napoleón.

Entre el 16 y el 19 de octubre de 1813, cerca de Leipzig, tuvo lugar la batalla decisiva. En ella intervinieron más de medio millón de soldados, se caracterizó por su extrema dureza, fue muy cruenta y ha entrado en la historia bajo el nombre de "batalla de las naciones".

Al iniciarse el choque, el 16 de octubre, el ejército de Napoleón contaba con 155 mil hombres contra 220 mil prusianos y austríacos, pero el 17 de octubre se incorporó a la batalla un ejército aliado de 110 mil hombres, compuesto principalmente por tropas rusas y suecas. Al día siguiente la batalla alcanzó su punto culminante. En el apogeo del encarnizado combate el Cuerpo de tropas sajonas que combatía en las filas del ejército francés, se pasó completo a los aliados. Esto decidió definitivamente el resultado de la batalla. Las tropas de Napoleón empezaron a retroceder rápidamente. A principios de diciembre las últimas unidades del ejército francés derrotado pasaron el Rin.

Con la batalla de Leipzig finalizó el dominio francés en Alemania. La Unión Renana se deshizo. Los Estados alemanes subyugados por Napoleón, siguiendo el ejemplo de Baviera, se pasaron a los aliados. Dejó de existir el Reino de Westfalia, creado por los franceses; el hermano de Napoleón, Jerónimo, tuvo que huir.

La derrota de las tropas francesas y su retirada al otro lado del Rin quebrantó también el dominio francés en Holanda y en otros países. En España, donde junto a las tropas de los españoles operaba un ejército inglés al mando de Wellington, el ejército francés sufrió una derrota decisiva en junio de 1813, en Vitoria, y se vio obligado a retroceder a Francia. Unicamente en Italia la lucha duró hasta la primavera de 1814.

El año 1814. Abdicación de Napoleón

En octubre de 1813 el ejército de 70 mil hombres de Wellington cruzaba los Pirineos y a principios de 1814 irrumpió en Francia el grueso de los aliados. Por primera vez desde 1793 el territorio de Francia se veía invadido por el enemigo. Pero esta vez la suerte de la lucha estaba decidida de antemano. Los muchos años de guerra habían agotado los recursos humanos y materiales del país. El bloqueo continental, en el cual Napoleón tenía tanta fe, no condujo a la capitulación de Inglaterra, pero causó grandes daños a la economía francesa. El comercio exterior se redujo mucho. A consecuencia de las malas cosechas de 1811-1812 se agotaron las reservas de provisiones. Las continuas levas provocaban una gran falta de mano de obra en la agricultura, mientras el aumento de los gastos militares hacía que Napoleón elevase cada año los impuestos. A finales de 1813 el Gobierno subió nuevamente los impuestos directos e indirectos e introdujo un impuesto complementario para los propietarios de tierra, de casas y los poseedores de licencias comerciales e industriales. Al mismo tiempo se duplicó el impuesto de capitación, aumentaron el de la sal y otros impuestos indirectos. Un decreto, promulgado en enero de 1814, estableció una recaudación complementaria de 50 céntimos por cada franco del impuesto sobre la tierra y aumentó nuevamente la capitación y otros impuestos. Todo esto produjo un gran descontento en el país.

En algunas localidades hubo disturbios. Ya en el invierno de 1812-1813 empezó la agitación entre los obreros de París, Lyon, Marsella y otras ciudades. Al realizar los reclutamientos de los años 1813-1814 el Gobierno tuvo que recurrir a los gendarmes, pues los reclutas rehuían la movilización; esto era una original forma de lucha contra el régimen napoleónico.

De los 300 mil hombres llamados a filas en noviembre de 1813, a principios de 1814 únicamente se habían presentado 63 mil.

Las tropas aliadas que habían entrado en Francia, eran numéricamente cinco veces superiores a las francesas. No obstante, Napoleón logró prolongar durante cierto tiempo la guerra y hasta infligir al enemigo una serie de derrotas. En cierto modo esto se explicaba por el hecho de que ahora él no estaba luchando en territorio ajeno, en un clima de liberación nacional de los pueblos subyugados, sino en territorio de la propia Francia, cuya población, aún descontenta con el régimen, se oponía a la invasión enemiga. Los campesinos temían que los aliados restaurasen la monarquía de los Borbones, e indignados por las requisas y violencias de las tropas extranjeras, formaban grupos de guerrilleros que prestaban activa ayuda al ejército francés.

Pero las fuerzas eran demasiado desiguales. A finales de marzo los aliados iniciaban el avance sobre París, y el 31 de este mes entraban en la capital de Francia. Los partidarios de los Borbones, los realistas, animados por la presencia del enorme ejército de la coalición, levantaron cabeza. Por iniciativa de Talleyrand y otros dignatarios del Imperio que se habían incorporado a los realistas, el Senado decidió deponer a Napoleón y proclamar rey a Luis XVIII, hermano de Luis XVI, el ejecutado en 1793. Napoleón tuvo que abdicar, después de lo cual fue desterrado a la isla de Elba en concepto de posesión vitalicia. En mayo fue firmado el tratado de paz, por el que Francia perdía todas sus conquistas de fines del siglo XVIII y principios del XIX, volviendo en lo fundamental a las fronteras de 1792.

En octubre de 1814 se reunió en Viena el Congreso de representantes de todos los países europeos que debía rehacer el mapa político de Europa.

La restauración de los Borbones

La restauración de los Borbones, aborrecidos por las grandes masas del pueblo francés, se realizó con la ayuda de las tropas de los monarcas europeos reaccionarios. Volvieron a Francia los nobles emigrados, rebosantes de odio hacia la Revolución y sus conquistas.

A instancias de los aliados (sobre todo de Alejandro I) y de aquellos políticos franceses que veían la imposibilidad de volver al orden feudal absoluto derrocado un cuarto de siglo antes, Luis XVIII promulgó una Carta. En Francia se establecía un régimen de monarquía constitucional, pero las amplias masas de la población quedaban apartadas por completo de la vida política. El derecho de voto se reservaba en realidad a un pequeño círculo de gentes ricas (su número oscilaba de 12 a 15 mil). Luis XVIII también se vio obligado a reconocer las modificaciones realizadas en la propiedad agraria durante los años de la Revolución y del Imperio y aceptar la abolición de los privilegios de clase. La Carta de 1814 consolidó jurídicamente el compromiso político entre la nobleza y la gran burguesía.

Los "Cien Días"

Napoleón, desde la isla de Elba, seguía atentamente lo que ocurría en Francia. Comprendía la alarma y el odio que entre la burguesía y los campesinos y el ejército debían provocar con su actividad los nobles emigrados, empeñados en volver a Francia atrás, a un pasado muerto y fatalmente superado. También conocía Napoleón las grandes discrepancias que existían en el Congreso de Viena —Rusia y Prusia por un lado, Austria e Inglaterra por otro—, como resultado

de los cuales la unidad de coalición antifrancesa se había quebrantado mucho. En vista de todo ello, él decidió volver a la lucha.

Pero las potencias extranjeras no deseaban la vuelta al Imperio napoleónico. Su hostilidad hacia Napoleón les unió nuevamente. Los reunidos en Viena llegaron rápidamente a un acuerdo. Se formó una nueva coalición, la séptima, de monarquías europeas, encabezada por la aristocrático-burguesa Inglaterra. La coalición antifrancesa reunió un ejército enorme, de cerca de un millón de hombres, mientras Napoleón disponía sólo de 275 mil.

A Napoleón le quedaba una sola probabilidad de éxito: levantar a la lucha la Francia popular. El mismo escribía a uno de sus mariscales que había que "calzarse nuevamente las botas de 1793". Pero Napoleón, unido íntimamente a la gran burguesía, era totalmente incapaz de este viraje político. Así lo indicaba el "Acta adicional a la Constitución del Imperio", promulgada el 1º de junio. Es verdad que preveía el restablecimiento del sufragio universal, pero al mismo tiempo creaba "pares hereditarios", siguiendo el modelo de los lores ingleses. Todo esto apartaba de Napoleón a los elementos democráticos del país.

La propuesta de paz, hecha por Napoleón, fue rechazada. Entonces decidió, antes de que llegase el grueso de las fuerzas aliadas, derrotar los ejércitos inglés y prusiano que se encontraban en Bélgica. Napoleón pensaba introducir una cuña entre ambos y derrotar a cada uno por separado. El 18 de junio de 1815, en Waterloo (cerca de Bruselas), el ejército de Napoleón inició el combate con las tropas inglesas al mando de Wellignton. Pero en el apogeo de la batalla el Cuerpo prusiano de Blücher acudió en ayuda de los ingleses. El ejército de Napoleón sufrió una derrota total. Las tropas de los aliados invadieron el territorio de Francia y nuevamente ocuparon París.

Después de la batalla de Waterloo Napoleón abdicó de nuevo (22 de junio de 1815). Pensaba ir a América, pero no pudo realizar el proyecto a causa del bloqueo de las costas de Francia por la escuadra inglesa, viéndose obligado a rendirse a los ingleses. El gobierno Británico con el visto bueno de las otras potencias aliadas, redujo a Napoleón en la isla de Santa Elena (en la parte Sur del Atlántico). Allí murió en mayo de 1821.

Después del segundo gobierno de Napoleón, que se conoce en la historia como los "Cien Días", en Francia otra vez se establecieron los Borbones.

El derrocamiento del Imperio napoleónico significó el fin de toda una época en la historia de Europa. Refiriéndose a los resultados y a la importancia de aquellas guerras de conquista y de los movimientos de liberación nacional contra el dominio napoleónico, Lenin decía: "Las guerras imperialistas de Napoleón se prolongaron durante muchos años, abarcaron toda una época, mostraron una red extraordinariamente compleja de relaciones imperialistas entrelazadas con los movimientos de liberación nacional. Y como consecuencia de todo ello, la historia se desarrolló a través de toda esa época tan abundante en guerras y tragedias (tragedias de pueblos enteros), marchando adelante del feudalismo al «libre» capitalismo."

Este libro se terminó de imprimir el día 10 de marzo de 1969 en los talleres de **"La Impresora Azteca", S. de R. L.,** avenida Poniente 140 Nº 681, Colonia Industrial Vallejo. — México 16, D. F.

Fecha de edición: 17 de marzo de 1969.
Se imprimieron: 3.000 ejemplares.

COLECCION 70

[viene de la primera solapa]

La emancipación de la mujer, Beviev

Presente y futuro, Gregorio Zinobel/Lafargue

La propiedad, P. J. Proudhon

El A. B. C. del comunismo, Nicolás Bujarin

El cristianismo y las religiones orientales, Ladislav Varcl

Riqueza contra comunidad, H. D. Lloyd

Hombre, religión y ciencia, Feuerbach/Levada

Rasgos económicos del imperialismo, N. S. Spiridonova

Leyes económicas y planificación socialista, L. A. Radishev/G. M. Sorokin

La conciencia social, V. Kelle

La primera guerra mundial, A. T. Korovin

La Reforma y las guerras de los campesinos en Alemania, S. M. Smirnov

Terrorismo y comunismo, Carlos Kautsky

Ciencias y materialismo dialéctico. A. Polikarov

Introducción al marxismo, Emile Burns

Las contradicciones económicas, P. J. Proudhon

Sade y el sadismo, A. J. Alvarez

Masoch y el masoquismo, A. J. Alvarez

Los movimientos revolucionarios de 1848, I. A. Molok N. A. Erofiev

La moral. La conciencia jurídica, V. Kelle M. Kovalson

Introducción al materialismo dialéctico, A. Spirkin

El materialismo y el materialismo histórico, V. Grobaunov

Cartas sobre la tolerancia, John Locke

la revolución francesa y el imperio de napoleón

A. MANFRED
N. SMIRNOV

"A FINES del siglo XVIII ya existían en Francia todas las premisas para una revolución burguesa. El tipo de economía capitalista, entonces progresivo, había alcanzado un nivel considerable. Pero el régimen feudal absoluto, las relaciones feudales de producción eran un obstáculo para la consolidación de un nuevo modo de producción, el capitalista. Unicamente la revolución podía destruir este obstáculo."

Partiendo de esta tesis, los historiadores soviéticos A. Z. Manfred y N. A. Smirnov, conocidos en toda América Latina por sus obras sobre historia moderna y contemporánea, hacen un profundo estudio de la formación de la situación revolucionaria a fines del siglo XVIII en Francia y de los cambios producidos en aquel país como resultado de la lucha violenta desatada contra las estructuras feudales.

En la segunda parte de este libro se estudia la dictadura ilimitada de Napoleón Bonaparte, apoyada por la burguesía de la ciudad y del campo, temerosa del camino que podría seguir la República si, como resultado de los fracasos militares del Directorio, los jacobinos con el apoyo del pueblo llegasen al poder. Napoleón es descrito en su verdadero significado de protector y al servicio de la naciente gran burguesía industrial.

COLECCION 70